

70

ES

400

UAM

UNIVERSIDAD DE NUEVA

LIBRERIA GENERAL DE BIBLIOTECA

WELLS
—●—
EL
ALIMENTO
DE
LOS DIOSSES

TOMO II

PR5774

.F6

S6

v. 2



1020028741



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL ALIMENTO DE LOS DIOSES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. W4542a
Núm. Autor 29242
Núm. Adg. -8-
Procedencia
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

H. J. WELLS

El Alimento de los Dioses

Traducción de "La Vida Literaria"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

BARCELONA "ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1905

Tip. Anuario de la Exportación, Paseo San Juan, 192.—BARCELONA

101064

29242

623
H



PR5774

F6

SG

v. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCION GENERAL DE



LIBRO SEGUNDO

LA HERAGLEOFORBIA EN LAS POBLACIONES

CAPITULO PRIMERO

LA LLEGADA DEL ALIMENTO

I

Nuestro asunto, que se inició tan modestamente en el cuarto de estudio del profesor Bensington, se ha ido distribuyendo y diseminando tanto, que, al tomar diversos rumbos, constituye desde ahora una verdadera historia de expansión. Observar el proceso del alimento de los dioses es lo mismo que seguir las ramificaciones de un árbol que está constantemente echando ramas nuevas. En corto tiempo, en la cuarta parte escasa de la vida de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Enfo 1965 MONTERREY, MEXICO

un hombre, se extendió el alimento por todo el mundo, aumentó desde su primera aparición en la pequeña finca de Heckleybrow, y se fueron multiplicando los informes acerca de la heracleoforbia, á medida que el misterio de su poder se hacía más impenetrable. Por Inglaterra se esparció con gran rapidez; luego pasó á América; se extendió por el continente europeo; llegó al Japón y á la Australia; en una palabra, recorrió todo el mundo, pero yendo siempre despacio, por sendas tortuosas y venciendo toda clase de resistencias. A pesar de todos los prejuicios, de todas las leyes y de todas las disposiciones reguladoras; á pesar de los más obstinados procedimientos conservadores, que constituyen el fondo del orden formalista de la humanidad, el alimento de los dioses, puesto en marcha, seguía progresando sutil é invenciblemente.

Los hijos del alimento seguían aumentando sin cesar á través de los años, siendo este el fenómeno principal de aquel tiempo; pero fueron las mermas y evaporaciones del alimento las que formaron su historia. Los niños que habían tomado la comida crecieron, y pronto hubo otros niños que crecían del mismo modo; así es que todos los buenos propósitos del mundo no pudieron evitar pérdidas y más pérdidas: la substancia se obstinaba en filtrarse con la terquedad de un ser vivo.

La harina mezclada con el alimento se secaba con el calor, convirtiéndose, como si lo hiciera in-

tencionadamente, en polvo impalpable, que se levantaba y volaba al soplo de la más ligera brisa. Así es que, unas veces era un insecto desconocido el que adquiría temporalmente un desarrollo fatal, otras, estallaba alguna nueva irrupción de ratas ú otros bichos habitantes de las alcantarillas. Durante algunos días tuvo que luchar el pueblo de Pangbourne, en Berkshire, contra una invasión de hormigas gigantes. Tres hombres que fueron picados por ellas, murieron; se produjo un pánico horrible, y se entabló lucha desesperada hasta dominar aquella calamidad.

Pero esta calamidad dejaba tras de sí algo, allá en las obscuridades de la vida, que había cambiado para siempre. De pronto surgió un crecimiento velocísimo de hierbajos y una impetuosa diseminación por el mundo de monstruosos cardos, de cucarachas contra las que la gente tenía que defenderse á tiros, de moscas colosales...

Hubo luchas tremendas y desesperadas en la obscuridad; el alimento hacía héroes en la causa de los pequeños, y los hombres tomaron aquello como una fatalidad de la vida, que fué combatida con expedientes de momento y diciéndose unos á otros «que no había cambiado en el orden esencial de las cosas». Pasado el primer gran pánico, Caterham, á pesar de su poderosa elocuencia, quedó reducido á una personalidad secundaria en el mun-

do político y, en opinión de las gentes, como un propagador de ideas extremas.

Unicamente con el tiempo y muy despacio, fué como Caterham consiguió abrirse camino para una posición importante en los asuntos. «No hay cambio en el orden esencial de las cosas», repetía con aquel eminente *leader* del pensamiento moderno, que se llamó doctor Winkles, y hasta los demagogos de lo que en aquella época se titulaba *liberalismo progresivo*, se ponían sentimentales al considerar la falta esencial de sinceridad de su *progreso*. Sus sueños se reducían, al parecer, á las naciones pequeñas, á los idiomas pequeños, á las familias pequeñas que habitan pequeñas fincas. La moda estaba por lo pequeño, por lo precioso. Ser grande, *era ser vulgar. Delicado, pequeño, bonito, miniatura y perfectamente diminuto*, eran las palabras sacramentales de aprobación crítica. Entre tanto, sigilosamente, con el factor del tiempo tan generoso con los niños, los hijos del alimento entraban en un mundo que tenía que modificarse para recibirles; aumentaban en fuerzas, en estatura, en conocimientos, llegando á ser individuales y á estar llenos de iniciativas, alcanzando las dimensiones á que los llamara su destino. Al principio, parecían ser una parte natural del mundo. Sí, aquellos trastornos de naturaleza física parecían formar parte de él, y la gente se admiraba de cómo habían sido las cosas antes de su tiempo. Oyeron

las gentes historias de lo que hacían los muchachos gigantes, y dijeron: «¡Admirable!» sin el mayor asomo de extrañeza, sin la menor admiración.

Los periódicos populares hablaban de los tres hijos de Cossar refiriendo cómo aquellos niños asombrosos levantaban grandes cañones, arrojaban enormes masas de hierro á centenares de metros, y daban saltos de doscientos pies de altura. Se decía que estaban haciendo un foso más profundo que ningún foso ó mina de los conocidos, en busca de tesoros escondidos en la tierra desde la Creación. «Estos niños — decían los periódicos, — nivelarán las montañas, echarán puentes sobre los mares, y agujerearán la tierra como un panal». «¡Admirable!» — decía la gente pequeña. — «¡Qué abundancia de comodidades y conveniencias llegaremos á tener!»

Y seguían en sus asuntos como si no existiera en el mundo el alimento de los dioses.

En realidad, estas cosas eran sólo los primeros avisos y promesas del poder de los hijos del alimento. ¡Aun era sólo el juego de los niños, el primer empleo de una fuerza no producida por efecto de un propósito! Ellos mismos no se tenían por lo que eran: parecían niños de una raza nueva, que iban creciendo lentamente. Y como el poder de aquellos gigantes aumentaba de día en día, la voluntad gigante debía desarrollarse en un propósito y tender á un fin.

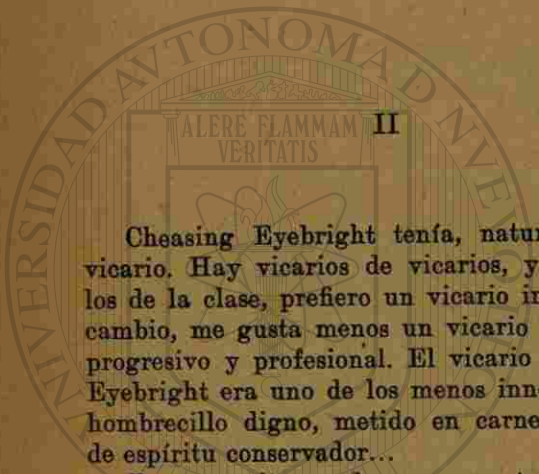
Considerados en el tiempo, aquellos años de transición tuvieron la cualidad de ser un solo y continuado suceso; pero la verdad es que nadie vió así la llegada de los gigantes al mundo, como tampoco vió nadie como un sólo suceso la decadencia y caída de Roma hasta que pasaron muchos siglos. Los que vivieron en aquellos tiempos se hallaban demasiado cercanos á estos desenvolvimientos para que los consideraran reunidos formando un todo; les parecía hasta á los mismos sabios, que la comida daba únicamente al mundo una cosecha de rebeldes é inconexas aplicaciones que sólo podrían agitar y turbar el orden establecido de la humanidad; pero nada más.

Para un observador, lo más admirable de todo aquel período de fuerza acumulante, es la invencible inercia de una masa tan grande de gente, la tranquila persistencia en todos los que ignoraban tan enormes cosas, y la esperanza, que aumentaba en los que las conocían, de otras cosas aun más enormes. Lo mismo que los grandes ríos que se despeñan pero están tranquilos y con apariencias de mayor calma en el mismo borde de la catarata, así cuanto hay de más conservador en el hombre, parecía asentarse en una ascendencia serena en los últimos tiempos á que el alimento había llegado.

La reacción se hizo popular: se habló de la bancarrota de la ciencia, de la muerte del pro-

greso, del advenimiento de los mandarines; se habló de todas esas cosas cuando resonaban ya las pisadas de los hijos del alimento. Las jactanciosas é imbéciles revoluciones de otros tiempos, las masas enormes de gentezuela estúpida destruyendo á un monarca tonto y pequeño como ellos, y otros sucesos análogos, habían pasado para siempre: lo único que no había muerto era la transformación: sólo la transformación seguía transformándose.

Lo nuevo llegaba con su estilo propio y este se hallaba fuera del alcance de la vulgar comprensión del mundo. Hablar minuciosamente de su llegada sería escribir una gran historia, pues en todas partes se veía una cadena paralela de acontecimientos; pero referir su llegada á un sitio determinado, es referir parte del conjunto. La casualidad hizo que una semilla volante de la inmensidad, cayera en el bonito y pequeño pueblo de Cheasing Eyebright, en Kent; procuraremos relatar la historia de su extraña germinación y la trágica pequeñez de que fué origen, siguiendo un simple hilo, como para mostrar la dirección en que todo aquel grande y complicado tejido se fué desarrollando en el telar del tiempo.



Cheasing Eyebright tenía, naturalmente, su vicario. Hay vicarios de vicarios, y entre todos los de la clase, prefiero un vicario innovador; en cambio, me gusta menos un vicario reaccionario, progresivo y profesional. El vicario de Cheasing Eyebright era uno de los menos innovadores; un hombrecillo digno, metido en carnes, maduro y de espíritu conservador...

Pero necesitamos dar un paso atrás en nuestra historia para hablar de él. Ustedes recordarán la escapatoria de la señora Skinner, llevándose consigo el alimento sin inspirar sospechas á nadie.

El pueblo tenía bajo la luz poniente su mejor golpe de vista. Se extendía en un valle, bajo los bosques de hayas del Hanger, formando un conjunto de casitas con tejados de paja ó de encarnadas tejas; casitas con sus pórticos enrejados y sus fachadas de líneas airosas, que se iban estrechando entre sí á medida que la carretera bajaba, desde la iglesia al puerto.

La casa-vicariato sobresalía algo por entre los

árboles detrás de la fonda, con su frente de la época de los Jorges, desquebrajado por el tiempo. El campanario se elevaba alegremente en la hondonada del valle, al pie de las colinas.

Una corriente serpenteando, una estrecha faja de color azul celeste y espuma que brillaba entre la espesura de los cañaverales, helechos y sauces llorones, dividía por su centro una sinuosa tira de prados. La perspectiva, en conjunto, dejaba ver la cualidad especial inglesa de un maduro cultivo, con el aspecto de todo lo que está bien y tranquilo.

El vicario también parecía maduro. Era meloso por naturaleza y hábito, como si hubiera nacido de padres dulzones, hasta que llegó á ser maduro y jugoso mozalbete. Se comprendía, aún antes de decirlo él, que había sido educado en un colegio de esos aristocráticos, llenos de hermosas tradiciones, pero sin laboratorio químico, y que desde él había pasado á un venerable instituto del más puro estilo gótico. El vicario tenía pocos libros que no acusaran una antigüedad remontísima, y dichos libros y una colección de sermones premetodistas, constituían la parte más importante de su biblioteca. El vicario era hombre de regular estatura, más bien alto que bajo; su cara, dulzona en sus mocedades, se había vuelto respetable con los años; no usaba cadena de reloj y sus modestos trajes talares estaban hechos por un sastre del West End de Londres.

Sentado en el suelo y con las manos puestas en los tobillos contempló el pueblo con beatífica satisfacción, y alzando luego una mano como para saludarle, exclamó:

—Estamos perfectamente situados: nos encontramos en la fortaleza que ofrecen estas colinas, fuera de todo *eso*.

Debemos advertir que en aquel mismo sitio habían estado hablando él y un amigo suyo, de los horrores del siglo, de los automóviles, de la invasión norte-americana, de las lecturas del público, y de la absoluta desaparición del gusto.

—Estamos fuera de todo *eso* — repitió, y al pronunciar por segunda vez aquella frase, oyó pisadas de alguien que se acercaba, volvióse, y miró.

Figurémonos ver avanzar con paso inseguro á la vieja Skinner con un bulto entre sus manos huesudas; con la nariz, que resumía todas las acciones de su rostro arrugado; con un huerto de amapolas por sombrero, oscilando al compás de su marcha, y con los zapatos blanqueados por el polvo, cuyas puntas señalaban alternativamente puntos diametralmente opuestos al asomar por debajo de unas faldas bastante cortas, y por último con un miserable paraguas debajo del brazo.

¿Cómo había de imaginarse el vicario que aquella figura grotesca era, en lo que se refería á su pueblo, la casualidad fructífera, lo imprevisto, la hechicería, lo que los débiles apellidan Destino,

lo que para nosotros no era más que la señora Skinner?

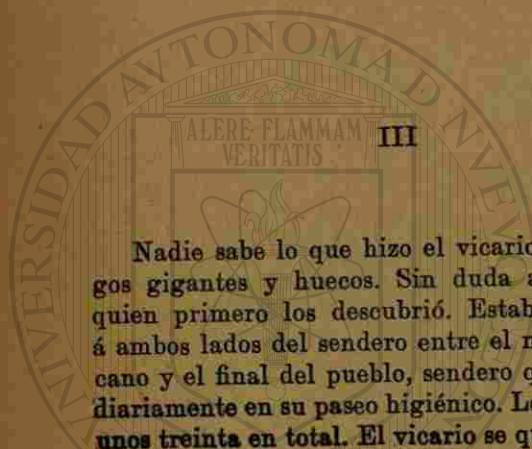
Como la vieja llevaba sobre sí demasiada carga para hacer reverencias, hizo como que no vió al vicario ni á su amigo, y pasó á tres varas de ellos, camino de su pueblo. El vicario se quedó silencioso observando su paso lento y madurando una reflexión; para él no tenía importancia alguna aquel incidente. Las viejas *aere perennius*, han llevado bultos desde que el mundo es mundo.

—Estamos fuera de todo *eso* — dijo otra vez el vicario. — Vivimos en una atmósfera de cosas sencillas y perdurables; nacer y trabajar, esto es, sembrar y recojer. Lo que aturde pasa por nuestro lado.

El vicario se jactaba de lo que él denominaba cosas perdurables ó cosas permanentes.

—Las cosas cambian — solía decir, — pero toda la humanidad *aere perennius*.

Así era el vicario. Le encantaban las citas clásicas, inhábilmente aplicadas. Algo más abajo la señora Skinner, sin elegancia alguna, pero con resolución, se había metido decididamente en el cercado de Wilmerding.



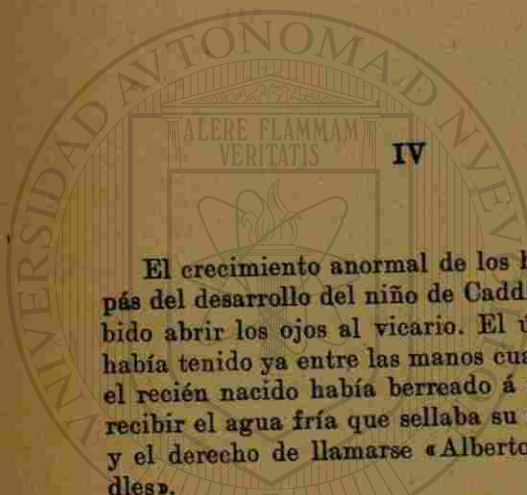
Nadie sabe lo que hizo el vicario con los hongos gigantes y huecos. Sin duda alguna él fue quien primero los descubrió. Estaban esparcidos á ambos lados del sendero entre el montecillo cercano y el final del pueblo, sendero que él recorría diariamente en su paseo higiénico. Los hongos eran **unos treinta en total**. El vicario se quedó mirándolos varias veces, y no pudo resistir al deseo de pincharlos una ó dos con su bastón.

Un día trató hasta de medirlos con sus brazos; pero estalló uno de los hongos al sentir su abrazo.

Habló de ellos á varias personas, y les dijo que eran «¡Maravillosos!»; les refirió la tan conocida historia de la losa de piedra que saltó del suelo de una bodega á impulso de los hongos que crecían debajo, y consultó su Sowerby para ver si serían *Lycoperdon coelátum* ó *gigánteum*, como todos los de su especie.

Profesaba la teoría de que *gigánteum* era un nombre mal usado. No se sabe si el vicario se fijó en que aquellas blancas esferas brotaban en

el camino que siguió la vieja el día anterior, ni si se dió cuenta de que las últimas de la serie se hincharon á una veintena de varas de la puerta de la casita de Caddles. Si notó aquellos detalles, no consta que anotara semejantes fenómenos en sus anales. Su observación en asuntos botánicos, era de las llamadas por las gentes científicas de clases inferiores, *una observación disciplinada*, es decir, de las que buscan ciertas cosas definidas y descuidan todo lo restante. Tampoco hizo nada para encastrar este fenómeno con el notable desarrollo del niño de Caddles, que aumentaba considerablemente hacía unas semanas, esto es, desde que Caddles hizo una visita á su suegra un domingo por la tarde, y oyó fanfarronadas del desaparecido Skinner sobre su modo de criar gallinas.



El crecimiento anormal de los hongos, al compás del desarrollo del niño de Caddles, hubiera debido abrir los ojos al vicario. El último hecho lo había tenido ya entre las manos cuando el bautizo: el recién nacido había berreado á más y mejor al recibir el agua fría que sellaba su divina herencia y el derecho de llamarse «Alberto Eduardo Caddles».

Aquel niño era ya una carga excesiva para los brazos maternos, y su padre tuvo que dirigir los pasos vacilantes de su primera edad, con trabajo, pero con sonrisa triunfal al contemplar las ansias de los otros padres.

—Nunca vi un niño igual — decía el vicario.

Y aquello fué la primera indirecta pública de que el hijo de Caddles, que había empezado su carrera terrenal con un peso inferior á siete libras, había de dar crédito á sus padres. Al poco tiempo, se vió que no se conformaba con darles únicamente crédito, sino que era la gloria de sus padres. Y, por último, al mes, esta gloria bri-

llaba de tal modo que era ya una inconveniencia para gentes de la posición de los Caddles.

El carnicero pesó al niño once veces. Era hombre de pocas palabras y pronto las pronunciaba. La primera vez dijo únicamente:

—Es de los buenos.

La segunda se le oyó decir:

—¡Palabra!

Y la tercera.

—¡Va bien, señora!

Después de lo cual sopló con fuerza, se rascó la cabeza y contempló su balanza con un recelo sin precedente. Todos acudían á ver al *niño grande*, como le llamaban generalmente. La mayor parte decía:

—¡Es un fantasmón!

Y muchos preguntaban:

—¿Pero es de veras?

La señorita Fletcher fué á verlo también y dijo «que ella nunca había hecho eso», lo que era muy cierto.

La señora Wondershoot, que era el tirano del pueblo, llegó al día siguiente del tercer repeso é inspeccionó con detención al niño-fenómeno á través de sus impertinentes, produciéndole á la criatura un terror que se tradujo en gritos.

—Es un niño de un tamaño excepcional — le dijo á la madre en tono doctrinal y solemne. — Tendrá usted que atenderle con gran cuidado,

Caddles. Es natural que no siga creciendo así, puesto que le cría usted con biberón; pero haremos lo que podamos para sostenerlo. Ya le mandaré á usted más ropa para que lo vista.

El médico, de su parte, midió al niño con una cinta y se fué haciendo números en su cartera, y el señor Drifhassok, agricultor de Up Marden, llevó consigo desde una distancia de dos millas á un viajante que se ocupaba en abonos, para que viese al niño, y el viajante, después de haber preguntado tres veces la edad que tenía la criatura, manifestó que debían haberle hinchado como á los globos. Lo que al parecer le infló á él fué el tamaño del niño, y dejando á los demás que discutieran la razón de por qué estaba hinchada la criatura, dijo que debían llevar á esta á una exposición de niños.

A todas las horas del día, excepto las de clase, la casa de Caddles parecía un jubileo de chicos que decía:

—¿Nos hace usted el favor de dejarnos ver al nene?

Y tanto marearon á la señora Caddles, que tuvo esta que poner término á la peregrinación.

En aquellos momentos de admiración general fué cuando llegó la señora Skinner: esta permaneció con los brazos cruzados cogiéndose los codos con sus dedos huesudos y se sonrió, unas veces

contrayendo la boca únicamente, y otras arrugando la parte superior de la cara.

—Hasta la miserable abuela se hace más simpática con todo esto — dijo la señora Wondershoot, — y eso que maldito si me agrada que haya vuelto al pueblo.

Las personas caritativas, que se cuelan por todas partes, no dejaron de meterse, como era natural, en la casa de Caddles, pero el niño-fenómeno evidenció con sus horribles gritos, que la caridad no había sido muy generosa al proveer su biberón.

El muchacho tenía derecho á ser, durante nueve días, la maravilla del pueblo, por ser lo que suelen durar las maravillas, pero lo fué mucho tiempo más, porque la gente siguió asombrándose al ver que la prodigiosa criatura, lejos de estancarse, seguía en su crecimiento con más fuerza que nunca, sin dejar su puesto á otra maravilla.

La señora Wondershoot oyó con verdadero espanto lo que le dijo su ama de llaves señora Greenfield, y se salió de sus casillas.

—¿Con que está ahí otra vez la Caddles diciendo que no tiene que dar de comer á su hijo? ¡Imposible! Ese niño devora como un hipopótamo. Eso no puede ser cierto de ninguna manera.

—Procure la señora que no la engañe esa gente.

—¡Es tan difícil entenderse una con ella! Lo

mejor será que vaya usted esta tarde á esa casa y que vea comer al niño; podrá ser muy grande, pero no creo que necesite más de seis pintas de leche diarias.

—Por lo menos, yo no veo razón para ello — replicó la señora Greenfield.

A la señora Wondershoot le temblaban las manos con esa emoción peculiar de la Sociedad Organizadora de la Caridad, con esa destemplanza sospechosa de todos los aristócratas linajudos al pensar que los pobres sean, después de todo, como ellos mismos, y además, y esto es lo que les escuece, que sean los que más supongan en la baraja humana.

La señora Greenfield no pudo descubrir derroche alguno en la visita que hizo, y se dió la orden para que se le aumentara la ración diaria á Caddles.

Poco tiempo después volvió Caddles á la casa grande de la señora, disculpándose con humildad y diciendo:

—Hemos tenido el mayor cuidado con las ropas, señora Greenfield, pero el chico las ha reventado. Con tal fuerza estallaron, que uno de los botones rompió un cristal, y otro me hizo este chichón, que puede usted ver.

La señora Wondershoot quiso hablar con Caddles cuando le dijeron que el hijo de éste había reventado las hermosas ropas de la Sociedad Ca-

ritativa, y el buen hombre compareció ante la dama con el cabello humedecido y alisado con la mano á todo correr, sin aliento y cogiendo el ala del sombrero á manera de cinturón salvavidas, y entró tropezando en la alfombra á consecuencia de su atolondramiento y de la angustia de su espíritu.

La señora Wondershoot se complacía en atemorizar á Caddles, que era para ella la representación ideal de la gente de baja esfera, ora desleal, ora fiel, unas veces abyecto, otras trabajador, é incapaz de toda responsabilidad, y, al verlo, le dijo que aquel modo de crecer y desarrollarse su hijo, era una cosa muy grave.

—Señoría: es el apetito que tiene — le dijo Caddles conmovido. — No se le puede aplacar la gana de comer que tiene, señoría, pues patalea y grita de un modo que da pena. ¡Si lo viera su señoría! No tenemos alma para resistirnos; y si la tuviéramos pronto intervendrían los vecinos.

La señora Wondershoot consultó con el médico municipal.

—Lo que yo quiero saber es — dijo á éste, — si hay razón para que ese niño disfrute de tan extraordinaria cantidad de leche.

—La ración conveniente para un niño de esa edad — contestó el médico, — es de pinta y media ó dos cada veinticuatro horas. No comprendo por qué ha de ser usted quien le provea de mayor

cantidad. Si lo hace usted es por su propia generosidad. Debíamos de probar unos días á darle sólo la ración correspondiente. Pero hay que admitir también que por alguna razón este niño es fisiológicamente distinto de los demás. Es posible que sea lo que se llama un caso de hipertrofia general.

—Estoy segura de que los demás vendrán con quejas, pues realmente no es obrar bien con el resto de los niños del lugar si esto continúa como hasta ahora — exclamó la señora Wondershoot. — No veo por qué ha de exigirse á nadie que dé más ración que la estipulada. Insisto en que pueden arreglarse con lo que se les da, y si no, que envíen el niño al hospital como caso raro. Supongo — añadió la señora Wondershoot dirigiéndose al médico, — que fuera del apetito y del tamaño descomunales no encuentra usted en la criatura nada anormal, nada monstruoso...

—No, no he encontrado nada; pero no dudo que si persiste ese desarrollo, encontraremos graves deficiencias morales é intelectuales. Se puede vaticinar esto por la ley de Max Nordau, filósofo grande y celeberrimo, señora Wondershoot, el cual descubrió que lo anormal es... anormal, descubrimiento valiosísimo y digno de no ser olvidado... Yo lo encuentro de una gran ayuda en el ejercicio de mi profesión. Cuando tropiezo con algo que se sale de lo normal, digo en seguida: — Esto es anormal.

La mirada del doctor se hizo profunda, su voz se hizo grave, sus maneras llegaron al límite de la intensidad confidencial, y levantando solemnemente una mano, añadió:

—Y entonces, trato el caso en ese sentido.

—¡Bah, bah! — dijo el vicario mientras almorzaba al día siguiente de la llegada de la Skinner. — ¡Bah, bah! ¿Qué significa esto? Y examinaba á través de sus gafas el periódico. — ¡Avispas gigantes! ¿En qué va á parar este mundo?... ¡Periodistas americanos, ó como si lo fueran! ¡A la porra con todas estas novedades! Yo me conformo con que haya uvas gigantes. ¡Qué disparates! — prosiguió el vicario bebiéndose el café de un trago, con los ojos fijos en el papel y haciendo chasquear los labios con incredulidad. — ¡Qué galimatías!

Pero al día siguiente se habló más de ello y vino el esclarecimiento, aunque no de golpe y porrazo. Cuando salió á dar aquel día su paseíto higiénico, aun iba riéndose de las abundantes historias que su periódico quería hacerle creer. Avispas eran, en efecto; avispas que de un picotazo mataban á un perro. Al pasar casualmente por el sitio donde aparecieron los primeros hongos descomunales, vió que crecía allí la hierba de un

modo extraordinario, pero no relacionó aquello con el motivo de su risa.

—Ya hubiéramos oído seguramente algo sobre esto — se dijo. — Whitstable no puede distar más de veinte millas de aquí.

Algo más allá volvió á encontrar otro hongo de los de la segunda aparición, tan grande como el huevo del ave fabulosa, que sobresalía del césped, de un espesor desconocido. Entonces, y repentinamente, empezó á ver claro el vicario. No prosiguió su acostumbrado paseo higiénico, sino que dió la vuelta por el segundo portillo, y llegó á la cabaña de los Caddles.

—¿Dónde está ese niño?

Y al verlo exclamó:

—¡Dios me valga!

Subió al pueblo sin dejar de echarse bendiciones y se encontró con el médico que bajaba en actitud pensativa. Le cogió por el brazo y le dijo:

—¿Qué significa esto? ¿Ha leído usted los periódicos de estos últimos días?

El doctor contestó afirmativamente.

—Bueno. Y ¿qué es lo que ocurre con ese niño? ¿Qué está sucediendo con todo, con avispas, con hongos, con niños?... ¿Eh? ¿Qué es lo que produce este crecimiento descomunal? ¡Esto es de lo más extraordinario! ¡Y decir que pasa en Kent! ¡Sí por lo menos fuese en América!...

—Es algo difícil decir lo que sucede — con-

testó el médico. — Pero según voy yo comprendiendo por los síntomas...

—¿Qué?...

—¡Es hipertrofia!... ¡Hipertrofia general!

—¿Hipertrofia?

—Sí, general; es decir, que alcanza á toda la estructura del cuerpo, á todo el organismo. Puedo asegurar que, en mi opinión y aquí entre nosotros, estoy convencido de que eso... ¡Pero hay que tener cuidado!...

—¡Ah! — dijo el vicario grandemente consolado con la idea de que el doctor estaba al tanto de la situación.

—Pero ¿cómo es que se presenta de este modo en todo el pueblo?

—Eso, repito, es difícil de decir — contestó el médico.

—Urshot antes, luego aquí... ¡Se ve claramente un caso de diseminación!

—En efecto — dijo el doctor. — A mí también me lo parece. Tiene un gran parecido con otras especies de epidemias. Es probable que el caso pueda denominarse hipertrofia epidémica.

—¡Epidémica! — contestó el vicario. — ¿No querrá usted decir contagiosa?

El doctor sonrió dulcemente, frotándose las manos. Y observó de nuevo:

—¡Tanto ya no podría decirlo!

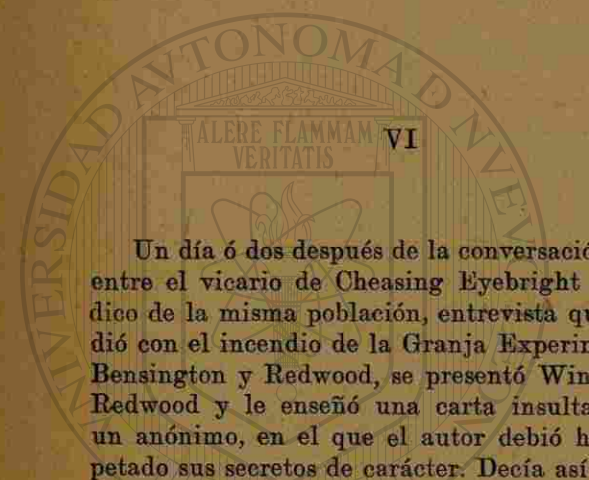
—¡Pero — gritó el vicario con los ojos muy

abiertos, — si es contagioso nos puede atacar á nosotros!

Dió unos pasos hacia adelante y se volvió diciendo:

—Acabo de estar allí... ¿No haría bien en?... Voy corriendo á casa para tomar un baño y hacer fumigar mis ropas...

El médico se quedó mirando un momento las espaldas del fugitivo vicario. Mientras caminaba reflexionó que hacía un mes que se había presentado el caso en el pueblo, sin que nadie apareciera contagiado por la enfermedad. Y después de un rato de vacilación decidió ser todo lo valiente que debe ser un médico en estos casos y arriesgarse como un hombre. Y, en efecto, esta decisión última fué buena, porque lo que nunca podía ocurrir ya era crecer: aunque el vicario y el médico hubieran devorado heracleoforbía por quintales, el crecimiento estaba fuera de sus alcances; lo gigante había terminado para siempre en aquellos dos caballeros.



Un día ó dos después de la conversación habida entre el vicario de Cheasing Eyebright y el médico de la misma población, entrevista que coincidió con el incendio de la Granja Experimental de Bensington y Redwood, se presentó Winkles ante Redwood y le enseñó una carta insultante. Era un anónimo, en el que el autor debió haber respetado sus secretos de carácter. Decía así la carta:

«Está usted presumiendo mucho con un fenómeno natural, al querer evidenciar su personalidad en la carta que dirige al *Times*. ¡Dése usted publicidad y déla usted á su Boomfood! pero le advierto que ese cacareado alimento, con su nombre absurdo, solo tiene relación accidental con las avispas y con ratas enormes. El hecho positivo es que hay una hipertrofia epidémica, hipertrofia contagiosa, á cuya investigación tiene usted tanto derecho como á la del sistema solar. ¡Gran beneficio le habrá producido á usted el incendio de su finca, que era más vieja que el mundo! Sabrá usted que la hipertrofia existió en la familia bí-

blica de Anak. Lejos de usted, en Cheasing Eyebright hay en la actualidad un niño...»

—La letra es temblona... Sin duda lo ha escrito un viejo — murmuró Redwood. — ¡Pero es chocante que haya allí un niño!...

Siguió leyendo la carta y tuvo de pronto una inspiración.

—¡Caramba! — exclamó, — ya sé donde está la Skinner.

Y, en efecto, en la tarde siguiente se presentó inopinadamente á la Skinner, que estaba arrancando cebollas en el huertecito situado delante de la casa de su hija. La Skinner le vió entrar por la puerta del huerto y se quedó por un instante *consternada*, según dicen allí los aldeanos; luego se cruzó de brazos y adoptó la defensiva esperando la llegada del sabio con un manojito de ajos debajo del brazo. Abrió dos ó tres veces la boca mascullando algunas palabras, é hizo un rapidísimo saludo con la cabeza.

—Bien me presumí yo que la encontraría á usted aquí — dijo Redwood.

—Contaba con ello, señor — dijo ella con indiferencia.

—¿Dónde está Skinner?

—No me ha escrito ni lo he visto desde que estoy aquí.

—¿Sabe usted lo que ha sido de él?

—No habiéndome escrito, mal puedo saberlo, señor.

La vieja dió un paso hacia la izquierda con el propósito de separar á Redwood de la puerta del pajar.

—¡Nadie sabe lo que ha sido de él!

—Pues yo aseguro que él lo sabe muy bien.

—Pero no lo dice.

—Mi marido fué siempre de los que saben guardarse á sí propios y dejan á los demás que se las compongan como puedan; para eso sabe ser muy listo.

—¿Dónde está ese niño? — preguntó Redwood á boca de jarro.

—La Skinner trató de evitar la respuesta.

—Quiero ver á ese niño del que tanto he oído hablar, á ese niño á quien usted le ha administrado la substancia, á ese niño que pesa más de una arroba.

Las manos de la Skinner se pusieron temblorosas, y los ojos se le cayeron en el suelo.

—Pero señor — exclamó, — no entiendo lo que usted dice, créame usted. Mi hija, la mujer de Caddles, tiene un hijo, es verdad, pero...

—Lo mejor que puede usted hacer, señora Skinner dijo Redwood, — es enseñarme el niño.

La señora Skinner lo miró de soslayo y lo llevó al pajar.

—En verdad, señor — dijo la anciana, — que

bien ha podido ser un poquito de substancia que le di á su padre en un jarrito allá en la granja para que se la trajera... O quizá otro poco que yo me traje por casualidad, vamos al decir. Ya ve usted ¡como empaqueté tan de prisa! y luego que...

—¡Hum! — refunfuñó Redwood después de acariciar al niño. Redwood dijo á la mujer de Caddles que tenía un hijo verdaderamente hermoso, de lo cual no protestó ella. El sabio no volvió á cuidarse de la madre, quien al ver que allí no hacía falta, se marchó.

—Puesto que ha empezado usted con él así — dijo Redwood á la abuela, — hay que seguir dándole el mismo alimento, ya lo sabe usted, y ahora, cuidado con decir nada.

La vieja indicó por medio del gesto que había comprendido bien.

—¿No se lo habrá usted contado á la gente de por aquí, eh? Es más, supongo que no se lo habrá usted dicho ni á los padres, ni á los señores de la casa grande, ni al vicario, ni al médico, ni á nadie.

La Skinner meneó la cabeza negativamente.

—Yo me guardaría mucho de decirlo — añadió Redwood.

Salió á la puerta del pajar y dirigió una mirada investigadora por los alrededores. La puerta del pajar se encontraba situada entre la casa y

unas pocilgas vacías, y comunicaba con la carretera. Algo más lejos se alzaba una pared de ladrillo, cubierta de yedras y enredaderas y coronada con vidrios rotos. Junto al ángulo de la pared y entre ramas verdes y amarillentas, sobresalía una tabla con un letrero que decía: «Se prohíbe el paso á los bosques». En la valla había una rotura, pero había sido cubierta con un tejido de alambres llenos de pinchos.

—¡Hum! — exclamó Redwood en diferentes tonos.

Oyose en este ruido de caballos y de ruedas y se dejaron ver las yeguas tordas de la señora Wondershoot. Redwood se fijó en las caras del cochero y del lacayo conforme se iba acercando el coche. El cochero era un hermoso ejemplar de la clase, grueso y colorado. Guiaba con cierta dignidad sacramental. Posible es que haya gente en el mundo, que dude su propia vocación y destino, pero aquel hombre no tenía duda de que los suyos eran guiar el coche de su señora.

El lacayo iba sentado á su lado, con los brazos cruzados y con cara de un hombre que está convencido de su importancia.

Luego, se distinguió á la señoría, con sombrero y abrigo, sencilla y desdeñosa mirando á través de sus lentes. Dos señoritas iban con ella, las cuales curioseaban sacando la cabeza por la ventanilla y alargando el cuello.

El vicario, que pasaba por el lado opuesto, se quitó apresuradamente el sombrero, descubriendo su frente que recordaba la de David; pero su saludo pasó tan inadvertido como otras muchas veces. Redwood permaneció un buen rato en el umbral después de haber pasado el carruaje, teniendo las manos cruzadas á la espalda. Su vista recorría las verdes colinas que tenía al frente; luego paseaba por el límpido azul del cielo, y acababa por detenerse en la muralla coronada de vidrios rotos; después, se fijaba en el sombrío y fresco interior de la casa, donde entre manchas de color y obscuridades á lo Rembrandt, el niño-gigante, sin otro vestido que una faja de franela y sentado en un gran haz de paja, jugaba con sus propios pies.

—Ahora empiezo á ver lo que hemos hecho — murmuró Redwood.

Siguió pensando, y su propio hijo, y el niño Caddles y todos los de Cossar, se mezclaron en su reflexión. Luego se echó á reir de pronto y dijo, respondiendo á alguna idea extraña:

—¡Dios mío!

Hasta que, volviendo á la realidad, se dirigió á la Skinner y le dijo:

—Sea lo que fuere, no hay que atormentar al niño con una interrupción del alimento. Esto, bien lo podremos evitar. Yo le mandaré á usted un bote cada seis meses. Eso le vendrá perfectamente.

La señora Skinner murmuró algo parecido á

—Si á usted le parece, señor...

Y añadió luego:

—¡ Como probablemente empaqueté por equivocación!... Además, no creí que pudiera perjudicarlo dándole un poco...

Y al propio tiempo le indicaba á fuerza de variados y temblorosos gestos, que le comprendía.

El niño siguió creciendo, ¡creciendo siempre!

—¡ En realidad, ese chico se ha comido todas las terneras de la localidad! — decía la señora Wondershoot. — ¡ Si dieran todos en obsequiarnos como Caddles, con otros de la misma especie, medrados estaríamos!

VII

Por muy retirado que fuera el pueblecillo de Eyebright no pudo sostenerse allí la teoría de la hipertrofia — fuera contagiosa ó no — dado el creciente fumulto que producía el alimento. Al poco tiempo, le pidieron explicaciones á la señora Skinner; explicaciones que la expusieron á la más penosa prueba; la pobre vieja sufrió registros, acusaciones, delaciones... hasta que, por fin, tuvo que refugiarse en su dignidad de viuda inconsolable, para hacer frente á la hostilidad universal.

La señora Skinner volvía los ojos — que trataba de tener llenos de lágrimas — hacia la indignada señora de la casa grande, mientras se enjugaba las manos, que le chorreaban legía.

—Su señoría olvida lo que yo estoy pasando — decía.

Y proseguía en este toque de atención, con cierta desconfianza.

—En *él* pienso siempre, de día y de noche.

Luego, apretaba los labios y su voz bajaba de tono al decir:

—Siéntese la señora.

Y habiéndose ya asegurado en ese terreno, repetía la afirmación rechazada anteriormente por su señoría.

—Yo, señora, no tenía más idea que la que pudiera tener otra persona respecto á lo que le daba al niño.

La señora imprimía á su pensamiento una dirección más grata, pero sin dejar por eso de regañar de un modo tremendo contra Caddles.

Emisarios amenazadores penetraron en la ya tumultuosa vida de Bensington y Redwood; se presentaron como concejales del Ayuntamiento, estólidos y aferrados á las disposiciones ya proclamadas.

—Le consideramos á usted responsable, señor Bensington, del daño producido en nuestro municipio... ¡Sí, señor, usted es el responsable!

Una sociedad de procuradores, licenciados en astucias, que se firmaba con siete apellidos y que aparecía invariablemente en forma de un vejete pequeñuelo, de pelo rojizo, aspecto astuto y nariz puntiaguda, habló también á nuestros sabios, de un modo vago, de daños y perjuicios, y de la casa de su señoría llegó á la de Redwood un personaje distinguido, que preguntó:

—Y, bien, caballero ¿qué se propone usted hacer ahora?

—Interrumpir el envío del alimento al chico

si á Bensington ó á mí nos siguen molestando de este modo. Yo doy ahora la comida de balde, pero puedo dejar de darla cuando quiera, y no teniéndola el niño, gritará y convertirá el pueblo en ruinas antes de morirse si no se le da la substancia. El niño está á cargo de ustedes y ustedes deben mantenerlo. La señora Wondershoot, al ser dama bienhechora y providencial de un pueblo, ha contraído responsabilidades ¿me entiende V.?

—El mal está hecho — dijo la señora Wondershoot al conocer la respuesta.

—Sí, el mal está hecho — repitió el vicario, como un eco.

Pero no era así: el mal no estaba hecho, sino empezado á hacer únicamente.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO II

EL RAPAZUELO GIGANTE

I

El niño gigante era feo, y el vicario que lo sabía, hacía hincapié en ello siempre que venía al caso, como si no estuviera convencido el mundo de que es feo todo lo que resulta excesivo.

Sus propias opiniones habían llevado al vicario hasta el extremo de afirmar un desacierto. Las muchas fotografías que en aquel rústico albergue se sacaron del niño, testimoniaron en contra suya, puesto que demostraban que aquella criatura había sido hasta hermosa en un principio, con sus abundantes cabellos ondeados que flotaban por su frente, y su semblante risueño y apacible.

Caddles, que era de constitución débil, se colocaba ordinariamente sonriendo detrás de su hijo con lo cual resaltaba más su pequeñez relativa.

29242

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1422 MONTERREY, MEXICO

Cuando el niño cumplió dos años, se hizo más discutible su hermosura. Empezó á crecer de un modo tal, que su abuelo hubiera calificado de *exuberante*; perdió sus buenos colores, y parecía un ser débil, aunque de forma colosal.

En realidad estaba delicado. Se le empezaron á afinar las facciones y tomaron estas el tono gris que la gente llama interesante; sus cabellos, en cuanto se los cortaron por primera vez, se le empezaron á enmarañar y parecían un montón de estopa.

—Ya sale al exterior lo vulgar de su prosapia— dijo el médico al observarlo.

El caso es que aun no se ha podido averiguar si aquel estado de debilidad provenía de lo que el médico aseguraba, ó de vivir el chico en un pajar blanqueado á expensas de una caridad, templada por la justicia de la señora Wondershoot.

Sus retratos fotográficos desde la edad de tres hasta la de seis años, nos lo presentan con ojos redondos, pelo estoposo, nariz un tanto chata y mirada dulce, amagando en sus labios esa sonrisa que se ve en todos los retratos de niños gigantes. Llevaba en verano las ropas sueltas sujetas con una cuerda, y cubría su cabeza, generalmente, con una de esas espuestas en que los jornaleros llevan sus útiles de trabajo. Iba descalzo, y en uno de los retratos se le veía riendo, mostrando los dientes y con un mechón mordido en la mano.

Los retratos suyos obtenidos en invierno son en enorme número y menos satisfactorios. En ellos se le veía con inmensos zuecos de madera de haya y con unos sacos por calcetines. El calzón y la chaqueta parecían hechos, sin duda alguna, de una alfombra vieja de colores vivos. Las ropas interiores eran hasta de franela; un retazo de cinco ó seis varas de dicha tela, le rodeaba el cuello. En la cabeza, algo que parecía un saco y quería ser una gorra. En algunos de estos retratos se le ve sonriente y en otros triste. A los cinco años de edad, se le veía ya esa arruga caprichosa que da carácter á las facciones al dibujarse por encima de unos ojos dulces y castaños.

Según lo que constantemente decía el vicario, el niño gigante había sido desde su nacimiento una verdadera y terrible desgracia para el pueblo. A su parecer tuvo siempre impulsos irresistibles al juego. Era curioso, sociable, y, aunque me duele confesarlo, tuvo siempre deseos de comer más de lo que le daban. Por más que la señora Greenfield calificara de *excesiva generosidad* la ración que le adjudicaba la señora Wondershoot, el niño sintió lo que el médico dió en llamar *apetito criminal*. La señora, que tantos disgustos y contrariedades experimentaba en la santa y noble misión, en el piadoso ejercicio de la caridad con las clases bajas, las vió reproducidas y aumentadas por el monstruo; pues á pesar de la ración exagerada con que

le socorría la dama, que era mayor que la que se le da como máximo á un adulto, averiguó que el niño robaba, y que lo que robaba se lo comía con la más vulgar voracidad. Sus grandes manos pasaban por encima de las tapias de los huertos y se metían en el carro del panadero, cuyo contenido ansiaba; los quesos desaparecían del desván en que los guardaba Marlow, y ni la comida de los cerdos respetaba el gigante. El labrador al visitar su campo de nabos, encontraba los rastros de los grandes pies del muchacho; y á un lado y á otro veíase un agujero, tapado con astucia infantil, donde había estado la raíz y que daba testimonio de la glotonería de Caddles que se comía un nabo como quien se come un rábano. Desde el suelo cogía las manzanas de los árboles, cuando no había nadie, como otros niños cogen moras en una zarza. En cierto modo, esta escasez de provisiones para el monstruoso rapazuelo, fué buena para la tranquilidad de Cheasing Eyebright porque en pocos años devoró hasta el último grano del alimento de los dioses que le habían suministrado.

El niño aquel era indudablemente molesto y desproporcionado para la pequeña aldea en que vivía.

—Siempre anda por ahí — acostumbraba á decir el vicario.

El chico no podía ir á la escuela ni á la iglesia, porque resultaban ambos edificios muy pequeños

para el gigante. Se trató de interpretar el espíritu de la *estúpida y destructiva ley* — palabras del vicario — de 1870 sobre educación elemental, haciéndole que escuchase desde fuera y por la ventana abierta las clases que se daban en el interior del edificio.

Pero la presencia del chico daba al traste con la disciplina de los escolares, que estaban continuamente entrando y saliéndole, para mirarle y reirse cada vez que hablaba el monstruoso niño. ¡Era tan rara su voz! Así es que se acordó que no volviera más. Tampoco se insistió en que visitara el templo, pues las inmensas proporciones del niño quitaban la devoción á los fieles.

Y eso que en este punto hubiera sido fácil conseguir su asistencia, pues se adivinaban gérmenes de sentimientos religiosos en aquel tremendo corpachón. Acaso fuera la música lo que le atraía. Se le veía á menudo en el cementerio que rodeaba la iglesia, abriéndose poco á poco camino por entre los sepulcros; y cuando ya estaban todos los fieles dentro, se acucurraba junto al pórtico y permanecía allí durante toda la función religiosa, prestando atención como quien escucha el cercano zumbir de una colmena.

Al principio, demostraba alguna falta de tacto. La gente oía desde dentro sus grandes pies moverse inquietos en torno del sagrado recinto, ó veía su cara gris mirando á través de los vidrios

empaños, con curiosidad y envidia. Y cuando dentro entonaban algún himno, se le oía aullar lúgubrememente, pretendiendo cantar al unísono. Entonces salía el pequeño Sloppet, que era el que le daba al fuelle del órgano y hacía de campanero los domingos, y el que limpiaba chimeneas y repartía la correspondencia el resto de la semana, y muy apurado, pero enérgico y valiente, echaba de allí al curioso é importuno gigante. Sloppet sentía echarle, por lo menos en sus momentos de reflexión, en que pensaba que arrojar á Caddles era como mandar que estuviera encerrado en casa un perro callejero.

Pero la educación moral é intelectual del joven Caddles, aunque desconcertada y sin orden, era provechosa. Desde un principio, el vicario, la madre y los habitantes del pueblo se habían puesto de acuerdo para hacerle comprender que no debía hacer uso de su fuerza gigantesca; que era una desgracia que le había ocurrido y ante la cual debía resignarse. Tenía que obedecer á todos, hacer cuanto se le mandase, cuidar de no romper nada ni hacer daño á nadie; y debía procurar, sobre todo, no pisar las cosas, ni moverlas, ni saltar por encima de ellas.

Debía saludar con mucho respeto á los consuecos de la aldea y agradecerles la comida y vestidos que le daban con detrimento de su riqueza. Y todo esto lo aprendió con sumisión, pues era

una criatura dócil por naturaleza y sólo poseía aquella estatura gigantesca por la pícara desgracia que le *había ocurrido*.

A la señora de la *casa grande*, esto es, á la señora Wondershoot, le demostraba en sus primeros años el más profundo temor y la mayor reverencia. La dama observó que conversaba más á gusto con el gigante cuando ella llevaba falda corta y tenía un látigo en la mano, el cual blandía como, respondiendo al desdén y aspereza de las palabras que pronunciaba el pequeñuelo.

Algunas veces, se convertía el vicario en maestro del niño, semejando un David minúsculo, de cierta edad y cortos alientos, que caía sobre aquel Goliath infantil como un chaparrón de reprobación, reproches y órdenes dictatoriales.

Y el monstruo resultaba ya tan grande que se hacía imposible á todos recordar que, era sólo un niño de siete años de edad, ansioso de divertirse y con la curiosidad propia de la infancia, que siempre desea obtener una respuesta ó una satisfacción á su anhelo de saber, pero que también está dotada de una especie de capacidad para el sufrimiento y las privaciones.

Cuando el vicario se iba de mañana á disfrutar del sol por la carretera, solía encontrar á aquel fenómeno de seis metros, zafio y tosco, que le resultaba tan fantástico y desagradable como una nueva forma de revolución religiosa, ó como un

cisma personificado, que corría convulsivamente por las carreteras con la cabeza echada hacia adelante, tratando de satisfacer las dos necesidades primordiales de la niñez: algo que comer y algo con que jugar.

En los ojos del niño se notaba cierto respeto fugaz y temeroso, y hacía ademán de tocar con su hercúlea mano las greñas de su frente. Aunque de una manera limitada, el vicario tenía la suficiente imaginación, para figurarse lo que le podría sobrevenir si por casualidad el joven Caddles, abandonando sus costumbres pacíficas y su actitud respetuosa, hubiera hecho uso violento de su musculatura.

El vicario no las tenía todas consigo al pensar que al gigante pudiera sobrevenirle un acceso de locura repentina ó que se le ocurriera faltarle al respeto... Sin embargo, el hombre realmente animoso no es el que no siente el miedo, sino el que sabe dominarlo.

El vicario conseguía siempre dominar su imaginación y acostumbraba á interpelar al joven Caddles con voz fuerte y clara, de tenor de iglesia.

—¿Eres bueno, Alberto Eduardo?

Y el niño gigante, arrimándose á la pared y poniéndose colorado como la grana, contestaba:

—Sí, señor... Por lo menos, de eso trato...

—Cuidado con no serlo — decía el vicario pasando á su lado con la respiración agitada.

Y por respeto á su dignidad y á su cualidad de hombre, se impuso la norma de no volver la cabeza atrás y, aunque sintiera los más grandes terrores, no mirar al peligro, una vez pasado.

Lo que no podía dominar el vicario era la agitación de su espíritu cuando enseñaba al joven Caddles. No enseñó al monstruo á leer, porque no lo creyó necesario; pero, en cambio, le enseñó lo más esencial del catecismo, como, por ejemplo, los deberes para con el prójimo y para con la Divinidad, que castigaría á Caddles con rigor justiciero si el muchacho se permitía desobedecer al vicario ó la señora Wondershoot. Las lecciones las recibía en el patio del vicario, y los transeuntes podían oír la voz vigorosa de niño, que repetía sordamente lo esencial de tales enseñanzas.

—Honrar y obedecer al rey y á todos los que han recibido autoridad de él... *Someterme* humildemente á todos los superiores espirituales y gerárquicos... Estar siempre con la mayor reverencia y humildad, sujeto á todos los que por voluntad divina son superiores á mí...

Un día se supo que el efecto producido por el gigante en caballos no acostumbrados á su vista, era el que les puede producir un camello ú otro animal análogo; así es que se le prohibió recorrer los caminos y acercarse á las plantaciones de arbustos.

La colosal cabeza del niño gigante, asomando

con sonrisa de idiota por encima de la cerca, había exasperado en cierta ocasión á su señoría que fué la que dictó la anterior orden. Esta imposición, sin embargo, no fué obedecida, por el inmenso interés que inspiraba á Caddles la carretera; pero lo que fué antes su constante recurso, se convirtió luego en placer robado, hasta que, por último, el rapazuelo se vió limitado á los antiguos prados y á las dunas.

Yo no sé lo que habría hecho la criatura á no haber sido por las dunas; allí, al menos, tenía espacio donde vagar á sus anchas; allí arrancaba grandes ramas de los árboles, con las que hacía enormes ramilletes, hasta que también eso le fué prohibido; allí cogía las ovejas y las colocaba en filas de las cuales se salían los animales al momento, (lo que invariablemente le hacía prorrumpir en tremendas carcajadas), y también se lo prohibieron; allí formaba altos montones de hierba abriendo grandes agujeros, y al cabo esto llegó á negársele. Caddles recorría las dunas hasta la colina de Wreckstone, pero no más allá, porque empezaba el terreno cultivado. La gente, que temía su merodeo y temblaba por sus cosechas de nabos, excitada también por la timidez de aquella figura inmensa y desastrada, salía al encuentro del gigante y lo echaba de sus campos, amenazándole con perros y haciendo chasquear sus fustas para

asustarle. Oí decir que hasta disparaban algunas veces sus escopetas...

Cuando iba en dirección opuesta, veía á Hickleybrow, y podía ver desde Thursley Hauger el ferrocarril de Londres, Chatam y Dover; pero le impedían el paso los campos laborados y un sospechoso villorrio y no podía llegar á la vía. Poco después se encontró ya con grandes tablones con letras encarnadas, cerrándole el paso en todas direcciones. Aunque no podía leer lo que decían aquellos letreros «Se prohíbe el paso» no tardó en comprenderlo perfectamente. Los viajeros del tren lo vieron aquellos días sentado en lo alto de la duna junto á las caleras de Thusday, donde más tarde le pusieron á trabajar. Parecía sentir simpatía misteriosa por el tren, y á veces le saludaba con su enorme mano, ó le enviaba un enérgico y entusiasta viva.

— ¡Qué grande es! — solía decir algún viajero.

— Es uno de esos niños del Boom... Dicen que no se puede valer á sí mismo, que es idiota, y que constituye una carga muy pesada para su pueblo.

— Sí, me han dicho que sus padres son muy pobres.

— Vive á expensas de la caridad de las personas pudientes del pueblo.

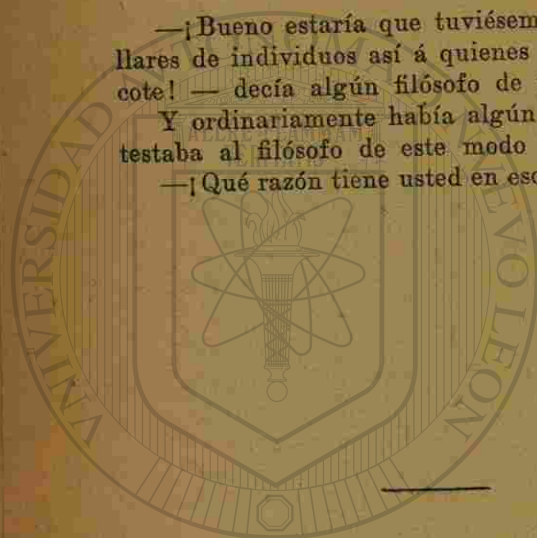
Todos se quedaron mirándole.

— Han hecho bien en prohibir eso.

—¡Bueno estaría que tuviésemos algunos millares de individuos así á quienes mantener á escote! — decía algún filósofo de miras elevadas.

Y ordinariamente había algún sabio que contestaba al filósofo de este modo y con energía:

—¡Qué razón tiene usted en eso, caballero!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II

Al niño gigantesco le llegó el mal tiempo.

En primer lugar sufrió los consiguientes disgustos por la cuestión del río, que ya conoce el lector por haberla referido en uno de los párrafos precedentes. Para hacer esto más llevadero, fabricó barcos con papel de periódicos, habilidad que aprendió del chico de Spender, y los colocó para que navegaran río abajo, semejando los barcos grandes sombreros de papel. Cuando los barcos desaparecían por debajo del puente que marcaba los límites de la hacienda señorial de Eyebright, daba fuertes gritos, bien atravesando, bien rodeando á todo correr el nuevo campo de Tormat. ¡Dioses del Olimpo! ¡qué manera de correr los cerdos! ¡y cómo se convertían sus grasas en simples músculos! Caddles alcanzaba á sus barcos en el vado del río que, cruzando por los prados iba á pasar precisamente por la casa señorial y á la vista de lady Wondershoot. ¡Valiente cosa!

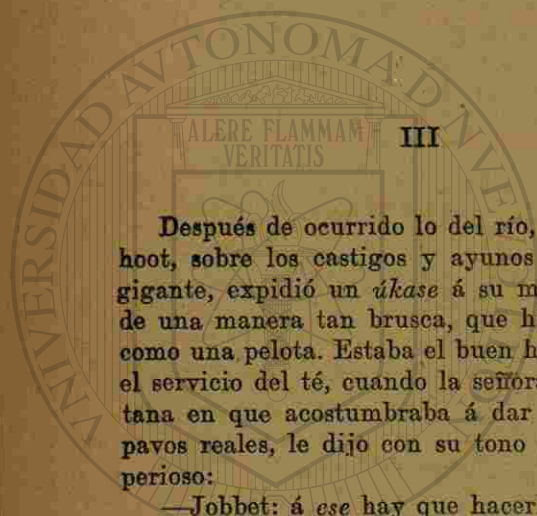
Pero sucedió que, haciéndose más y más emprendedor á causa de la impunidad, discurrió unas

obras hidráulicas de ingeniería infantil. Hizo un gran puerto donde pudieran guarecerse sus escuadras, cavando el suelo con una puerta de jardín desechada, de la que se servía como de una pala, y como no le observara nadie en aquel momento, concibió la idea de un canal que, por incidencia, inundó la nevería de lady Wondershoot, y cerró el río por medio de un dique con algunas puertas de tierra. Como es de suponer, el agua hizo de las suyas, pues inundó las plantaciones y arrastró á miss Spinks y su caballete... es decir, se llevó únicamente el caballete, porque la señorita huyó hecha una lástima hacia la casa con agua á la rodilla. Las aguas penetraron en el huerto, y sin detenerse en la verde puerta que separaba á éste del jardín, recorrieron la alameda y volvieron á entrar en su cauce junto al estanque de Short.

El vicario que hablaba con el herrero, interrumpió la conversación y se quedó como pasmado al ver los saltos de angustia que daban los peces, saliéndose de unas charcas, residuos de las pozas del río, y más pasmado aún al notar en el lecho de éste, montones de hierbajos, sobre los que minutos antes había ocho pies de agua cristalina y fresca.

El joven Caddles huyó después de la catástrofe, horrorizado de su propia obra, y no pareció por el pueblo en dos días y dos noches. Regresó acosado por el hambre y sufrió con estoica re-

signación violentísimas reprensiones que, de todo cuanto le había ocurrido hasta entonces en aquel pueblo feliz, fué lo único que guardó relación con su grandeza.



Después de ocurrido lo del río, lady Wondershoot, sobre los castigos y ayunos que impuso al gigante, expidió un *úcase* á su mayordomo, pero de una manera tan brusca, que hizo botar á este como una pelota. Estaba el buen hombre quitando el servicio del té, cuando la señora, desde la ventana en que acostumbraba á dar de comer á los pavos reales, le dijo con su tono de voz más imperioso:

—Jobbet: á ese hay que hacerle trabajar; que se gane la vida.

Y supo convencer, no á Jobbet, que lo estaba ya, sino al pueblo entero y al mismo Caddles, que aquello, como todo cuanto ella ordenaba, tenía que hacerse infaliblemente.

—Es preciso tenerlo ocupado—dijo la dama;—sí, le conviene la ocupación á ese señorito, á ese rapazuelo.

—Cierto, indiscutible y debe convencer á toda la humanidad — replicó el vicario. — Trabajo sencillo; el curso natural y modesto de la siembra y de la recolección.

—Así es — exclamó lady Wondershoot, — y es lo que digo á toda hora. El demonio está siempre con el que tiene las manos ociosas, si éste pertenece á las clases obreras, y, fundados en tal principio, educamos á los mozos que nos han de servir. Ahora bien ¿en qué podríamos emplearlo?

En aquello estribaba la dificultad. Pensáronlo mucho tiempo, y para que entre tanto no estuviera ocioso, lo emplearon en la conducción del correo, de modo que cuando había algo especial que comunicar con urgencia, allá iba Caddles. También lo empleaban en transportar cajones, equipajes, etcétera, por medio de una red grande que encontraron, apropósito para él. El niño gozaba, al parecer, con el trabajo que consideraba como una diversión. Kinkle, el administrador de lady Wondershoot, al verle un día transportar grandes pedruscos á la gruta de su señora, se le ocurrió la gran idea de enviarlo á trabajar á la cantera de Thursley Hanger cerca de Hickeybrow, perteneciente á la casa. La idea fué llevada inmediatamente á la práctica y con ello pareció resuelto en definitiva el problema de la ocupación del niño. Este trabajaba en un principio en la cantera como por juego, y después como por costumbre; arrancaba las piedras, cargaba las vagonetas y tiraba de ellas, llevándolas llenas hasta el tope y volviéndolas vacías.

Llegó á quedarse solo en el trabajo de la can-

tera, y me dijeron que Kinkle había adquirido con él una ganga para la señora, á la que no hacía otro gasto que el de la comida, lo cual no impedía que trataran al infeliz como un parásito gigantesco que vivía de la caridad de la dama. Reduciase por entonces su ropa á una blusa de arpillera, pantalones burdos remendados y zuecos. Cuando llevaba cubierta la cabeza, que era muy rara vez, se ponía en ella una especie de cesto de paja parecido á la tapa de una colmena.

Caddles trabajaba en el fondo de la cantera con gran seriedad, y cuando el vicario llegaba hasta allí en sus paseos higiénicos, solía encontrarlo saboreando el miserable alimento que le otorgaba la gran señora. Todos los días le llevaban el rancho; una vagoneta de grano y de semillas sin mondar, vagoneta pequeña de ferrocarril semejante á las que él llenaba continuamente de cal. Dicha ración la acarreaaba hasta un viejo horno de cal, donde la devoraba. este alimento lo mezclaba en ocasiones con un talego de azúcar. A veces, se le veía chupar un pedazo de sal como los que se dan á las vacas, ó comerse, con hueso y todo, un gran montón de dátiles.

Para saciar la sed, se iba á un arroyuelo más allá del sitio donde había estado la granja experimental de Hickleybrow en la que bebía directamente echado de bruces.

Este modo de beber del niño, produjo sus na-

turales y lógicas consecuencias: una vez desprendióse de la boca del gigante un poco de alimento de los dioses, que hizo desarrollar extraordinariamente algunas plantas que crecían á la orilla del río; luego, grandísimas ranas, enormes truchas y carpas; y, por fin, una exuberante vegetación que cubrió todo aquel vallecito.

Al cabo de un año, empezaron á crecer de tal modo los gorgojos monstruos del campo de enfrente del herrero, convirtiéndose en terroríficos saltadores y moscones, á los cuales los chicos llamaban de *motor*, que obligaron á salir fuera de aquellos lugares á lady Wondershoot.

IV

Pero pronto iba á entrar el alimento en una nueva fase de actividad para el muchacho, pues á pesar de la muy sencilla instrucción que le daba el vicario, instrucción que tendía á redondear la vida modesta y natural de un campesino gigante, el chico empezó á hacer preguntas queriendo investigar el por qué de las cosas... Es decir, que empezó á pensar. Era evidente que al pasar de la infancia á la adolescencia, su espíritu tuvo procedimientos propios y fuera del alcance del vicario, el cual creyó conveniente ignorar este afflictivo fenómeno, aunque no dejaba de sentir su existencia.

Materia más que sobrada para hacer reflexionar al gigante rodeaba á éste por todos lados. Involuntariamente, con tan inmensos horizontes y pudiendo dominar todas las cosas, tenía que ver muchísimo de la vida de los hombres; y cuando vió que él también, á pesar de su exagerado tamaño, era un ser humano, comprendió de cuántas cosas le privaba su tristísima condición: el bullicio de la escuela; los misterios de la religión á que asistían todos tan compuestos, y que exhalaban tan dulces melodías; los cantos y coros alegres que llegaban á él desde la taberna; las habitaciones

resplandecientes de luz y de fuego que distinguía desde su obscuridad, y los gritos de excitación de los mozos que en trajes de franela se dedicaban al sport del *cricket* en el ancho prado y que él no comprendía aún del todo, le hablaban á gritos en lo más íntimo de su corazón ansioso de compañía.

Según iba convirtiéndose en adolescente tomaba un interés vivísimo en los procedimientos de los enamorados, en aquellas preferencias, aquel apareamiento y aquellas intimidades que son tan esenciales en la vida. Un domingo, á la hora en que salen las estrellas y los murciélagos, y los amores rurales, vió á una parejita enamorada en el *Sendero del Amor*, camino que está cerrado por una gruesa valla que termina en Upper Lodge. Los amantes daban rienda suelta á sus emociones, completamente seguros en aquella semi-obscuridad crepuscular, pues cualquiera que pudiera interrumpirlos tenía que ser visto por ellos al subir el camino, y la valla, de doce pies de altura, parecía garantizarlos completamente contra la indiscreción. Pero, de repente, sin saber cómo, fueron levantados y separados con una fuerza increíble; y se volvieron á ver levantados en alto, sostenidos por un pulgar y un índice cada uno, y con los ojos castaños y perplejos del joven Caddles fijos en sus caras rojas y ardientes... Quedáronse, como es natural, mudos ante lo extraño de su situación.

—¿Por qué les gusta á ustedes estar tan solos? — preguntó Caddles.

Supongo que tan embarazosa situación seguiría hasta que el novio, recordando que era hombre, empezó á gritar, amenazar y blasfemar varonilmente, como las circunstancias lo exigían, conminando con graves castigos si no se les dejaba en el suelo en seguida. Con lo cual el joven Caddles, recordando sus modales, los puso con la mayor cortesía y cuidado en tierra, convenientemente cerca para que pudieran reanudar sus coloquios; y después de vacilar un poco, desapareció de nuevo en la penumbra...

—Puede usted figurarse nuestra situación — me dijo después el desdichado novio: — no nos atrevíamos á mirarnos á la cara; yo, especialmente hacía una figura muy triste... Pero lo más extraño fué que mi novia me echó á mí la culpa, me insultó, y no volvió á hablarme más.

El gigante se propuso seguir investigando, indudablemente, aguijoneado por el espíritu; preguntaba pocas veces, y cuando lo hacía, no era sin turbarse ó sin parecer cortado. Como es natural, sobre quien descargaba él chaparrón de preguntas era sobre su madre.

El muchacho entraba por el corral que estaba detrás de la choza que habitaban sus padres, y después de reconocer bien el terreno por si había gallinas ó pollos, se sentaba reclinándose en el

pajar; los pollos, que ya lo conocían, se le subían encima al momento para picotearle en la ropa la cal que llevaba en las costuras.

Quando el tiempo amenazaba lluvia, el gatito de la señora Caddles, que jamás perdió la confianza que había depositado en el gigante, encorbaba su cuerpo, entraba escapado en la choza, y se dejaba caer desde la ventana de la cocina para subírsele por las piernas hasta encaramársele en los hombros: allí se detenía un momento, se bajaba, se le volvía á subir, y así sucesivamente. En ocasiones, tan alegre se ponía, que le clavaba las uñas en la cara, pero el niño no se atrevía á tocarlo por miedo de estropear con sus manazas al animalejo, y porque al gigante le gustaba, además, que le hicieran cosquillas.

Luego empezaba á hacer preguntas á su madre y la decía:

—Madre, si es tan bueno trabajar, ¿por qué no trabajan todos?

Su madre le miraba y respondía:

—Es bueno trabajar para gentes como nosotros.

El chico meditaba un rato y volvía á decir:

—¿Y por qué?

Y al no recibir contestación, proseguía:

—¿Para qué sirve el trabajo, madre? ¿Por qué he de estar yo sacando cal, un día tras otro, y usted lavando, mientras lady Wondershoot va en coche y viaja por los hermosos países del extran-

jero que usted y yo, madre, no hemos de ver jamás?

—Porque ella es una señora — contestaba la Caddles.

—¡Ah! — decía entonces el muchacho.

Y se quedaba profundamente pensativo, con los ojos fijos en algo.

—Si no hubiera gente rica que proporcionara trabajo, ¿cómo íbamos á mantenernos los pobres? —decía la madre.

Esto necesitaba tiempo para que lo pudiese digerir el muchacho.

Luego, volvía á la carga, diciendo:

—Madre, si no hubiera gente rica, ¿no perderían todas las cosas á gentes como nosotros?... Y si eso fuera...

—¡Dios nos ampare! ¡Diablo de chico! — murmuraba entonces la madre, que desde la muerte de la vieja Skinner había adquirido individualidad propia y vigorosa. — Desde que tu pobre abuelita murió, no hay quien te sujete. Haz menos preguntas y así te mentirán menos. Si yo te contestara con seriedad, tu padre podría ir por ahí mendigando la cena y yo dejar tranquilo el lavado.

—Está bien, madre — solía replicar Caddles después de mirar con sorpresa á su madre. — No lo hago por molestarla...

Y se marchaba muy pensativo.

Caddles seguía pensando aún cuatro años más tarde, cuando el vicario, no ya maduro, sino pasado, le vió por última vez.

Debe el lector figurarse al anciano algo más viejo, flojo de cintura y más apelmazado y debilitado en sus pensamientos y discursos; lo único que en él permanecía brillante, eran los ojos, especialmente cuando veían todo el trastorno que había producido el alimento de los dioses en su persona. Es verdad que la substancia le había asustado y molestado á veces; pero ¿no seguía, á pesar de ella, vivo y sano?

¡Al cabo de quince años, se había convertido el trastorno en una costumbre más!

—Admito que sea un trastorno — decía el buen hombre, — y convengo en que las cosas son diferentes... en varios sentidos. ¡Lubo época en que un muchacho podía ir á escardar; hoy tiene que hacerlo un hombre con sierra y palancas de hierro, en algunas partes de la espesura. Y nos resulta extraño á los viejos acostumbrados á lo

antiguo, que lo que en este vallecito, aun hasta en la parte del río, antes de regar era trigo bajo, como lo es este año, alcance hoy ocho metros de altura. Hace veinte años se usaba la anticuada hoz para segar, y se traía toda la cosecha en una carreta, tan satisfechos y contentos todos de que la fiesta terminase en un poco de borrachera y otro poco de amoríos... ¡Pero lady Wondershoot, qué poco le gustaban á ella las innovaciones! ¡Era tan conservadora la buena señora! Siempre dije que había cierto dejo del siglo XVIII en su persona. Hasta en su lenguaje era vigorosa y ruda. Murió relativamente pobre. ¡Hierbas enormes penetraron en su jardín! No era aficionada á la jardinería pero quería que su jardín estuviera en orden perfecto y que las plantas crecieran en el sitio en que habían sido sembradas, y según sus órdenes y bajo severa disciplina. La manera de crecer las cosas fué inesperada y le trastornó las ideas... No podía soportar la continua invasión del niño monstruo, hasta que, por fin, concibió la manía de que éste la miraba continuamente por encima de las vallas... No pudo tolerar que el gigante fuera tan alto como su casa... ¡Esto se oponía á sus ideas sobre la proporción! ¡Pobre señora!... Yo esperaba que viviera más. Pero precipitaron su muerte los enormes saltadores que nos invadieron durante un año ó más. Estos animales procedían de las larvas gigantes, seres repugnantes, gran-

des como ratas, que salieron del césped del valle... Pero también las hormigas monstruos contribuyeron á ello.

«—Desde que todo está trastornado — me decía la pobre señora, — desde que en ninguna parte hay tranquilidad ni sosiego, lo mismo puedo estar en Monte-Carlo que en otra parte cualquiera del mundo».

Y allá se fué la buena señora. Me dijeron que jugó con mucho atrevimiento y murió en el hotel, allí mismo. ¡Qué fin tan triste! Primero, el destierro; luego, no hallar una muerte digna de ella! ¡Y eso que le había correspondido, por ley natural, dirigir un pueblo inglés!... ¡Desarraigada, arrancada de su casa solariega!... ¡Pobre señora!

—Después de todo — proseguía el vicario, — la cosa no tiene importancia, aunque sea molesta. Los niños ya no pueden estar solos, ni correr en libertad, por temor á las picaduras de las hormigas y demás insectos. Acaso sea esto conveniente... ¡Se habló mucho, como si la substancia esa fuera á revolucionar el mundo!... Sin embargo, hay algo que se resiste á todas las fuerzas de este alimento... Es decir, yo no lo sé. No pertenezco á esos modernos filósofos que quieren explicarlo todo con éter y átomos. ¡Evolución! ¿Habría su leza mayor?... Lo que yo quiero decir es algo que no está incluido en ninguna de las ciencias terminadas en *ología*. Es materia de razón, de entendi-

miento maduro y reflexivo, y no de percepción inmediata; es algo de la naturaleza humana; algo, sin embargo, constante, perenne, eterno, llámese como se quiera.

Y discurrendo así fué como el vicario llegó á ver por última vez al gigante.

El vicario no tuvo aviso de que el monstruo se le acercaba. Dió su paseo acostumbrado hacia Farthing Down, lo cual había hecho año tras año, subiendo al sitio donde acostumbraba á observar al joven Caddles. Subió por el borde de la cantera con algusa dificultad; había perdido el hombre su paso firme y cristiano de antiguos tiempos... Pero Caddles no estaba trabajando. Y al apartar el vicario los helechos gigantes que empezaban á oscurecer y obstruir la entrada de la cantera, vió la inmensa figura del monstruo, sentada en la colina, reflexionando, tal vez, acerca del mundo. Con las piernas encogidas, apoyaba los codos en las rodillas y la cabeza algo escorzada, en las manos. El vicario no podía ver sus grandes ojos perplejos por hallarse á espaldas de aquel. Su meditación debía de ser intensamente profunda, por cuanto no se movía. Ni volvió la cabeza, ni supo que el vicario, que tan importante papel había jugado en su vida, hubiera mirado por última vez. ¡En este mundo en que vivimos se verifican así muchas separaciones!

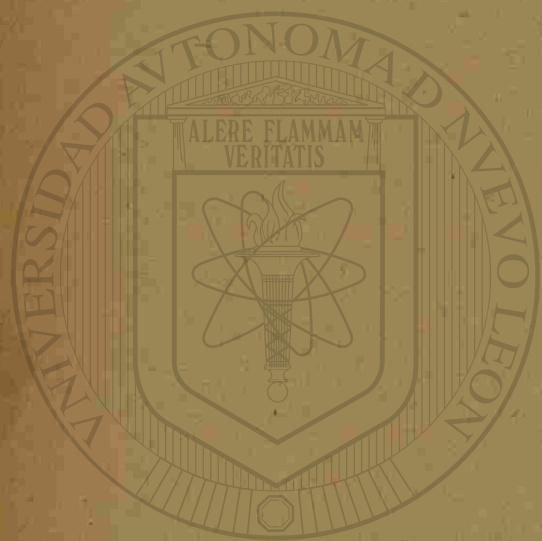
Se le ocurrió entonces al vicario que no había

nadie en el mundo que tuviera la idea más remota de lo que el enorme monstruo pensaba cuando le parecía bien descansar de su trabajo... Pero ya era hartó indolente para enfrascarse aquel día en tema tan nuevo, y desde las alturas de aquella idea, cayó en sus antiguas y hondas reflexiones.

—*Aere perennius* — murmuró, regresando despacio á su casa por un sendero torcido que rodeaba el prado para evitar las ramas colosales que salían de él.

—No ha cambiado nada; las dimensiones no son nada... La curva sencilla; el camino ordinario.

Y aquella misma noche, sin dolor y sin que él mismo lo supiera, se fué por el camino ordinario y salió de aquel misterio de transformación que se empeñó en negar mientras tuvo vida. Fué enterrado en el cementerio de Cheasing Eybright junto á un tejo, junto al árbol más corpulento que había allí, y la modesta lápida que cubrió su sepultura y cuyo epitafio terminaba en *Ut in Principio, nunc est et semper*, quedó oculta, en el momento casi por una masa de hierba de espiga gris, hartó generosa para la hoz y para las ovejas, hierba que, á modo de niebla, iba cubriendo el pueblo según iba brotando de la humedad fecunda de los prados en que había estado en actividad el alimento de los dioses.



LIBRO TERCERO

LOS FRUTOS DE LA HERACLEOFORBIA

CAPITULO PRIMERO

EL MUNDO TRANSFORMADO

I

La heracleoforbia, el boomfood ó como se le quiera llamar al maravilloso alimento de los dioses inventado por Bensington y Redwood, hacía su camino. Siguió operándose la transformación del orden de cosas establecido en el curso de los siglos, y jugando con el mundo por espacio de veinte años, á la manera del niño que juega con un juguete cualquiera.

La generalidad de las personas fué haciéndose cargo de ello poco á poco, aunque con asombro

siempre. Sin embargo, le estaba reservado á un hombre contemplar de repente y sin datos previos, la acumulación de dos docenas de años de actividad en el alimento, y debemos seguir á ese hombre en aquel día singular y referir algo de lo que vió.

Era el tal hombre un presidiario condenado á cadena perpetua. Su crimen no nos importa: la ley lo indultó á los veinte años de reclusión. Una mañana de verano, el miserable que había dejado el mundo á los veintitrés años, se encontró arrojado de la triste sencillez del trabajo y de la disciplina que había llegado á ser su vida, y se encontró de nuevo en plena libertad. Le pusieron ropas de cuyo uso había perdido la costumbre; el cabello le crecía libremente desde hacía algunas semanas y pudo peinar raya al cabo de varios días, y se encontró en un estado de novedad molesta, pesado de cuerpo y de alma, y tratando de comprender una cosa pasmosa. Y es que, después de todo, volvía á entrar en el mundo de los vivos y en el de otras cosas increíbles, para lo cual estaba totalmente desprevenido. Tuvo la suerte de hallar un hermano, el que, después de convencerse por la evocación del pasado, lo abrazó cariñosamente.

Este hermano, muy niño aún cuando encarcelaron al criminal, era ya un hombre barbudo y vigoroso; y juntos ambos, bajaron á la ciudad de Dover, hablándose poco y sintiendo mucho.

Se sentaron largo rato en una taberna, el uno

contestando á las preguntas del otro sobre la vida del tiempo pasado y sobre los conocidos, exponiendo antiguos y raros puntos de vista, dando de lado á miserables aspectos y perspectivas nuevas, hasta que llegó el momento de ir á la estación para tomar el tren de Londres. Nada importa á nuestra historia lo que hablaron de nombres y asuntos personales; pero sí conocer los cambios y las cosas extrañas que el triste encontró á su vuelta en aquel mundo que antes le fué tan familiar.

En Dover observó poca variación en la especialidad de la cerveza y del jarro; pero nunca había echado tan buen trago, y la gratitud hizo asomar una lágrima á sus ojos.

—La cerveza sigue siendo tan buena como siempre — dijo el pobre, aunque la encontraba infinitamente superior...

Cuando pasaron por Folkestone, en el tren, pudo observar, libre de inmediatas emociones, lo que había sucedido en el mundo; miraba por la ventanilla..

—¡Qué día de sol! — repetía por la duodécima vez. — ¡No hubiera podido tener mejor día de libertad!

Y entonces fué cuando por primera vez, se hizo cargo de las nuevas desproporciones que encontraba en el mundo.

—¡Dios mío! — exclamó levantándose del asiento y animándose por grados. — Pero, ¡qué

inmensos cardos crecen allí en aquella orilla! Es decir, caso de que sean cardos.

En efecto, eran cardos, y lo que él tomaba por grandes matas de retama era la hierba nueva; y junto á ellos, hallábase una compañía de soldados ingleses, con sus guerreras rojas, haciendo maniobras según la ordenanza revisada, en parte, después de la guerra boer. Luego, un túnel, y llegaron á Sandling Junction, que estaba obscuro, á pesar de tener luces encendidas, por estar aquel lugar envuelto en una espesura de enormes adelfas que saliéndose de los jardines inmediatos se habían extendido por el valle entero.

Había en la estación de Sandgate un tren compuesto de vagonetas cargadas de troncos de adelfas, y allí fué donde el ciudadano nuevo oyó hablar por primera vez del boomfood. Cuando el tren volvió á entrar en campo abierto, campo que no había sufrido cambio alguno, los hermanos estaban en plena explicación: el uno, haciendo ansiosas y obscuras preguntas; el otro, no acertando á contestarlas, porque consideraba las cosas en conjunto y no como hechos aislados.

—¿Esto es producto de *eso* que llaman boomfood? — preguntó el expresidiario, queriendo abrir la roca de sus conocimientos.

—Pero qué, ¿no lo sabías?... ¿Nadie te ha hablado de ello?... ¡boomfood!... ¡sí, se llama boomfood! Ya ves, todo el distrito comunal está metido

en ello. Es... no sé qué substancia científica... Pero ¿de veras no te han dicho nada?

Quien así hablaba y quien así preguntaba pensó que la cárcel había embrutecido á su hermano de una manera terrible por no saber tal cosa. Era un tiroteo continuo de preguntas y respuestas, y entre estos había intervalos de observación á la ventanilla.

Al principio, el interés del expresidiario era vago y general; su imaginación había estado preocupada con lo que le diría Fulano, de cómo llamaría á Zutano, lo que él diría á todos, y cómo les presentaría ciertas cosas, de modo que su encarcelamiento resultara atenuado. El boomfood se le presentó al principio más bien como curiosidad encontrada en la columna de un periódico que como origen de las dificultades intelectuales de su hermano. Pronto notó, sin embargo, que el boomfood intervenía en todos los asuntos que discutían. En aquellos días, el mundo era un chapuz de transición, así es que este nuevo hecho penetró en él en series de asombrosos contrastes. El proceso del cambio no había sido uniforme, sino que fué desarrollándose un centro de distribución aquí y otro allá: en el país existían grandes áreas de terreno en que el alimento no había llegado aún, y otras en donde ya estaba en el suelo y hasta en el aire esporádico y contagioso. Era como un nuevo y atrevido motivo musical introduciéndose en vestustas y venerables melodías,

El contraste era muy vivo en aquel tiempo en la línea de Dover á Londres. Durante un rato recorrieron el país que el liberto conocía desde su niñez: las pequeñas propiedades de terreno cereado, de tamaño microscópico; los caminitos de anchura de tres carretas; los olmos y las encinas; los chopos que rodean los campos; las espesuras de sauces al lado del río; los montones de heno, altos como las rodillas de un gigante; casitas de muñecas con ventanas microscópicas, tejares y callejuelas de pueblo; los terraplenes de la vía, cubiertos de flores; las estaciones, rodeadas de jardines, y todas esas cosas del siglo XIX que van desapareciendo en lucha contra la inmensidad. Aquí y allá se veía como un manchón de cardos llevados y sembrados por el viento, desafiando el hacha; de vez en cuando, una seta de diez pies de altura ó los tallos hechos cenizas de algún matorral gigante destruído por el fuego... ¿Y era esto todo lo que pudiera indicarles la llegada del alimento?

En unas cuarenta millas no había nada que pudiera dar sombra á la extraña magnitud del trigo y de los hierbajos, que habían estado ocultos á doce millas de camino, pasando las colinas en el valle de Cheasing Eyebright.

¡Entonces fué cuando empezaron á verse los rastros del alimento! La primera cosa que admiró el expresidiario fué el grande y nuevo viaducto en Tonbridge, donde el pantano de la ahogada

Midway (debido á la variedad gigante de *Chara*), empezaba en aquel entonces. Luego, otra vez, el país minúsculo; y luego, cuando la pequeña inmensidad de Londres se extendió bajo su niebla, los rasgos de la lucha del hombre por impedir la entrada de lo grande se hicieron más abundantes y elocuentes.

En toda la región del sudeste de Londres, y alrededor de donde vivía Cossar y sus hijos, se había insurreccionado el alimento misteriosamente en centenares de sitios y la antigua vida siguió reinando entre aquellos portentos diarios que no anunciaban portentosamente su aumento. Y nuestro nuevo ciudadano miraba por primera vez aquellos fenómenos extraños y avasalladores, aquellas llanuras ennegrecidas, llenas de cicatrices, cuarteles y arsenales que una sutil y persistente influencia había introducido en la vida de los hombres.

Allí, en una escala más amplia, se habían repetido los experimentos de la granja de Bensington. En las cosas inferiores y accidentadas de la vida; bajo los pies y en grandes espacios, se había declarado la irrupción de una fuerza con nuevas salidas. Había allí grandes patios mal olientes, y cercados donde una especie de matorral daba combustible á una maquinaria gigantesca; allí había caminos y carreteras para inmensos automóviles y vehículos, caminos hechos con las fibras entretreídas de cáñamo hipertrofiado; allí había to-

rres con sirenas de vapor que ensordecían y anunciaban al mundo una nueva invasión de animales; y, lo que era aún más extraño, campanarios de iglesias venerables provistos de un mecanismo que producía formidables alaridos. Allí había cabañitas pintadas de rojo y burladeros para la guarnición, cada una de aquellas con su línea de rifles de 300 metros, donde se ejercitaban los tiradores diariamente en el manejo de fusiles descomunales y municiones blandas en forma de ratas monstruosas, con que tiraban al blanco. Seis meses después, desde el día en que de los Skinners hubo erupción de ratas gigantesas, que fueron saliendo del alcantarillado del sudoeste de Londres, hecho que llegó á ser tan corriente como el de haber tigres en el delta de Calcutta...

El hermano del presidiario compró con cierta precipitación un periódico en Sandling, que acabó por llamar la atención del infeliz, el cual abrió sus hojas, con las que ya no estaba familiarizado; éstas le parecieron más pequeñas, más numerosas y de tipo diferente á los diarios que había conocido en años anteriores, y se encontró con innumerables grabados extraños que le resultaron faltos de interés, y con grandes columnas de impreso cuyos títulos eran en su mayor parte tan poco significativos como si estuvieran escritos en algún idioma extraño «Gran discurso del señor Caterham», «Las leyes del boomfood».

—¿Quién es este Caterham? -- preguntó á su compañero.

—Ese está al pelo — repuso este, — al pelo.

—¿Es algún político?

—El que va á derribar al gobierno; ya lo ha conseguido otras veces.

—¿Y toda aquella gente que conocí, Chamberlain, Rosebery y comparsa, qué se ha hecho de ella?

Su hermano le asió de una muñeca y le dijo señalando por la ventanilla:

—Esos son los Cossar.

Los ojos del expresidiario siguieron la dirección del índice, y...

—¡Dios del cielo! — exclamó con pasmo.

Se le cayó el periódico de las manos. A través de los árboles columbró una forma humana, gigantesca, de trece metros de estatura, que en pie y con las piernas abiertas, se disponía á lanzar una pelota que tenía en la mano; la forma brillaba á los rayos del sol pues iba vestida con un tejido de metal brillante, ceñido al cuerpo por un ancho cinturón de acero. La vista del expresidiario pasó de aquella á otra forma gigantesca que, á bastante distancia, se disponía á recoger la pelota, y entonces comprendió que todo el terreno de la gran bahía de las colinas al norte de Sevenoaks, había sido preparado para tal objeto.

Una trinchera inmensa dominaba el terreno,

donde se hallaba la casa monstruosa, de forma egipcia, edificada por Cossar cuando los niños salieron de *Nursery*, y detrás de ella veíase un grande y obscuro techado del que parecía salir centelleante fosforescencia, y de donde procedía un martilleo titánico que ensordecía. La atención del viajero volvió á fijarse en el gigante, cuando éste lanzaba la gran pelota de madera con aros de hierro. Los dos viajeros se pusieron en pie y miraron. La pelota era del tamaño de un barril.

—¡La cogió! — gritó el expresidiario, á tiempo que un árbol tapó al jugador.

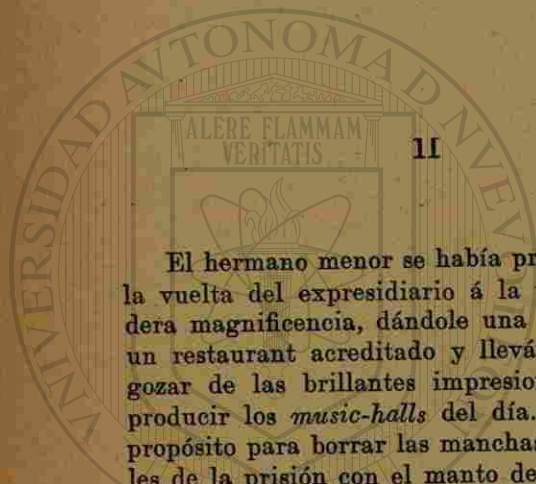
Todos los viajeros presenciaron el espectáculo en una fracción de minuto, y el tren pasó por detrás de los árboles, á meterse en el túnel de Chislehurst.

—¡Dios mío! — exclamó el expresidiario cuando los envolvió la obscuridad. — ¡Si ese chico tiene la altura de una casa!

—Esos son los jóvenes Cossar — contestó su hermano moviendo la cabeza de un modo significativo. — ¡Por ellos ocurre todo este trastorno!...

Salieron del túnel, y descubrieron más campanarios con sirenas, más cabañas rojas y, por último, los hotelitos agrupados de los arrabales extremos. El arte de fijar anuncios y cartelones no se había perdido; así es que en innumerables y altísimas vallas, en las paredes altas de las casas, en las empalizadas y en otros centenares de pun-

tos, se veían anuncios *policromas* para la elección del gran boomfood: «Caterham», «boomfood» y «Jack, el matador de gigantes», se repetían incessantemente é iban acompañados de monstruosas caricaturas y de contorsiones variadas y de cien pésimas representaciones de aquellas grandes y brillantes figuras que los viajeros habían contemplado de paso hacía solamente unos minutos...



El hermano menor se había propuesto celebrar la vuelta del expresidiario á la vida con verdadera magnificencia, dándole una gran comida en un restaurant acreditado y llevándole después á gozar de las brillantes impresiones que pueden producir los *music-halls* del día. Era un plan á propósito para borrar las manchas más superficiales de la prisión con el manto de la indulgencia; pero la segunda parte del programa no llegó á realizarse. El banquete se celebró, pero había ya en el hombre algo más fuerte que el deseo de espectáculos teatrales, algo que apoderándose de su espíritu por completo, le hacía olvidar su pasado mejor que hubiera podido hacerlo ningún teatro; y era la curiosidad enorme que le inspiraban el boomfood, los hijos del alimento y la nueva humanidad gigante y portentosa que parecía dominar al mundo.

—Yo no los entiendo, pero me preocupan mucho — dijo el hombre.

Su hermano tuvo la delicadeza de pensar que

podía encubrir su hospitalidad con un pretexto plausible.

—Hoy es la noche tuya, hermano — le dijo.— Trataremos de entrar en el *meeting* monstruo que se va á verificar en el Palacio del Pueblo.

Y tuvo la dicha, el expresidiario, de verse, por fin, encuñado entre la muchedumbre y de mirar desde lejos una pequeña plataforma iluminada, debajo de un órgano y una galería. El órgano se puso á tocar algo que hizo dar taconazos á los espectadores, mientras iban entrando las masas; pero pronto dejó de sonar.

Apenas se había sentado nuestro viajero, que disputó con un importuno forastero que daba codazos, llegó Caterham, saliendo de entre las sombras hasta el centro del tablado; un pigmeo, que á distancia resultaba una figurilla diminuta, vestida de negro, con una manchita rosada por fisonomía, en la que, de perfil, se distinguía perfectamente su nariz aguileña. Una personilla lanzaba detrás del mismo, un ¡viva!, viva que, empezando desde muy lejos, aumentó y se propagó á unas cuantas vocecillas de los que rodeaban al principio el tablado, viva que, de repente, se convirtió en un formidable sonido. ¡Qué modo de dar vivas!

—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Ninguno de los concurrentes gritó como el expresidiario. Las lágrimas le corrían por la cara, y no cesó de gritar hasta que llegó mate-

rialmente á ahogarse. Hay que haber estado encarcelado mucho tiempo para poder comprender lo que significa la libertad de los pulmones entre una multitud. (A pesar de todo esto, el liberto no pretendió saber el por qué de tanta emoción).

—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Y reinó luego un rato de silencio. Caterham se había resignado pacientemente, y algunas personas subordinadas á él, á las que apenas se oía, decían y hacían con la mayor gravedad las cosas más insignificantes. Era como oír voces á través del ruido que producen las hojas en la primavera. Pero ¿qué importaba todo ello? El auditorio susurraba: *Uauauaua...*

Y la cosa proseguía... ¿No acabarían nunca aquellos charlatanes de feria? En efecto, los charlatanes eran interrumpidos de nuevo.

Pero si no se podía oír, se podía ver, y poniéndose en pie se podían estudiar desde lejos las facciones del grande hombre. Por lo demás, el mundo podía estudiarlo á su sabor, pues se le veía reproducido en quinqués, en platos, en las medallas y banderolas del anti-boomfood, en los carretes de lujo y en los tejidos de *algodón Caterham*. ¿Qué más? hasta en los forros de los sombreros. Había monopolizado la caricatura de su tiempo y bien se le veía en traje de marinero apoyado en un cañón vetusto con el bota-fuego en la mano, bota-fuego en que se leía: «Nuevas leyes de boom-

food,» en tanto que se revolvió en el mar el horrible monstruo amenazador llamado así, bien se le veía armado de pies á cabeza, con la cruz de San Jorge en el yelmo y en el escudo, ante un titán cobarde, especie de Calibán, que sentado al pie de su horrible cueva, rechaza el guantelete de las «Nuevas regularizaciones del boomfood», ora bajando como Perseo á rescatar á Andrómeda, que llevaba en el cinturón el significativo título de «Civilización», del poder de otro monstruo marino que en sus múltiples cuellos y garras llevaba escritos los nombres de «Irreligión», «Egoísmo avasallador», «Mecanismo», «Monstruosidad» y otras. La imaginación popular creyó más correcta la denominación de «Jack, el matador de gigantes» al tratar de Caterham, y por aquel lado del prisma agrandó el expresidiario la silueta de aquella miniatura distante.

De pronto cesaron los gritos y las conversaciones, y todos se sentaron.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham!

Y estallaron nuevos vivas y hurras.

Luego... luego, querido lector, es indispensable la existencia de una multitud para que reine un silencio como el que siguió á tan espantoso

rialmente á ahogarse. Hay que haber estado encarcelado mucho tiempo para poder comprender lo que significa la libertad de los pulmones entre una multitud. (A pesar de todo esto, el liberto no pretendió saber el por qué de tanta emoción).

—¡Hurrah! ¡Hurrah!

Y reinó luego un rato de silencio. Caterham se había resignado pacientemente, y algunas personas subordinadas á él, á las que apenas se oía, decían y hacían con la mayor gravedad las cosas más insignificantes. Era como oír voces á través del ruido que producen las hojas en la primavera. Pero ¿qué importaba todo ello? El auditorio susurraba: *Uauauaua...*

Y la cosa proseguía... ¿No acabarían nunca aquellos charlatanes de feria? En efecto, los charlatanes eran interrumpidos de nuevo.

Pero si no se podía oír, se podía ver, y poniéndose en pie se podían estudiar desde lejos las facciones del grande hombre. Por lo demás, el mundo podía estudiarlo á su sabor, pues se le veía reproducido en quinqués, en platos, en las medallas y banderolas del anti-boomfood, en los carretes de lujo y en los tejidos de algodón *Caterham*. ¿Qué más? hasta en los forros de los sombreros. Había monopolizado la caricatura de su tiempo y bien se le veía en traje de marinero apoyado en un cañón vetusto con el bota-fuego en la mano, bota-fuego en que se leía: «Nuevas leyes de boom-

food,» en tanto que se revolvía en el mar el horrible monstruo amenazador llamado así, bien se le veía armado de pies á cabeza, con la cruz de San Jorge en el yelmo y en el escudo, ante un titán cobarde, especie de Calibán, que sentado al pie de su horrible cueva, rechaza el guantelete de las «Nuevas regularizaciones del boomfood», ora bajando como Perseo á rescatar á Andrómeda, que llevaba en el cinturón el significativo título de «Civilización», del poder de otro monstruo marino que en sus múltiples cuellos y garras llevaba escritos los nombres de «Irreligión», «Egoísmo avasallador», «Mecanismo», «Monstruosidad» y otras. La imaginación popular creyó más correcta la denominación de «Jack, el matador de gigantes» al tratar de Caterham, y por aquel lado del prisma agrandó el expresidiario la silueta de aquella miniatura distante.

De pronto cesaron los gritos y las conversaciones, y todos se sentaron.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

—¡Es Caterham!

—¡Caterham! ¡Caterham!

Y estallaron nuevos vivas y hurras.

Luego... luego, querido lector, es indispensable la existencia de una multitud para que reine un silencio como el que siguió á tan espantoso

vocerío. Un hombre solo en mitad del desierto siente también el silencio, pero solo hasta cierto punto, porque se oye respirar y moverse á sí mismo, porque oye diferentes cosas. Allí no se oía más que la voz de Caterham, clara y brillante como una lucecita que se destaca de un fondo de terciopelo negro. Se le oía, sí, de una manera argentina.

Al expresidiario le produjo extraordinario efecto ver aquella figurilla gesticulando en una aureola de luz y en medio de una rica armonía de poderosos sonidos. En el tablado, detrás de él, y esfumados, veíanse sus partidarios, y por delante veíase la perspectiva de innumerables cabezas y hombros en actitud de inmensa atención; aquella figurilla absorbía la atención, el pensamiento de todos.

Caterham habló de nuestras antiguas instituciones, y escuchó aplausos de la multitud, y obtuvo la aprobación del expresidiario: habló de nuestro antiguo espíritu de orden y de justicia, y obtuvo nuevos aplausos de la multitud y nueva aprobación del expresidiario, conmovido ya profundamente: habló de la sabiduría de nuestros antepasados, del desarrollo lento de las instituciones venerables, de nuestras tradiciones morales y sociales, adaptadas al carácter moderno como el guante á la mano... Gritos de aprobación del expresidiario, cuyos ojos se llenaron de lágrimas á

causa de la excitación nerviosa... ¡Y todo aquello iba á derrumbarse, á deshacerse, porque tres hombres de Londres, tuvieron veinte años antes, la ocurrencia de mezclar en una botella algo indescriptible!... ¡Todo el orden y toda la santidad de las cosas alterados!... Oyéronse gritos de «No, no!»

—Pues bien — dijo Caterham, — si eso no ha de suceder, hay que hacer un esfuerzo, hay que dejar las vacilaciones...

Estalló una tempestad de aplausos y de vivas.

—Sí, tienen que caer las vacilaciones y las resoluciones á medias — dijeron algunos.

—Caballeros — siguió diciendo el orador, — hemos oído hablar de ortigas que han tomado proporciones gigantescas, ortigas que en un principio eran iguales á sus congéneres, plantas pequeñas que pueden arrancarse y destruirse con facilidad pero que si se las deja crecer, lo hacen tan poderosamente y con tan venenosa expansión, que para arrancarlas hacen falta hachas y cordes, y arriesgar, por necesidad, la vida y la salud en el trabajo y la pena de quererlas destruir. Los hombres se arriesgan al cortarlas; pueden ser muertos...

El orador hizo una pausa, y luego pudo oír claramente estas palabras de Caterham, penetrantes y agudas:

—Enteraos de lo que es el boomfood por el boomfood mismo.

Nueva pasusa.

—¡Arrancad vuestras ortigas antes de que sea tarde!

Volvió á callar y se limpió los labios.

Y volvió á oírse aquel extraño y ligero ruido que, creciendo hasta atronador tumulto, hacía creer que el mundo entero daba vivas...

El hombre, que ya era libre, salió del salón, por fin, lleno de asombrosa agitación y con ese *no sé qué* en el semblante, que caracteriza á los iluminados. El sabía, y todos sabían, que sus ideas no tenían nada de vago ni de incierto.

Había vuelto á un mundo en crisis, en el momento preciso de una cosa estupenda. El también haría su papel de hombre en aquel gran conflicto; sí, su papel de hombre libre y responsable. El antagonismo se le ofrecía como un cuadro, como una perspectiva: de un lado, aquellas ligeras y gigantescas figuras vestidas de cota de malla, que había visto por la mañana, y que ahora veía de muy diferente aspecto; de otro lado, aquella criatura vestida de negro, gesticulando mucho bajo una luz de calcio, aquel pigmeo con su sinfonía persuasiva y su vocecilla maravillosamente penetrante, aquel Juan Caterham ó «Jack, el matador de gigantes».

¡Todos debían unirse para «arrancar la ortiga» antes de que fuera «demasiado tarde».

III

Los hijos del alimento, más fuertes, los más altos y considerados, eran los tres hijos de Cos-sar. La milla cuadrada de terreno cerca de Sevenoaks, en que pasaban su niñez, estaba tan atrincherada, tan removida y levantada la cubierta de tejadillos y de inmensos modelos para sus trabajos y sus juegos, que no se parecía á ningún otro sitio del mundo. Y hacía ya mucho tiempo que les resultaba pequeña para la inmensidad de las cosas que proyectaban hacer. El hijo mayor era un poderoso inventor de máquinas, y él mismo se había construído una especie de bicicleta gigante, que no cabía en ninguna carretera del mundo y que no resistiría ningún puente de los construídos hasta la fecha. Allí había un conjunto de enormes ruedas y de maquinaria capaz de recorrer doscientas cincuenta millas por hora, completamente inútil fuera de los ratos en que la montaba su dueño, yendo de acá para allá por el inmenso patio de trabajo. El había pensado dar una vuelta por nuestro pequeño mundo montado

en su bicicleta, y con tal intención la había construido cuando sólo era un niño soñador. Ahora, los rayos de las ruedas estaban rojos de moho, semejando heridas en todas aquellas partes en que se había desgastado el esmalte. Cossar había dicho á su hijo:

—Tendrás que hacer un camino para ella antes de poderla utilizar, hijo mío.

Así es que una mañana, al amanecer, el chico y sus hermanos se pusieron á trabajar para hacer un camino que diera la vuelta al mundo. Aunque tuvieron un pequeño impedimento, trabajaron con notable vigor y actividad, y lograron hacer el camino, tan derecho como la trayectoria de una bala de cañón, hacia el canal inglés. Ya tenían algunas millas niveladas, hechas y hasta apisonadas al mediodía, cuando una multitud de gente compuesta de propietarios de terrenos, agentes urbanos, autoridades locales, abogados, polizontes y hasta de soldados, les hizo interrumpir su trabajo.

El chico mayor les explicó las cosas diciéndoles:

—Estamos haciendo un camino.

—Hagan ustedes el camino que quieran — dijo el abogado que parecía llevar la voz cantante, — pero respeten los derechos de los demás. Han violado ustedes ya el derecho privado de veintisiete propietarios, sin contar los privilegios especiales y las propiedades de todo un distrito urbano, de nueve curatos parroquiales, de un

condado, de dos fábricas de gas y de una compañía de ferrocarriles...

—¡Santo Dios! — exclamó el hijo mayor de Cossar.

—Y tendrán ustedes que dejar el trabajo por fuerza...

—Pero, ¿no les gustaría á ustedes un hermoso camino recto y espacioso, en lugar de todos estos senderitos de mala muerte que tienen ahora?

—Yo no digo que no fuera ventajoso, pero...

—¿No es posible realizar nuestro proyecto? — dijo el muchacho mayor recogiendo las herramientas.

—No por esta parte — contestó el abogado.

—¿Y cómo lo hemos de hacer?

La contestación del abogado fué confusa y complicada. Cossar bajó á ver el trastorno que habían causado sus hijos; les reprendió severamente, y se echó á reír, al parecer muy contento y satisfecho de lo que veía.

—Chicos, tenéis que aguardar algún tiempo más antes de emprender cosas como esta — les dijo.

—El abogado les dijo que, ante todo, tenían que presentar el proyecto, obtener el permiso y poderes especiales y que dar luego muchos pasos, todo lo cual era cosa de algunos años.

—Hijos — les dijo el padre poniéndose las manos en la boca á modo de bocina, — ya for-

maremos nuestro plan dentro de poco tiempo; no tengáis cuidado. Por ahora, limitaos á jugar y á construir modelos de las casas que queráis edificar.

Los niños, como hijos sumisos y obedientes, dieron gusto á su padre, pero no por eso dejaron de estar pensativos: el más pequeño le decía al mayor:

—Todo eso está muy bien, pero yo no me resignó á seguir jugando y plumeando: yo quiero hacer algo *real*: no hemos venido á este mundo con las fuerzas que tenemos para jugar en esta migaja de terreno ni para dar paseitos y vivir fuera de toda población. (En aquella época les estaba prohibido vivir dentro de poblado). Esto de no hacer nada es perjudicial. ¿No podríamos averiguar qué es lo que necesitan las gentes pequeñas para hacerlo nosotros aunque sólo fuera por el gusto de trabajar? Hay entre la gente chiquita muchos que no tienen casas buenas donde vivir: hagámosles cerca de Londres un edificio en que quepan millares de personas con toda comodidad: haremos que resulte muy bonito y construiremos una carretera recta para que puedan discurrir por ella á su gusto, y que sea, además, una calle bonita y cómoda. Lo haremos todo muy ordenado y muy limpio y conseguiremos que no sigan viviendo del modo miserable y ruín que ahora viven en su mayor parte. Les pondremos

bastante agua para que se laven, pues ya conoces lo sucios que son, pues de cada diez apenas si hay uno que tenga baño en la casa. Tu conoces la vida y sabes que los que tienen baños y comodidades insultan y escupen á los que carecen de ellos en vez de ayudarles á que los tengan, y que les apellidan «los muy puercos». Nada de eso ignoras, y nosotros somos los que debemos hacer la transformación proporcionándoles luz eléctrica, guisándoles y cuidándonos del aseo de todos ellos. Habrás observado que á sus mujeres, las que van á ser madres, las hacen que se arrastren por los suelos para que frieguen los pisos. Pues bien, todo eso lo haríamos nosotros perfectamente: ahondaríamos un valle allí entre las colinas para formar un depósito de agua, y luego podríamos levantar aquí un gran generador eléctrico. En fin, que podríamos hacer de esto una preciosidad ¿no es verdad, hermano? y ¡quién sabe si después consentirían en que les hiciéramos otras cosas, otras mejoras!

—Sí — replicó el hermano mayor, — podríamos hacer muchas cosas que fueran del agrado de la gente pequeña.

—Pues manos á la obra — replicó el menor.

—No hay inconveniente — dijo el mayor, buscando en el acto una herramienta.

Esto les produjo un nuevo disgusto: millares de personas acudieron excitadas para decirles, apo-

yadas en multitud de razones que suspendieran su trabajo y mandándoles con la música á otra parte sin razón alguna. Masas chillonas, confusas y abigarradas les decían que el edificio en construcción era demasiado alto, que no tenía estabilidad y que resultaba feo porque se separaba del aspecto general de las casas de regulares dimensiones del poblado y estropeaba el conjunto estético del barrio; que se oponía á las leyes sobre la edificación; que violaba el derecho de la autoridad municipal llamada á intervenir con su escasa y costosa provisión de electricidad, de que era dueña, y que contrariaba, demás, los intereses de la compañía que surtía de aguas al pueblo.

Los empleados del gobierno se opusieron oficialmente á la construcción. El abogado fué de nuevo á demostrar á ambos hermanos que sus empresas gigantescas lesionaban por docenas los intereses creados; que los propietarios se oponían abiertamente á la construcción del edificio, y que la gente, aduciendo derechos más ó menos claros, más ó menos turbios, pedían indemnizaciones exorbitantes. Las *Trade Unions* de todos los arquitectos, maestros de obras, etc., levantaron la voz colectivamente, y unidos al gremio de abastecedores de materiales de construcción, se coaligaron contra los gigantes. Por último, numerosas asociaciones de personas iluminadas, que vaticinaban horrores contra la estética por la construcción de

obras tan magnas, se unieron para proteger el paisaje que debía ocupar el inmenso edificio, y el valle que había necesidad de escabar para convertirlo en depósito de aguas.

Mal iban las cosas, y violentamente, como hemos visto, protestaban las personas contra los atjos de Cossar que habían revolucionado á la gente, que ellos tenían por estúpida, contra su grandioso proyecto, que parecía un bastón metido en un avispero.

—Nunca lo hubiera imaginado — dijo el hijo mayor de Cossar aludiendo á la actitud hostil del pueblo.

—No podemos continuar — replicó el segundo.

—Son unos bichitos incapaces — añadió el tercero de los hermanos, — y está visto que, ni aun en beneficio suyo podemos hacer nada. ¡Tan hermosas cosas como pensábamos hacerles!

—La vida corta y mezquina que, al parecer, tienen esas gentes, la invierten en andar á la greña unos con otros — dijo el mayor. — Todo se les convierte en derechos, leyes y picardías, como si fuera un juego de partidas serranas; pero para ellos hacen: tendrán que seguir viviendo en

zaquizamíes sucios é incómodos algún tiempo más, porque es evidente que no podemos proseguir.

Y los muchachos gigantes dejaron sin acabar aquella inmensa casa, la excavación para los cimientos y el muro empezado á levantar, y se volvieron á su propio recinto. Poco tiempo después se llenó la excavación de agua y el estancamiento de esta, unido á los hierbajos y á los insectos que en ella nacieron y al alimento dejado allí por los chicos gigantes ó llevado en polvo por el viento, determinó el crecimiento acostumbrado. Empezaron á salir del agua estancada topos inmensos que esparciéndose por el país, causaron destrozos enormes.

Un día encontró un labriego á sus cerdos bebiendo en la charca, y con gran serenidad los mató á todos en el acto, porque había oído hablar del cerdo monstruoso de Oakham. De aquella charca salieron mosquitos terribles que tuvieron la virtud de hacer que, cansados los hijos de Cossar de sus picaduras, se dedicaran una noche de luna, en hora en que el orden y las leyes dormían pacíficamente, á desaguar la charca en el río cerca de Brook.

Por último, se olvidaron todos de los hierbajos monstruosos, de los insectos acuáticos y de los demás seres molestos, que siguieron viviendo y procreando en aquel lugar escogido para casa grande con destino á la gente pequeña, que hubiera po-

dido ser un magnífico y majestuoso edificio que hubiera tocado las nubes.

Todo esto había ocurrido durante la menor edad de los hijos del alimento, quienes al fin llegaron á ser hombres y se vieron más aprisionados aun por las cadenas que los sujetaban.

A medida que pasaba el tiempo crecían los gigantes, se esparcía más el alimento y se multiplicaba lo grande, lo cual era causa de que de año en año aumentara la tensión de los ánimos. El alimento no había sido al principio más que una maravilla vedada á la mayor parte de la humanidad, pero iba apareciendo ya en el umbral de todas las puertas, amenazador, gravitando sobre todos los órdenes de la vida y desquiciándolos: cerraba lo de aquí, volcaba lo de más allá, transformaba los productos, y al transformarlos suprimía brazos y dejaba sin trabajo á centenares de miles de criaturas, y, por último, llegó á borrar las fronteras y á convertir el mundo comercial en un mundo de cataclismos. No es de admirar, por lo tanto, que el mundo le odiase, y como es más fácil odiar seres animados que seres inanimados, á los animales más bien que á las plantas, y á los hombres mucho más que á los animales, el transtorno y el miedo enjendrados por las ortigas gigantes, por las hojas de seis pies, por los insectos horripilantes y por los bichos monstruosos, se concentraban en una gran fuerza de aborreci-

miento contra aquellos desperdigados y enormes seres humanos; los hijos del alimento. Dicho aborrecimiento había llegado á ser la fuerza central en los asuntos políticos: las antiguas divergencias de partido habían cedido ante la irrupción: el conflicto surgió entre el partido de los contemporizadores y el partido de la reacción; aquél proponiendo que los políticos centralizasen y regularizasen el alimento, y éste, en el que militaba Caterham, expresándose cada vez con ambigüedad más siniestra, cristalizando su intención en una frase amenazadora, diciendo otra vez que los hombres tenían que «podar las excrescencias de las zarzas,» luego, que debían procurar «la curación de la elefantiasis» y por último, afirmando en víspera de elecciones «que era preciso desarraigar las ortigas».

Un día, los tres hijos de Cossar, que eran ya hombres hechos y derechos, se hallaban entre grandes montones de materiales hablando entre sí, á su modo, de tales cosas. Estuvieron todo el día trabajando en una de las series de trincheras grandes, complicadas y subterráneas que su padre les había mandado hacer, y á la puesta del sol se hallaban sentados en el jardincito que había delante de la casa grande, contemplando el mundo y descansando hasta que los sirvientillos del interior salieran á decirles que estaba lista la comida. Figúrense nuestros lectores aquellos hombres in-

mensamente grandes, el que menos de trece metros de estatura, sentados en un césped que parecía un rastrojo de cañas. Uno de los jóvenes se había enderezado para quitarse la tierra de las botas con un pedazo de hierro que tenía en la mano; el segundo descansaba sobre un codo, y el tercero modelaba en el tronco de un pino y embalsamaba el aire con el olor de la resina. No usaban trajes de paño, pues su ropa interior era un tejido hecho con cuerdas, y la exterior era de hilo de aluminio afieltrado; estaban calzados con madera y hierro, y los anillos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero labrado. La gran casa, de un solo piso, en que vivían, egipcia por su estilo macizo, en parte construída por monstruosos bloques de cal y en parte excavada en la roca viva de la colina, tenía una fachada de unos cien metros de altura, y por encima de ella se elevaban maravillosamente las chimeneas y ruedas, las grúas y cubiertas de los talleres. Por una ventana circular de la casa se veía claramente una gárgola, de la cual caía cierta especie de metal blanco, en bien calculadas gotas, á un receptáculo que no se llegaba á ver. A un lado y á otro, en el espacio que mediaba entre los tres gigantes, había grandes pozos, y todo el recinto estaba bien cercado y fortificado por monstruosos diques de tierra, sostenidos con aceros y que sobresalían por encima de las crestas de las dunas, en la parte alta, como á

través de la depresión del valle: el tren que bajaba resoplando desde Sevenoaks al través de su campo visual para hundirse al momento en un túnel, parecía, en virtud del contraste con ellos, un pequeño juguete automático.

—Han sacado los tablones de su sitio por este lado de Ightham — observó uno de los jóvenes, — y la tabla que estaba más allá del camino de Knockholt la han adelantado dos millas ó más hacia acá.

—Es lo menos que pueden hacer — dijo el menor después de una pausa. — Están intentando recoger el viento de las velas de Caterham.

—No es bastante para conseguirlo, y casi ya es demasiado para nosotros — observó el tercero.

—Nos están cortando la comunicación con nuestro hermano Redwood. La última vez que estuve á verle habían avanzado los cartelones rojos más de una milla por cada lado. El camino para ir á su casa, á lo largo de las dunas, no es ya sino un estrecho sendero.

El que hablaba quedó pensativo y dijo luego:

—¿Qué le pasará á nuestro Redwood?

—¿Por qué lo dices? — le preguntó el mayor.

El anterior alisó su estaca con la navaja y respondió:

—Porque parecía tan... vamos, así como si estuviera dormido. ¡Ni parecía escuchar lo que yo le decía! Me dijo algo de... amor.

El menor golpeó con su cuartón la suela de hierro de sus botas y se echó á reír. Luego, dijo:

—Nuestro hermano Redwood sueña.

Hubó una larga pausa, hasta que el mayor rompió el silencio exclamando:

—¡Esto de que sigan enjaulándonos de ese modo no lo puedo soportar! Al fin, acabarán por echar una línea alrededor de nuestras botas y por decirnos que allí tenemos que vivir.

El segundo de los hermanos echó á un lado el montón de ramas de pino con una mano y cambió de postura, diciendo:

—¡Lo que ahora hacen no es nada en comparación con lo que harán cuando Caterham sea poder!

—Si llega á serlo — observó el menor golpeando el suelo con el cuartón.

—¡Como sucederá! — dijo el mayor con los ojos fijos en sus enormes pies.

El mediano dejó de mover las ramas y con la vista recorrió las grandes trincheras que les rodeaban.

—Para entonces habremos acabado de ser jóvenes, hermanos míos... — exclamó. — Y, como hace poco nos dijo nuestro padre Redwood, tendremos que portarnos como hombres.

—Sí — contestó el mayor, — pero ¿qué quiere decir eso con exactitud? ¿Qué significará cuando llegue aquel día de trastorno?

Miró también aquellos inmensos atrinchamientos que les rodeaban, pero no los contempló sencillamente, sino que extendió la mirada y la paseó por encima de las colinas hasta alcanzar las innumerables multitudes que vivían más allá de las mismas.

Algo debió de pasar por la mente de los otros dos jóvenes, semejante á una visión de gente diminuta que llegara hacia ellos en son de guerra, algo así como una corriente de seres minúsculos, pero inagotable, maligna, hostil.

—Son muy pequeños — observó el más jovenito, — pero son innumerables, como las arenas del mar...

—Y tienen armas...

—Además, hermanos, exceptuando los animales, ¿qué sabemos ni qué hemos visto nosotros de matar?

—Ya lo sé — dijo el menor. — ¡Suceda lo que quiera seremos lo que somos, y cuando llegue el día de la hecatombe, haremos lo que debemos hacer!

—Nuestro padre es todo como nosotros — dijo el segundo de los hijos de Cossar, — únicamente su cuerpo es pequeño. Cuando llegue el momento ya nos dirá qué es lo que tenemos que hacer. Nos enseñará á fabricar y á manejar las armas... Además ¿para qué han de servir los pozos y estos tabloncillos empotrados en el suelo?

Levantó el cuchillo y señaló hacia abajo.

—Si quisieran entrar aquí — dijo, — bien pudiera ser que hasta la tierra les fuera hostil.

—Es verdad — replicó el mayor, — y después...

—No tienen fin: son incontables — murmuró el menor.

—¡Bah! — exclamó el mediano. — Tal vez perdieran el valor; y después de todo ¿por qué no nos dejan en paz?

Cerró de golpe la navaja cuya hoja tenía más de metro y medio de larga, y apoyándose en el bastón que acababa de hacer, se levantó y volvió hacia la gran mole gris que representaba la casa. Los purpúreos reflejos de la puesta del sol lo envolvieron por completo haciendo brillar más en su malla metálica los broches y las hebillas del cuello y de los brazos, apareciendo á los ojos de su hermano como una mancha luminosa y sangrienta.

El hermano mayor distinguió, al levantarse, una figurita negra que desde lo alto del terraplén, que llegaba hasta la altura de las dunas, hacía señales desusadas con la cabeza y los brazos. El joven comprendió por aquellos señales que era necesario acudir allí con urgencia: contestó con el bastón á las señales, y resonó en el valle su voz diciendo: «¡Va!»; puso en guardia á sus hermanos exclamando: «Algo ocurre», y se dirigió al encuentro de su padre á pasos de siete metros.

V

Lo ocurrido fué que, mientras los gigantes hablaban, otro joven que nada tenía que ver con el alimento, daba su opinión acerca de ellos. Había descendido con un amigo suyo por las colinas de Sevenoaks y hablaba por los codos.

Al pasar junto á un cercado habían oído piar lastimeramente á tres pajaritos en su nido, y conguieron salvarlos del ataque de dos hormigas gigantes, circunstancia que fué el origen de la conversación de aquellos. El que hablaba, decía al llegar al campamento de los Cossar:

—¡Y aun nos llaman reaccionarios! Fíjate en ese inmenso terreno; fíjate en ese inmenso pedazo de tierra, antes productivo y ahora deshecho y profanado; contempla esos techos y mira esa inmensa rueda en esas máquinas monstruosas; fíjate en esos diques, y, sobre todo, en aquellos tres monstruos sentados y pensando quizá en algún endiablado proyecto; fíjate, fíjate en esta tierra hollada y aplastada por esos gigantes.

—¿Eres tú de los oyentes de Caterham?...

—Lo que yo hago es emplear mi vista como debo y cuidar de que haya la paz y el orden que hubo en otro tiempo. ¡Este infame alimento es la última transfiguración del Diablo, dispuesto, como siempre, á la perdición del mundo! Piensa en lo que el mundo debió de ser antes, cuando nuestras madres nos dieron á luz, y compáralo con lo que es ahora. Piensa en las sendas, antes sonrientes y cubiertas de doradas mieses; en estos cereados, esmaltados de florecillas, que separaban las modestas heredades; piensa en las casitas de los campesinos, que animaban estos terrenos, y en el tañer de las campanas de aquella torre llamando á los fieles á la oración y al culto... ¡Y, en cambio, ahora, cada año, aumentan las plantas y los hierbajos monstruosos, los bichos enormes y los gigantes que nos envuelven, pasando por encima de nosotros y confundiendo todo lo que hay de más sagrado en el mundo! ¡Pero, míralo... ahí lo tienes!

Señaló hacia el suelo y la vista del amigo siguió la línea del dedo.

—¿Ves eso? Pues es la huella de un pie de los gigantes. Observa cómo se ha introducido en la tierra hasta un metro de profundidad, formando un hoyo que puede tragarse á las caballerías y á sus ginetes, ¡una verdadera trampa para los incautos! La zarza espino está aplastada, estas hierbas están arrancadas, las matas deshechas,

rota la tubería de desagüe del labrador, y el lindero del camino arruinado... ¡Completa destrucción por todas partes! Así van esos monstruos por el mundo, pisoteando el orden y el decoro establecidos, aplastándolo todo bajo sus pies... ¿Y aun hablan de reacción? ¿Qué otra cosa ha de haber sino reacción?

—¿Qué pensáis hacer para oponeros á ello?

—¡Cortarles el paso — gritó el joven de Oxford, — antes de que sea demasiado tarde!

—Pero...

—No es imposible — replicó el joven de Oxford alzando la voz. — Necesitamos una mano vigorosa, necesitamos un plan astuto y, al mismo tiempo, un espíritu resuelto. Hasta ahora nos han engañado con dulces palabras, nos ha dirigido una mano débil, lo hemos tomado todo á broma, y hemos temporizado, dando lugar al alimento para crecer y extenderse, Aun ahora mismo...

Dejó de hablar un momento.

—Lo que dices — observó su amigo, — es un eco fiel de las palabras de Caterham.

—Sí, ahora hay esperanza, esperanza firmísima, lo que importa es saber con seguridad lo que queremos destruir... La masa del pueblo está con nosotros en mucho mayor número que hace años; la ley está de parte nuestra, y nos amparan la constitución y el orden social, el espíritu de todas las religiones establecidas, y hasta las costumbres

y hábitos de la humanidad entera... ¡Todo y todos están en contra del alimento! ¿Por qué hemos de seguir contemporizando? ¿Por qué hemos de fingir? ¡Odiarnos el alimento, no queremos tenerlo! ¿Para qué hemos de seguir aguantándolo? ¿Quieres que nos hagamos los tontos y le opongamos una resistencia pasiva... hasta que haya pasado el tiempo oportuno?

De repente, se detuvo y dió una vuelta en redondo.

—Mira aquel bosque de ortigas, ¡y entre ellas casas abandonadas, en que antes vivían contentas y tranquilas muchas familias honradas!... ¡Ahora mira allí!

Y le indicó el grupo que formaban los hijos de Cossar, discutiendo las injusticias de que eran objeto.

—¡Sí, contéplalos! ¡Conozco al padre, es un bruto, un ente de voz inaguantable, que anda furioso por el mundo hace lo menos treinta años, por ser este indulgente y misericordioso hasta dejarlo de sobra! Es ingeniero, y todo lo que nosotros tenemos por santo y venerable á él le importa un bledo. Las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestra tierra, sus nobles instituciones, el orden venerando y la lenta marcha que nos ha hecho grandes y libres, son para ese hombre antiguallas que no merecen consideración... ¡Es de los que dicen que agua pasada no mueve molino!

Cualquier engaña-bobos del porvenir le parece de mayor valor que lo augusto del pasado. Sería capaz de hacer pasar un tranvía por encima de la tumba de su madre si creyera que con ello resultaba la vía más económica y más cómoda! Y, ¿crees posible que se pueda seguir viviendo así? ¿Crees que estableciendo un compromiso entre ambas partes puede seguir campando cada una por su lado, mientras esa maquinaria siga viviendo en el suyo? Te digo que no hay que esperarlo... ¡Es completamente imposible! Eso sería como contratar con una manada de tigres. Ellos quieren cosas monstruosas y nosotros las queremos pequeñas y bonitas. O dentro ó fuera.

—¿Pero qué vais á hacer?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Acabar con el alimento! Los gigantes hállanse aun esparcidos: no tienen unión; no han llegado á la madurez. Hay que encadenarlos, que amordazarlos, que ponerles bozal; hay que inutilizarlos á toda costa. El mundo ha de ser suyo ó nuestro. Hay que acabar con el alimento; hay que encerrar á los que lo fabrican; hay que incapacitar á Cossar. Parece que no comprendes bien el asunto. Con que consigamos doblegar una generación, basta para que no... Volveremos á nivelar estos terraplenes, cubriremos con tierra las huellas de sus pies; quitaremos de los campanarios las sirenas, y volveremos á lo

pasado, á nuestra vieja civilización, para la cual estamos hechos.

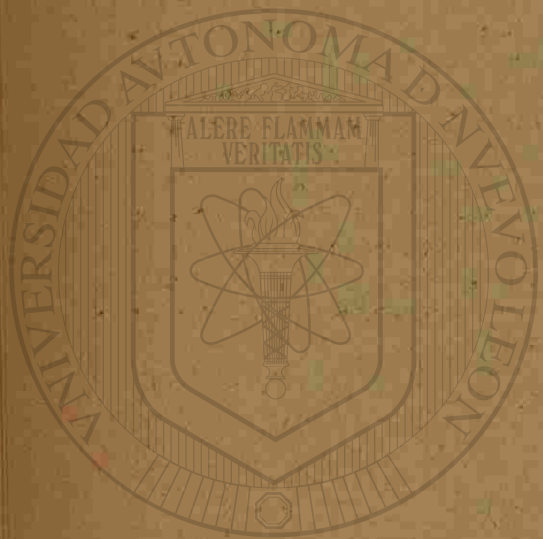
—Creo que es muy poderoso el esfuerzo que intentáis.

—Como poderoso es el objeto á que se dirige, y si no ¿qué será de nosotros? ¿no ves tan clara como la luz la perspectiva que se nos ofrece? Do quiera vemos á los gigantes crecer y multiplicarse, fabricar y esparcir su detestado alimento: se cubrirán nuestros campos de hierbas monstruosas, y las ratas de nuestros sumideros tomarán gigantes cas proporciones. Todo irá aumentando de tamaño: nos invadirá el mundo de los insectos y luego el de las plantas: hasta los peces del mar harán zozobrar nuestros barcos: terroríficas espesuras obscurecerán y cerrarán nuestras viviendas, sofocarán nuestros templos y destruirán el orden de nuestras ciudades, hasta convertirnos en una raza de animaluchos que será aplastada por los zapatones de los nuevos seres... ¡La humanidad dejándose ahogar por sus propios engendros! ¡y todo ello por nada! ¡tamaño, no más que tamaño! Ampliación y enjendramiento y vuelta á empezar... Hasta ahora nos resignamos con gruñir y no hacer nada; pero eso no debe ser, no. Que hagan ellos lo que quieran; también haremos nosotros lo que queramos. Yo estoy por la reacción clara y terminante, ó por tomar el mismo alimento, porque ¿qué otro recurso nos queda ya?

Nos hemos contentado con medidas suaves, y hemos seguido por la senda de enmedio demasiado tiempo, como tú, que tienes por costumbre nadar entre dos aguas. Yo no soy así: aborrezco el alimento con todas mis fuerzas y me opongo á él con toda la energía de mi alma. ¿Qué piensas tú?

—Que es muy complejo el asunto.

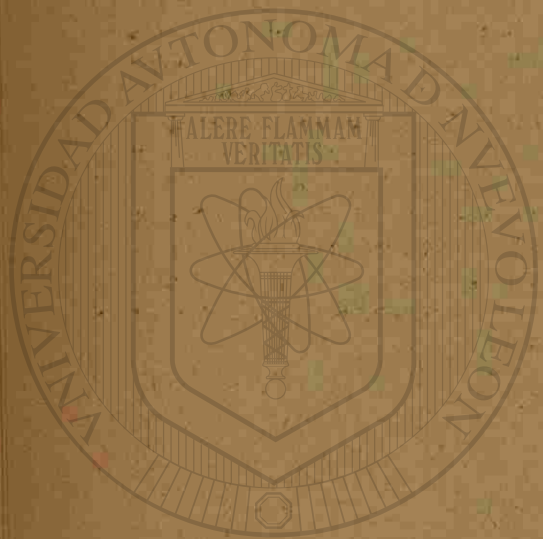
—¡Bah! tu eres como la leña que arrastra el agua — exclamó el joven Oxford con amargura.— Los términos medios no sirven para nada. O una cosa ú otra: ó comer también, ó destruir ¿acaso cabe otra alternativa?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



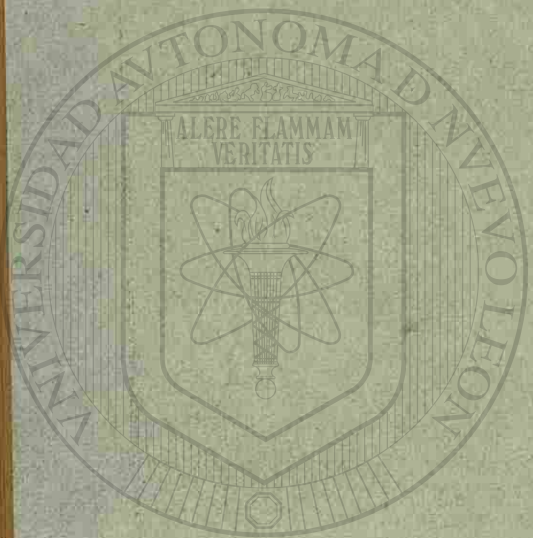
Los amores de la Princesa y Redwood.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL



Los amores de la Princesa y Redwood.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPITULO II

LOS NOVIOS GIGANTES

I

Ocurrió en los días en que Caterham hacía su campaña contra los hijos del alimento, antes de las elecciones generales que habían de llevarle al poder en las más terribles y trágicas circunstancias, que la princesa gigante, Su Alteza Serenísima de Wesser Dreiburg, cuya alimentación temprana jugó papel tan brillantísimo en la rápida carrera del doctor Winkles, llegó á Inglaterra, dejando por algún tiempo los Estados de su padre en circunstancias muy especiales.

La princesa estaba comprometida para casarse, y aquella unión, que reconocía por causa la razón de Estado, había de constituir un suceso de importancia internacional. Ahora bien, sin saber por qué, surgieron misteriosos aplazamientos. La imaginación popular forjó una historia, y

habló mucho de ello: se dijo que el príncipe no se mostraba propicio al enlace y que había dicho que no quería ser el hazme reir de las gentes hasta aquel extremo: el vulgo simpatizó con él, y este fué el aspecto de más significación que ofrecía el asunto.

Aunque parezca mentira, el hecho fué que la princesa gigante no sabía que hubiera más gigantes en el mundo hasta que puso el pie en Inglaterra: había vivido en un medio en que la argucia es una pasión, y reserva el aire que se respira; se le había ocultado cuidadosamente todo lo referente á los gigantes, no se le dijo una palabra que despertara en ella la curiosidad de verlos, y no los vió hasta que se encontró cara á cara con el joven Redwood.

En el reino de su padre había grandes montañas, terrenos incultos que ella recorría con entera libertad. Era apasionada por las salidas y puestas de sol y por todos los grandes espectáculos de los cielos, que prefería siempre á cualquier otra distracción; pero al encontrarse entre gentes tan democráticas y vehementes en su afecto á los soberanos como los ingleses tuvo que privarse de seguir libremente sus aficiones. La gente acudía en multitudes desde lejos á verla, ya en coches, ya en trenes especiales, ya en todo género de vehículos. Los ciclistas recorrían inmensas distancias para contemplarla, y fué preciso que sa-

liera muy temprano para que la dejaran pasear en paz.

Un día en que empezaba apenas á amanecer, se encontró con Redwood. El Parque Grande, que estaba cerca del palacio en que ella vivía, se prolongaba unas veinte millas al Oeste y al Sur de las puertas de su morada. Los castaños de sus alamedas movían gallardamente sus copas sobre la cabeza de la princesa, y cada uno parecía multiplicar sus flores al paso de la joven. Durante un rato se contentó con verlos y aspirar el aroma que le ofrecían; pero, por fin, no pudo resistir á la tentación de escoger y cortar unas ramas.

Tan preocupada estaba en aquella operación que no echó de ver la presencia del joven Redwood hasta que éste se encontró muy cerca de ella. La princesa iba de castaño en castaño, en tanto que se le acercaba el amante que le estaba destinado, sin prever ni sospechar su presencia. Con las manos hundidas en el espeso follaje, rompía y recogía las ramas. Se creía sola en el mundo, y cuando levantó la vista, se encontró con su pareja.

Tenemos que poner nuestra imaginación á la altura del joven para concebir la belleza que él contempló. La magnitud que á nosotros nos hubiera hecho retroceder, no existía para él. Vió ante sus ojos una muchacha llena de gracia; el primer ser humano que pudiera servirle de com-

pañera. Esbelta y arrogante, vestida con ligera ropa, las brisas del día naciente parecían moldear con los pliegues del vestido los acentuados y al mismo tiempo suaves contornos de la gentil figura, que llevaba en las manos un montón de ramas de castaño en flor. El cuello de su entreabierto vestido dejaba ver la blancura de la garganta y la sombra de una suave redondez que desaparecía hacia los hombros. La brisa se había apoderado de unos bucles del cabello y azotaba con aquel mechón castaño obscuro sus redondas mejillas. Los ojos eran grandes y azules, y los labios parecían estar prometiendo sonrisas en tanto que la joven cogía las ramas.

La princesa se volvió con rapidez y miró á Redwood; durante un rato permanecieron mirándose ambos jóvenes. Para la muchacha la vista del mancebo fué tan sorprendente, tan maravillosa, que le resultó durante los primeros momentos hasta terrible. El se le acercó como quien ve una aparición sobrenatural; y se acercó rompiendo todas las leyes establecidas en el mundo en que había vivido.

El joven tenía á la sazón veintiún años; era gallardo, moreno como su padre, y con toda la seriedad de éste. Iba vestido con un traje castaño obscuro, de género muy suave; traje ajustado y cómodo, que hacía resaltar su varonil apostura. La cabeza la llevaba descubierta, como siempre.

Quedaron mirándose, atónitos, sin dar crédito á sus ojos, y con el corazón latiendo violentamente. Aquel momento, el más importante de la vida de ambos, fué imprevisto, casual, sin más preparativos que la casualidad.

Redwood sintió menos sorpresa; y á pesar de que había sentido y buscado á la princesa, su corazón latía violentamente.

Se acercó á ella despacio y mirándola.

—¿Es usted la princesa? — la dijo. — Mi padre me ha hablado de usted y me ha referido que se crió con el alimento de los dioses.

—Sí, soy la princesa — le contestó la joven. — Pero usted, ¿quién es?

—Yo soy hijo del que inventó el alimento de los dioses.

—¡El alimento de los dioses!

—Sí, el alimento de los dioses...

—Pero...

En el rostro de la joven se pintó la duda.

—No le comprendo á usted... ¡el alimento de los dioses! ¿qué viene á ser eso?

—Pero ¿es que no ha oído usted hablar nunca de ello?

—¿Del alimento de los dioses?... No, jamás, ¿quiere usted decir que?...

El esperó á que continuase.

—¿Quiere usted decirme con eso que hay más gigantes?

El joven contestó:

—Sí, ¿pero es que usted no lo sabía?

—No — repuso la princesa con creciente admiración.

El mundo y toda su significación cambiaron para ella en aquel instante: de entre las manos se le cayó una rama de castaño, y dijo, como atribulada:

—¿Pero es verdad lo que usted me dice? ¿es verdad que haya más gigantes en el mundo, y que ese alimento?...

El joven, comprendiendo su admiración le contestó:

—¿Y usted sin saberlo, sin haber oído hablar de nosotros, usted, á quien el alimento ha hecho de los nuestros, de nuestro mundo?

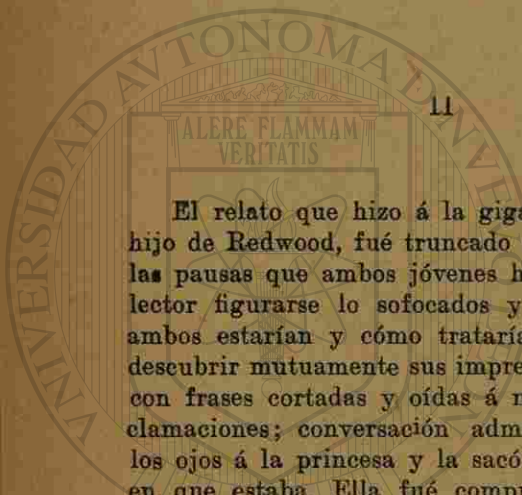
Los ojos de la princesa expresaban todavía estupor, y murmuró:

—No, no.

La pobre joven temió desmayarse ó que iba á romper á llorar, pero se dominó y pudo discurrir y hablar con claridad.

—Me han ocultado todo eso — dijo, — y me parece un sueño, porque yo he soñado eso mismo; sí, lo he soñado; pero al despertar... No: cuéntemelo todo. ¿Quién es usted? ¿qué alimento es ese de que me habla? Dígamelo todo, despacio y con claridad. ¿Por qué me han ocultado que no era yo sola? Hable usted.

El joven se sentó junto á la princesa, y con voz trémula y conmovida le refirió todo lo relativo al alimento de los dioses y á las cosas y personas gigantes que iban esparciéndose por el mundo.



El relato que hizo á la giganta princesita el hijo de Redwood, fué truncado muchas veces por las pausas que ambos jóvenes hicieron. Puede el lector figurarse lo sofocados y conmovidos que ambos estarían y cómo tratarían de penetrar y descubrir mutuamente sus impresiones y sus ideas con frases cortadas y oídas á medias, y con exclamaciones; conversación admirable que abrió los ojos á la princesa y la sacó de la ignorancia en que estaba. Ella fué comprendiendo poco á poco que no era una excepción sino un miembro de la diseminada familia de gigantes que, por haberse nutrido con el alimento, había traspasado los mezquinos límites de la gente que bullía á sus pies.

Redwood le habló de su padre, de todos sus hermanos esparcidos por el mundo y de la aparición de ideas más gigantescas aún que habían invadido al mundo.

—Aun estamos al principio — dijo, — y el mundo actual no es más que preludeo del que

vendrá con el alimento: mi padre creó, y yo opino como él, que llegará un tiempo en que lo pequeño desaparecerá por completo del mundo de los hombres, y en que los gigantes andarán por él con entera libertad porque será suyo, será nuestro mundo, y hemos de ser los que en él hagamos cosas grandes y espléndidas. Pero eso pertenece al porvenir. Ni siquiera somos nosotros la primera generación: ¡somos los primeros experimentos!

—¡Y que no haya sabido yo nada de esto!— exclamó la princesa.

—En ocasiones me parece que hemos venido demasiado pronto. Pero alguien tenía que ser el primero. El mundo no estaba preparado aún para nuestra venida y para la de otras cosas que derivan su grandeza del alimento de los dioses. Ha habido torpeza y conflictos: la gente pequeña odia nuestra especie; es dura con nosotros porque ella resulta mezquina... ¡y porque nuestros pies pesan sobre cosas que son para ella la vida! Sea lo que quiera, ello es que nos odian y no pueden ver á ninguno de nosotros: únicamente si pudiéramos reducirnos á su tamaño normal consentirían en el perdón... Son dichosos viviendo en casas que á nosotros nos resultarían prisiones; sus ciudades son harto pequeñas para nosotros; andamos con dificultad por sus caminos, y no podemos rezar en sus templos... Nosotros miramos por encima de sus murallas y por las ventanas altas de sus ca-

sas; vemos todas sus costumbres, y sus leyes sólo sirven de red para nuestros propósitos... Cuando damos un traspiés, les oímos gritar; y lo mismo cuando rebasamos sus límites ó cuando tratamos de emprender cualquier cosa. Nuestro pausado andar les parece carrera vertiginosa, y todo lo que para ellos es grande y admirable, para nosotros es cosa de juguete, habitaciones de muñecas. Su mezquindad de método, de aplicación y de imaginativa, resiste y destroza nuestras fuerzas. No hay máquinas que se opongan á la fuerza de nuestras manos, ni objetos á propósito para nuestras necesidades. Ellos han puesto nuestra grandeza en servidumbre con millares de lazos invisibles. Somos más fuertes, cien veces que ellos, hombre por hombre, y eso que estamos desarmados; pero nuestra propia grandeza nos hace acreedores suyos; ellos reclaman como propia la tierra que pisamos, ellos nos tasan la cantidad de alimento y el terreno que necesitamos para vivir... ¡Y para todo esto hemos de trabajar con los instrumentos que saben hacer esos enanos! Ellos nos tienen, además, sujetos de mil modos. Para respirar, necesitamos traspasar sus linderos; para poder encontrarla á usted, he tenido que cruzar por sus tierras... De todo cuanto puede hacernos llevar la vida, saben ellos construir diques para nosotros: no nos dejan que entremos en sus ciudades, ni que pasemos por sus puentes, ni que

pisemos sus campos labrados, ni que entremos en sus cotos de caza. Me han separado por completo de todos mis hermanos, excepto de los hijos de Cossar, y aun el camino que lleva á donde viven éstos lo van estrechando de día en día... Me entran tentaciones de pensar que buscan la ocasión de causarnos algún daño.

—Pero nosotros somos los fuertes — interrumpió ella.

—Sí, lo somos. Sentimos nuestro poder dentro de nosotros mismos. Usted también debe sentirlo... Sí, tenemos poder para hacer grandes cosas, poder que se revela en el fondo de nuestro ser... ¡Pero hasta que podamos realmente hacer algo!...

El gigante Redwood extendió la mano que parecía barrer todo un mundo.

—Aunque yo creía que estaba sola en la tierra, he pensado en todo esto muchas veces. Pero me dijeron que tener fuerza era un pecado, que valía más ser pequeño que grande, y que toda religión consiste en amparar y sostener á los pequeños y á los débiles, en ayudar á su multiplicación, y en sacrificar las fuerzas que uno tiene en su provecho... Pero la vida que había dentro de mí me ha demostrado otra cosa algo mejor... ®

—Sí, esta vida que tenemos, y estos cuerpos, no se han hecho para la muerte — replicó el joven.

—No — afirmó ella.

—Ni para vivir ocupados en pequeñeces. Claro es que si no nos resignamos á ellas, de sobra sabemos que vendrá el conflicto... ¡No sé qué amargo conflicto sobrevendrá si las gentes pequeñas se empeñan en no dejarnos vivir como necesitamos hacerlo! Ya han pensado en eso nuestros hermanos. Y á Cossar, de quien antes he hablado á usted, también le preocupa esto.

—Son muy pequeños y muy débiles.

—A su manera. Pero ya sabe usted que todos los medios de dar muerte están en sus manos y han sido fabricados á propósito para ellos. Cientos de miles de años, esa genticilla cuyo mundo hemos invadido, ha estado estudiando el medio mejor de aniquilarse matándose los unos á los otros, y se ha adiestrado mucho en ello y en otras habilidades por el estilo. Saben además cambiar de casaca á tiempo y engañar siempre que les conviene. El conflicto se acerca, no sé por qué, aunque para usted la cosa tal vez sea diferente. Para nosotros llega, con toda seguridad, lo que ellos llaman «la guerra»; lo sabemos y nos preparamos en cierto modo para ella; pero como son tan pequeñitos, no sabemos como matarlos, además que, de otra parte, no queremos tampoco que mueran.

—Mire usted — exclamó la joven interrumpiéndole.

Se oyó el sonido de una pequeña trompeta. Redwood se volvió hacia donde le indicaban

los ojos de la princesa y distinguió un automóvil de color amarillo muy fuerte con su *chauffer* y sus viajeros envueltos en pieles, cuyo carruaje trepidaba, chocaba y silbaba como si estuviera rabioso, contra el tacón de un zapato del gigante. Este separó el pie y el automóvil salió enseguida disparado y dando resoplidos por la carretera en dirección de la ciudad.

—¡Obstruyendo el camino!

Tales fueron las palabras que llegaron hasta el joven: luego dijo uno de los viajeros:

—¡Ahí está la princesa monstruo!

Todos volvieron la cabeza para mirarla.

La princesa dijo á su acompañante:

—La verdad es que no se puede imaginar nada más chocante.

—¡Que no le hayan dicho á usted nada!... — añadió el joven sin atreverse á terminar la frase.

—Hasta que he encontrado á usted he vivido en un mundo en que me creía grande yo sola, y por eso me había formado una vida á mi modo y me creía víctima de algún extraño capricho de la Naturaleza; pero hoy, en el espacio de media hora ha desaparecido el mundo que yo imaginaba y veo otro diferente, apropiado, con prespectivas amplísimas, compañerismo...

—Sí, compañerismo — le replicó el joven.

—Siento necesidad de que me cuente usted más, mucho más aún. Lo que ahora me sucede va

á pasar por mi espíritu como un cuento, y es posible que algún día crea en usted. Ahora me parece que sueño... Escuche usted.

El reloj de palacio dió la primera campanada de las siete.

—Esta es la hora en que debo volver á casa: ya me estarán preparando el desayuno en la galería donde duermo: mis pequeños empleados sirvientes andarán ya con sus quehaceres microscópicos: no puede usted formarse idea de la gravedad con que desempeñan sus funciones.

—Supongo que estarán atónitos... pero el caso es que necesito hablar con usted.

—Ella se quedó pensativa, y contestó:

—Sí; pero el caso es que necesito reflexionarlo, pensar yo sola y darme razón exacta de este cambio de cosas: necesito creer en que huelga la anterior soledad y pensar en usted y en los demás que han entrado en mi mundo. Despidámonos ahora y volvamos á encontrarnos aquí mañana al amanecer.

—La esperaré á usted.

—Voy á pasar el día entero pensando en ese mundo nuevo que usted me ha descubierto: apenas si puedo pensar ahora en...

La joven retrocedió un paso y examinó á su interlocutor de pies á cabeza: encontráronse las miradas de ambos y trataron de profundizarse durante un momento: cada cual vió en el otro un

semblante alegre y enrojecido por la emoción, pero dulce y tierno como si el sentimiento lo mudara.

—Sí — exclamó la princesa riendo y profundamente conmovida, — es usted un ser real; ¡pero lo encuentro todo tan extraño! ¿lo cree usted de veras? ¿es todo realidad? Supongamos que vengo yo mañana y que lo encuentro á usted tan pigmeo como son los demás... Necesito pensarlo. En cuanto á mañana, hagamos lo que hace la gente diminuta.

Y extendió el brazo... y por vez primera se unieron y se estrecharon con efusión dos manos de gigantes... y los inmensos ojos de ambos volvieron á encontrarse.

—Adiós — dijo ella, — adiós por hoy, adiós hermano gigante.

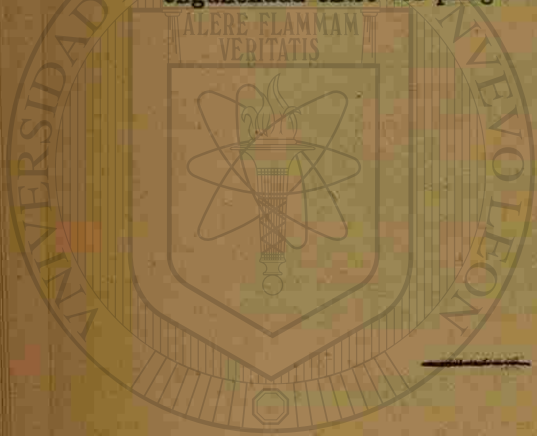
El vaciló como si quisiera decir algo, pero se contentó con responder:

—Adiós.

Permanecieron algunos momentos asidos de las manos y los ojos clavados los unos en los otros como si quisieran llevarse grabada mutuamente la impresión en sus cerebros. Y, aún después de despedirse y de separarse, la princesa volvió la cabeza muchas veces, y vió al gigante fijo en el sitio donde se habían encontrado.

La princesa se fué, por fin, á sus habitaciones,

á través del gran patio del palacio, como una sonámbula, y con una gran rama de castaño en flor, que se le había caído de la mano y que llevaba enganchada entre los pliegues del vestido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL

III

La pareja volvió á verse catorce veces antes del principio del fin. Se citaban en el parque grande ó en los altos y en las gargantas de los brezales pantanosos cubiertos de pinares que se extendían hacia el Sudoeste. Dos veces se encontraron únicamente en la alameda de los castaños, y otras cinco junto al extenso lago que el rey, su bisabuelo, había hecho construir. Allí había un césped admirablemente cuidado, por entre el cual se elevaban altas coníferas, cuyos bordes tocaban la margen del agua, donde la princesa acostumbraba á sentarse mientras el joven, echado á sus pies, la contemplaba embebecido y hablando continuamente, refiriéndole todo lo pasado, la labor que su padre le había impuesto y los grandes y magníficos planes que debían transformar el pueblo en ciudad gigante andando el tiempo. Comúnmente celebraban sus entrevistas en las primeras horas de la mañana. Pero una tarde se les ocurrió verse y tropezaron con que, de pronto, los rodeó multitud de curiosos, velocipedistas y paseantes,

que, escondidos entre los arbustos, trataron de sorprenderles la conversación; aquellas gentes se les acercaban haciendo crujir las hojas secas como suelen hacerlo los gorriones entre los matorrales de los parques, escondiéndose y ocupando las barcas del lago para acercarse al sitio en que los amantes mantenían su interesante coloquio.

Aquel fué el primer toque de atención que les hizo comprender el grande é inmenso interés con que la gente acechaba sus entrevistas. Una vez, y era ya la séptima de estas y la que precipitó el escándalo, salieron á verse á la luz de la luna, entre los brezos, y estuvieron hablándose en voz baja bastante tiempo, gozando una noche templada y luminosa.

Ya habían hablado de cosas generales, es decir, de aquellas que se referían al mundo gigante que se había de formar con ellos y á la lucha inmensa entre lo grande y lo pequeño en que debían de tomar parte, y luego pasaron á tratar cuestiones más personales, de mayor interés y trascendencia. Cada entrevista que tenían y cada mirada acariciadora que se dirigían, iba convenciéndoles más de que entre ambos existía algo mucho más tierno y admirable que la amistad, algo que los atraía y unía sus manos insensiblemente.

Muy pronto supieron el nombre de ese algo, y se sintieron amantes: se sintieron el Adán y la Eva de una nueva especie humana.

Y así emprendieron juntos el camino, lleno de encantos, del valle del amor, por silenciosos y profundos lugares. Al cambiar de modo de ser, cambió también el mundo para ellos, hasta que llegó á ser el santuario encantador de sus amores, donde las estrellas eran como flores luminosas, y el alba y la caída del sol como cortinajes espléndidos de brillantes y variados matices que embellecían su paso por la tierra. Dejaron de ser criaturas de carne y hueso el uno para el otro, y para sí mismos, y se convirtieron sus cuerpos y sus almas en una mezcla de ternura y de deseos. Dieron al amor, en un principio, sus silenciosos cuchicheos, y luego le envolvieron en el silencio, acercándose y contemplándose absortos, alumbrados por la luna y cubiertos por la infinita bóveda de los cielos. Los altos pinos les rodeaban misteriosamente, á manera de centinelas. Aquella noche no se dieron cuenta de la velocidad con que pasaban las horas para ellos; el universo parecía inmóvil; sólo sus corazones se oían latir con violencia: les parecía vivir unidos en un mundo donde no hubiera muerte. Y, en efecto, así era para ellos. Creían que habían sondeado las profundidades y al sondearlas llegaron á encontrar mágicos esplendores escondidos en el mismo centro de los corazones, tan magníficos como no los había encontrado nadie anteriormente. Hasta para las almas mezquinas y bajas puede ser el amor la revelación de tales esplende-

res; y aquellos seres no tenían almas pequeñas, ni mezquinas; eran amantes colosos que habían comido del alimento de los dioses.

Puede imaginarse la consternación que se produjo en aquel mundo ordenado cuando empezó á saberse que la princesa, prometida de un príncipe, alteza serenísima por cuyas venas corría sangre real, tenía citas y celebraba entrevistas frecuentes con el hijo hipertrofiado de un vulgar catedrático de Química, un ente que carecía de rango, de posición, de riqueza: cuando se supo que los jóvenes se trataban como si no existieran reyes, ni príncipes, ni gerarquías sociales, como si sólo hubiera gigantes y pigmeos, y cuando se conoció que la princesa trataba al monstruo galán como á un novio...

—¡Si los periodistas lo supieran! — exclamó azorado un funcionario de alta jerarquía.

—Me han dicho... — murmuró en voz baja el provento obispo de Frumps.

—Ya hay por arriba nuevas historias — masculló el primer encargado de la servidumbre pellizcando los postres, — por lo que voy viendo, esa princesita gigante...

—Dicen... — exclamaba la viejecilla, que en la puerta del palacio vendía billetes para ver las habitaciones regias.

Y después:

—«Nos autorizan para negar...» — decía Picaroon en el *Gossip*.

Y así, con dimes y diretes, se fué descubriendo todo.

IV

—Dicen que nos tenemos que separar — manifestó la princesa á su novio.

—¿Y eso, por qué? — exclamó Redwood con asombro. — ¿Qué nueva locura se les ha metido en la cabeza á esas gentes?

—Dicen que no está bien... ¿No sabe usted que el quererme es un delito de alta traición? Así me lo ha dicho hoy un especialista en *Tacto social*.

—Pero amada mía — exclamó el joven, — ¿qué importa eso? ¿tienen acaso derecho?... Y, además, ese sería un derecho irrazonable. ¿Qué nos importa á nosotros?

—Se lo explicaré á usted — dijo la joven; y refirió todo lo que le habían dicho por la mañana.

—El que me lo dijo es un hombrecillo muy raro con la voz melosa y llena de inflexiones dulces; un caballerito que andaba por la habitación con suavidad tal, que apenas se le oía el ruido de los pasos: parecía un gato, y al decir algo importante levantaba la manecita: es calvo y tiene la naricita sonrosada y la barba recortada y atusada de

tal modo que es una monería. Trató de conmovérsele é hizo que le brillaban los ojos varias veces. Es muy amigo de esta familia real y empezó por llamarme *su joven y querida señora*. Desde que empezó á hablar, trató de demostrarme gran simpatía. Me dijo: «Mi querida señora: no debe usted de hacer eso»: me lo repitió varias veces, y añadió: «Es un deber en usted.»

¿De dónde habrá salido esa gentecilla? Pero no veo...

—Luego me dijo cosas serias con mucha suavidad y con modales muy finos.

—¿Y cree usted que en cuanto le hayan dicho haya algo de verdad?

—Sí, hay algo, no cabe duda — replicó la princesa.

—Entonces, quiere usted decir que...

—Quiero decir que, inconscientemente hemos hollado las ideas más sagradas de esas gentecillas. Nosotros, los que tenemos sangre real, somos distintos á los demás; somos unos prisioneros revencidos, una especie de juguetes procesionales que pagamos con nuestra libertad el culto que nos rinden. Yo, que debía casarme con el príncipe... ¿Pero no sabe usted nada de esto? Se trata de un príncipe pigmeo, el cual nada nos importa; mas, por lo que se deduce, nuestro matrimonio debía de estrechar los lazos que unen á mi país con el suyo, y aprovecharle á él también. ¡Figúrese usted, estrechar los lazos!

—¿Y ahora

—Insisten en que se realice, como si nada ocurriera entre nosotros dos.

—¡Nada! — murmuró el joven.

—Justo; pero no es eso todo: el hombrecillo dijo además...

—¿El especialista en *Tacto*?

—El mismo; dijo que sería mejor para usted y para todos los demás gigantes, que dejáramos de vernos: ese fué el resumen de su discurso.

—¿Qué harán si no les obedecemos?

—Añadió que se le podría dar á usted libertad...

—¿A mí?...

—A usted, y lo dijo recalcando las palabras: «Mi querida señora: sería mejor y mucho más digno que ustedes se separasen *voluntariamente*», y esto de voluntariamente lo dijo de un modo muy especial.

—¿Pero que les importará á esos entes miserables que nosotros nos queramos? ¿Qué tienen ellos, ni todo su mundo, que ver con nosotros?

—Pues no lo creen así.

—Supongo que usted no tomará en consideración nada de eso...

—Me parece altamente ridículo...

—¡Eso de que hayan de encadenarnos con sus antiguas leyes á nosotros, que somos hijos de las nuevas!... ¡Que nosotros en la primavera de la

vida, hayamos de sujetarnos á sus compromisos y á sus ciegas instituciones, que no tienen objeto alguno!... ¡No, no debemos hacerles caso!

La princesa se acercó más á Redwood y le dijo:

—Yo soy tuya... en cuanto á eso...

—¿En cuanto á eso?... ¿No lo eres en todo?

—¡Pero si ellos quieren separarnos!...

—¿Qué podrán hacer?

—No lo sé, y eso es lo que yo pregunto. ¿Qué podrán hacer?

—Nada nos importa. Yo soy tuyo y tú eres mía. ¿Qué cosa hay más importante que esta? ¡Yo soy tuyo y tú eres mía para siempre!... ¿Crees que me harán retroceder sus mezquinas leyes y sus pequeñas prohibiciones, y que sus tablones rojos me separarán de ti? ¡de ti, que eres para mí más preciosa, millares de veces más preciosa que la vida misma!

—Sí... Pero, ¿qué haremos?

—Seguir adelante.

—¿Y si buscan los medios de impedirlo?...

El joven cerró los puños y miró á su alrededor como si la gente pequeña llegara ya á oponérseles; luego, clavando los ojos en el horizonte, dijo:

—Tienes razón. Tu pregunta es muy justa. ¿Que podrán hacernos si tratan de impedirlo?...

—¡En este país tan pequeño!... — le interrumpió la joven.

Redwood parecía escudriñarlo todo con la vista.

—Esa gente está en todas partes — dijo. — Pero podríamos...

—¿Qué?

—Marcharnos, atravesar juntos los mares á nado... Luego, más allá...

—Yo nunca he estado más allá del mar...

—Allí hay grandes é inmensas montañas entre las que nosotros mismos pareceríamos gente pequeña; hay valles lejanos y desiertos; hay lagos escondidos y alturas coronadas de nieve que aún no ha sido hollada por el pie del hombre; hay...

—Mas para llegar á ellas tenemos que abrirnos camino luchando día tras día con millones y más millones de seres humanos.

—¡Esa será nuestra única esperanza, amor mío! Porque en esta tierra tan poblada no hay fijeza ni refugio para nosotros. ¿Qué lugar nos queda entre esta muchedumbre? ¡No hay sitio en que podamos comer, ni albergue donde dormir!

—Pero si huyéramos, nos perseguirían.

—Hay un sitio en esa isla — dijo el joven.

—¿En dónde?

—El sitio que se han hecho nuestros hermanos... Han rodeado su casa de grandes trincheras, al Norte, al Sur, al Este y al Oeste; han construído profundos hoyos y escondites, y hace poco vino uno de nuestros compañeros á hablarme. Entonces no presté atención á lo que me dijo; pero creo que me habló de armas... Acaso pudiéramos encontrar allí refugio.

Redwood calló un momento y luego añadió.

—Hace muchos días que no he visto á nuestros hermanos. ¡Amada mía, he estado soñando y me he olvidado de ellos! Han pasado los días y no he hecho nada, ¡nada!... Sólo he pensado en verte. Ahora tengo que ir á visitarles y hablarles de ti y de todo lo que nos amenaza. Si quieren ayudarnos, pueden hacerlo. Y si lo hacen, podremos tener esperanzas. Yo no sé las condiciones de resistencia que ofrece su casa; pero es seguro que Cossar la habrá fortificado bien. Antes de esto, antes de que nos conociéramos, recuerdo que la gente pequeña proyectaba hacernos daño; pero hubo elecciones, y aquello fué una maniobra política para ganar votos: aquello nos salvó de sus ataques: se oyeron entonces amenazas contra toda nuestra raza, es decir, contra todos nosotros, menos contra ti... Sí, iré á ver á nuestros hermanos. ¡Ya es tiempo de que les hable y les diga lo que nos pasa!

V

Quando el joven acudió á la siguiente entrevista, hacía ya rato que ella le esperaba. Habían convenido en verse al mediodía en un extremo del parque en que el río formaba una curva; y mientras la princesa le esperaba mirando al Sur y resguardando del sol los ojos con la mano, su ansiedad acrecía, y le pareció que el mundo se hallaba en el mayor silencio y que este silencio maduraba algo. Entonces se dió cuenta de que, á pesar de lo avanzado de la hora, no había parecido su acostumbrado séquito de espías voluntarios: ni á derecha ni á izquierda no pudo descubrir á nadie por más que observó; y observó también la falta de botes en el Támesis, y trató de investigar la causa de tan extraña quietud.

Quando Redwood apareció á lo lejos, la joven descubrió tan grata visión por un claro que había en la masa de la arboleda que limitaba su horizonte: los árboles lo volvieron á ocultar, y luego le vió atravesar el bosque y aproximarse. Notó algo extraño en él y le pareció observar que venía ex-

traordinariamente agitado y que cojeaba. El la hizo señas, y ella salió á su encuentro. Entonces pudo distinguir claramente sus facciones y conoció que cada paso que daba le producía un dolor que parecía faltarle el aliento. Corrió hacia él con los brazos extendidos y bulléndole en el espíritu cien preguntas y otros tantos temores. Por fin, se vieron juntos, y él le preguntó con angustiosa ansiedad:

—¿Debemos separarnos?

—No: ¿por qué?

—Porque si no nos separamos, llegó el momento.

—¿Qué pasa?

—Yo no quiero que nos separemos; sólo que... di: ¿no me abandonarás?

Ante lo brusco de aquella pregunta, la joven lo miró con fijeza y contestó angustiada:

—No te abandonaré: no me separaré de ti.

—¿Lo has pensado bien?

—No te abandonaré — repitió ella asiéndole de una mano, — y aunque el seguirte significara la muerte, no te dajaría.

—¡Si significara la muerte! — murmuró él, y ella sintió que los dedos del joven le sujetaban la mano.

El dirigió una mirada en todas direcciones como si temiese que los sorprendiera la gente pequeña, y añadió:

—Acaso sea la muerte.

—Cuéntame lo que ocurre — dijo la princesa.

—Han tratado de impedir mi venida.

—¿Cómo?

—Al salir de mi taller donde fabrico alimento de los dioses para que los Cossar lo almacenen en su campamento, tropecé con un pequeño oficial de policía, con un hombrecillo de traje azul y guantes blancos que me prohibió que diera un paso más. — «Este camino está vedado» — me dijo. — Yo no le hice caso: di vuelta hasta el taller y tomé otro camino en dirección á Poniente, pero me encontré con otro policía que me dijo de igual modo: — «Este camino está cerrado» — y añadió:

—«Todos lo están.»

—¿Y qué hiciste?

—Empecé á discutir con él, diciéndole: — «Estos caminos son públicos.» — «Pues precisamente porque son públicos queremos evitar que usted los estropee.» — me replicó. — «Está bien; iré por el campo.» — Y entonces salieron por detrás de un cercado nuevos policías, que me dijeron: — «Estos campos son propiedad particular.» — «Vayan al demonio vuestro público y sus propiedades; yo voy á ver á mi princesa.» — Y me incliné y con cuidado lo levanté del suelo, mientras él chillaba y pataleaba, y le quité de en medio del camino. Al momento, vi llenarse todos los campos de hombres que corrían. Uno, á caballo, galopaba junto á mí

y me leyó no sé qué, á gritos. Acabó su lectura y dió vuelta al caballo galopando. No entendí ni una palabra. Entonces oí el estruendo de las escopetas.

—¡Escopetas!

—Sí, las mismas con que mataban las ratas. Las balas silbaron y una me dió en la pierna.

—¿Y tú?

—Yo seguía corriendo y les dejé que gritaran y que tirasen á su gusto... Y ahora...

—¿Qué harán?

—Lo que te he contado al principio: quieren separarnos y me persiguen.

—¡Pues no nos separaremos!

—¡No! pero si no me abandonas, tienes que seguirme para ir á reunirnos con los hermanos.

—¿Por qué camino iremos?

—Por el del Oeste... Por el otro vendrán mis perseguidores... ¡En marcha, pues, por esta alameda! pero déjame ir delante por si nos acechan aquí también.

Redwood se adelantó; pero ella le cogió por el brazo.

—No — exclamó. — Yo á tu lado, sosteniéndote. Tal vez mi persona real les sea sagrada... ¡Ojalá pudiéramos huir rodeándote yo con mis brazos! quizá entonces no se atreviesen á disparar contra ti.

Ella le echó un brazo por el hombro y le cogió suavemente la mano, mientras le hablaba atrayéndole hacia sí.

—Así no se atreverán á disparar — repetía ella. Y él, con repentina y apasionada ternura, la tomó en sus brazos y murmuró:

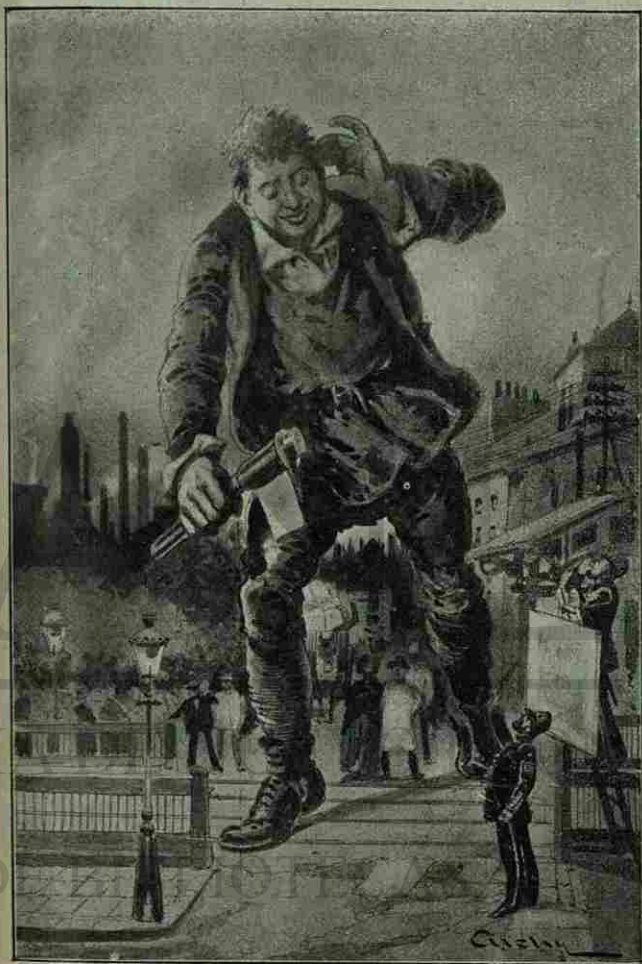
—Aunque nos maten, ¿qué importa?

Redwood siguió estrechándola fuertemente, y durante un momento permanecieron como embelados.

Luego, asidos de la mano, y ella esforzándose en cubrir con su cuerpo el de su novio, siguieron andando apresuradamente en dirección al campamento, refugio que habían construído los hijos de Cossar para el caso de que arreciase la persecución de la gente menuda.

Al atravesar los grandes terrenos del parque que estaba detrás del castillo, vieron salir muchos ginetes de entre los árboles, los cuales, poniendo sus caballos al galope, trataban, en vano, de igualar su paso con el de los gigantes. Y luego se encontraron con muchos hombres con fusiles que salían corriendo de sus viviendas.

Al ver esto, Redwood trató de seguir adelante, de luchar y vencer los obstáculos, pero ella le hizo volver hacia el Sur. Mientras huían, silbó una bala por encima de sus cabezas.



Caddles en Londres,

—Así no se atreverán á disparar — repetía ella. Y él, con repentina y apasionada ternura, la tomó en sus brazos y murmuró:

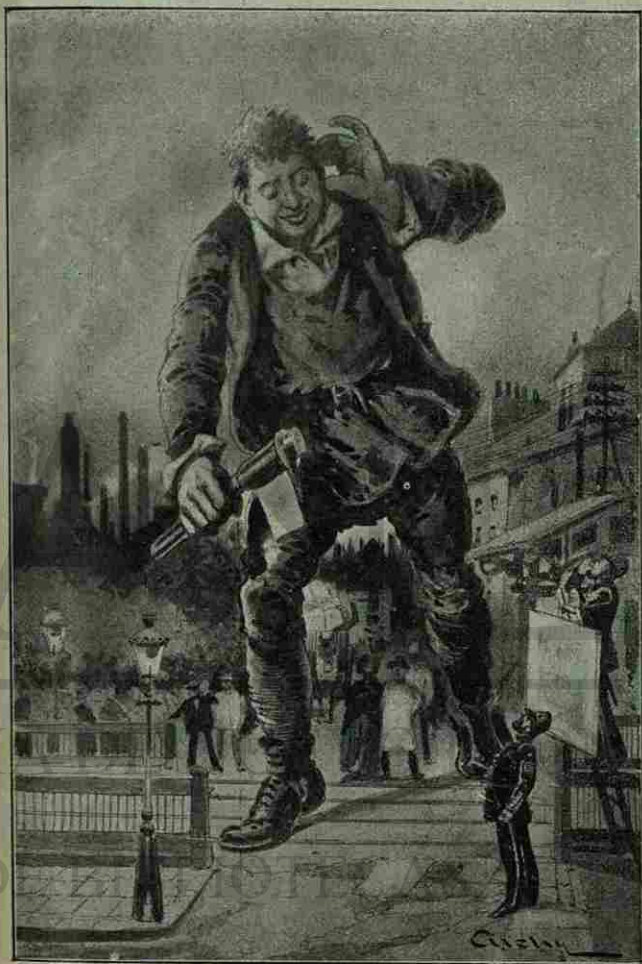
—Aunque nos maten, ¿qué importa?

Redwood siguió estrechándola fuertemente, y durante un momento permanecieron como embelesados.

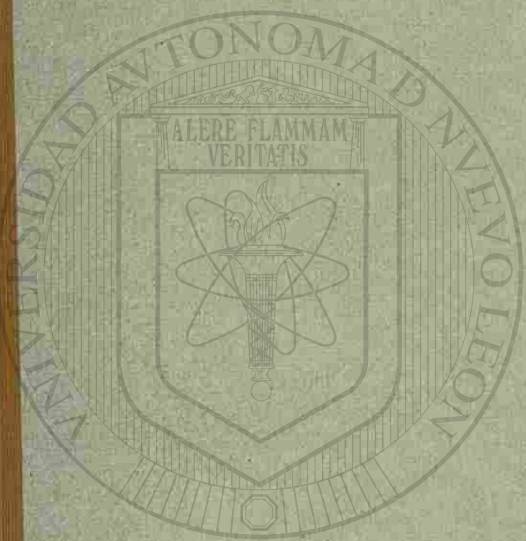
Luego, asidos de la mano, y ella esforzándose en cubrir con su cuerpo el de su novio, siguieron andando apresuradamente en dirección al campamento, refugio que habían construido los hijos de Cossar para el caso de que arreciase la persecución de la gente menuda.

Al atravesar los grandes terrenos del parque que estaba detrás del castillo, vieron salir muchos ginetes de entre los árboles, los cuales, poniendo sus caballos al galope, trataban, en vano, de igualar su paso con el de los gigantes. Y luego se encontraron con muchos hombres con fusiles que salían corriendo de sus viviendas.

Al ver esto, Redwood trató de seguir adelante, de luchar y vencer los obstáculos, pero ella le hizo volver hacia el Sur. Mientras huían, silbó una bala por encima de sus cabezas.



Caddles en Londres,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y BIBLIOTECA

CAPITULO III

EL JOVEN CADDLES EN LONDRES

I

Ageno á los sucesos, desconocedor de las leyes que iban á pesar sobre sus hermanos, y aun sin saber que los tuviera, llegó un momento en que el joven Caddles se decidió á dejar la calera y ver mundo. Sus reflexiones tuvieron término al ver que nadie satisfacía á sus preguntas en Cheasing-Eyebright, por ser el nuevo vicario menos avisado aún que su antecesor, y que el hecho de trabajar sin fruto tomó tales proporciones, que acabó por exasperarle.

—¿Por qué he de trabajar yo en esta calera un día y otro? — se preguntó Caddles; — ¿por qué ha de haber límites para mí por todas partes y no he de gozar de maravillas, que hay más allá de esos límites? ¿Qué he hecho yo para verme castigado de tal modo?

Y un día se levantó, enderezó el cuerpo, y dijo:
10. — TOMO II.

—¡No, no aguanto más! — y maldijo con toda su alma el horno.

Su espíritu indisciplinado trató después, de traducir en actos su pensamiento. Cogió una vagoneta semillena de cal y, levantándola en alto la arrojó sobre otra: después cogió una hilera de vagonetas vacías y las echó por un terraplén abajo, arrojando sobre ellas un gran bloque de cal, y, por último, destrozó, con sus pies enormes, una docena de metros de vía férrea. De tal modo empezó Caddles á destruir la calera.

—¡Pasarme toda la vida trabajando en esto! — murmuró.

Los cinco minutos de energía que Caddles invirtió en hacer aquel destrozo, fueron cinco minutos de pasmo para un geólogo que por allí andaba sin que Caddles le hubiera visto, sumido en su preocupación. El pobrete, que libró milagrosamente de ser cojido por los bloques de cal, escapó por el lado Oeste, atravesó la colina corriendo con las pantorrillas al aire y los faldones dándole en la parte posterior, y dejando un reguero de fósiles detrás de sí, en tanto que Caddles, satisfecho de su obra de destrucción, se marchaba para realizar su proyecto de ver mundo.

—¡Trabajar sin descanso en ese horrible horno, hasta que me muera y me pudra en él!... ¿Qué gusano creerán que vive en este cuerpo de gigante? ¡Extraer cal para cualquier objeto estúpido! No seré yo quien la saque.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
SITARIA
ES
MEXICO
7

— OBRAS Á 2 PESETAS TOMO —

HERIBERTO JORGE WELLS.

- La visita maravillosa.
- El hombre invisible.
- Anticipaciones.
- Los primeros hombres en la Luna.
- El amor y el señor Lewisham.
- Ruedas de fortuna.
- Cuando el dormido despierte.
- El Alimento de los Dioses.

CARLOS OSORIO GALLARDO.

- ¿Cómo debo conducirme en Sociedad?
- El arte de bien comer.

MATILDE SERAO.

- Historia de dos almas.

VIRGINIA GIL DE HERMOSO.

- Incurables

L. ALBERT

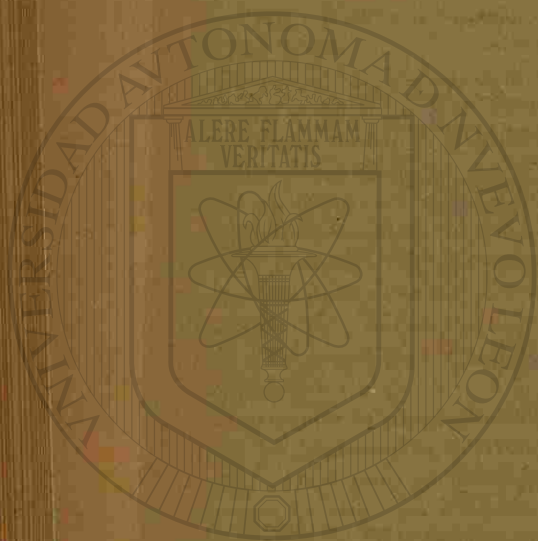
- De mi jardín.

E. LACOMBE.

- Estudios económicos.—La cuestión de los cambios.

Diccionarios

Español-Francés.	1.50 pesetas
Francés-Español.	1.50 »
El mismo, encuadernado á la inglesa.	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa.	4 »
Español-Inglés.	1.50 »
Inglés-Español.	1.50 »
Encuadernado á la inglesa.	2 »
Los dos tomos en un volumen encuadernado en tela á la inglesa.	4 »



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

El camino, la vía férrea ó la casualidad, lo encaminaron á Londres, y allí llegó, paso tras paso, y cruzando dunas y praderas, en una ardorosa tarde y con pánico de todo el mundo. No tuvieron para él significación alguna los anuncios rojos y blancos, llenos de nombres, que azotaban las paredes: nada sabía de la revolución electoral que había empujado hasta el poder á Caterham, á «Jack el matador de gigantes»; para él no tenían sentido los úkases de Caterham, expuestos en grandes cartelones en cuantas inspecciones de policía encontró al paso, disponiendo que ningún gigante ni persona que tuviera más de ocho pies de estatura, pudiera separarse á más de cinco millas del punto de su residencia, sin permiso especial; como tampoco le hizo efecto que policías retrasados, y contentos de su retraso le hicieran señas con manos y bastones, señas amenazadoras á espaldas suyas. El quería ver mundo; cuanto hubiera que ver en él. Pobre hombre embrutecido é incrédulo, no pudo figurarse que las personas que le gritaban pudieran obligarle á detenerse. Caddles bajó por Rochester y Greenwich, hacia una aglomeración de casas, cada vez más densa, y bajó despacio, mirándolo todo y jugando con su inmensa porra. La gente de Londres le conocía ya de oídas: se decía de él que era idiota, pero inofensivo, y que había sido dirigido admirablemente por el agente de lady Wondershoot y por el vicario, y de tal

modo que veneraba, á su manera estúpida á dichas autoridades y que les estaba reconocido por los cuidados que habían tenido de él, y otras cosas por el estilo. Así es que cuando se supo por los sueltos de los periódicos que el gigante Caddles se había declarado también «en huelga», la cosa pareció á muchos un acto deliberado y concertado de antemano.

—Piensa probar nuestras fuerzas — decían los empleados de los trenes al regresar á sus casas terminadas sus tareas.

—Afortunadamente tenemos á Caterham.

—Pero esta oposición de los gigantes parece una respuesta á su proclama.

Los miembros de los clubs estaban mejor informados. Se apiñaban junto á los últimos telegramas ó hablaban en grupos en las salas de fumar.

—El joven no lleva armas. Hubiera llegado á Sevenoaks si se hubiera empeñado.

—Ya lo arreglará Caterham.

Los tenderos se lo contaban á sus parroquianos; los camareros en los restaurants echaban un vistazo á los periódicos entre dos servicios; los cocheros leían la noticia, y se enteraban de las últimas apuestas.

En el periódico oficioso del Gobierno, que salía de noche, se veían grandes titulares que decían: *¡Arrancad la ortiga!* Otros hacían efecto con *El gigante Redwood sigue citándose con la princesa.*

Publicó *El Eco* un suelto de los suyos, que decía: *Rumores de una revolución de gigantes en el Norte de Inglaterra. Los gigantes de Sucerland en Escocia. La Gaceta de Westminster* dió su acostumbrado grito de alarma diciendo *¡Cuidado con los gigantes!*, y trató de dar una solución que pudiera unir al partido liberal en aquel tiempo muy disgregado por el gran egoísmo de sus siete jefes. Los últimos periódicos se hicieron ya monótonos; decían: *El gigante de la carretera de New Kent.*

—Lo que yo desearía saber es por qué no se tienen noticias de los Cossar, que se supone que son los principales instigadores — decía el joven pálido de la tienda de té.

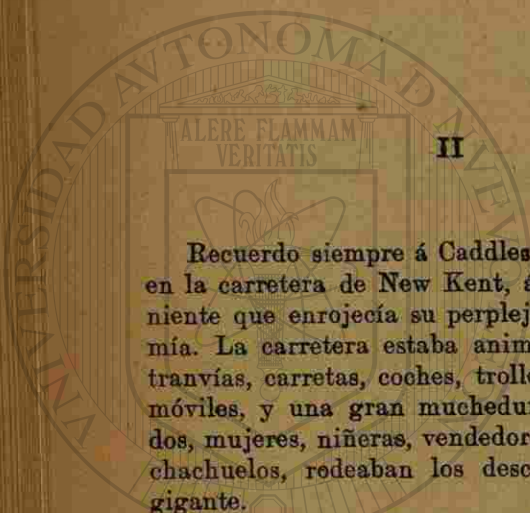
—Aseguran que hay otro gigante que anda suelto — añadió la camarera, mientras limpiaba un vaso. — Yo siempre afirmé que era peligroso que los dejaran en libertad; desde el principio debieron haber puesto coto á todo esto... ¡Quiera Dios que no venga por aquí!

—Pues yo quisiera echarle un vistazo — dijo un joven que había junto al mostrador. — ¡He visto á la princesa!

—¿Cree usted que le harán daño? — preguntó la camarera.

—Quizá tengan que hacérselo por fuerza — respondió el joven del mostrador echando el último trago.

Y así, entre millares de estos y parecidos murmullos entró Caddles en Londres.



Recuerdo siempre á Caddles tal como se le vió en la carretera de New Kent, á la luz del sol poniente que enrojecía su perpleja y curiosa fisonomía. La carretera estaba animadísima: ómnibus, tranvías, carretas, coches, trolleys, ciclistas, automóviles, y una gran muchedumbre de desocupados, mujeres, niñeras, vendedores, y atrevidos muchachuelos, rodeaban los descomunales pies del gigante.

Inmenso murmullo se elevó hasta él. Se vió entonces salir hasta de las puertas de las tiendas á los tenderos y á sus parroquianos y llenarse las ventanas de cabecitas; los chiquillos callejeros corrían gritando, los polizontes tomaban la cosa con la mayor gravedad y tiesura, los obreros subíanse á los andamios, y, en fin, toda la hirviente mezcla de la gente microscópica gritaba y le insultaba; pero él, entontecido, oía y miraba con verdadera curiosidad aquel hervir de criaturitas vivientes en tanto número como nunca creyó que pudiera haber en el mundo.

Ya en Londres tuvo que ir acortando el paso cada vez más, pues la gente menuda le envolvía. La muchedumbre se hacía cada vez más densa, y, por fin, en una esquina en que convergían dos grandes vías tuvo que detenerse, rodeado, y encerrado entre las masas.

Allí se paró con los pies un poco separados, y se apoyó en un palacio grandísimo que tenía altura doble de la suya y que terminaba en elevadas torres. Desde lo alto de su estatura contemplaba á los pigmeos, y, maravillado, trataba, sin duda, de compaginar todo aquello con cuanto le había ocurrido en su vida, con el valle de tierras bajas, con los amoríos nocturnos, con el canto de la iglesia y con la cal que había sacado del horno á diario. Tratando de reunirlo todo y de darle coherencia y significación, arrugó el entrecejo, se rascó la revuelta cabellera con su manaza, y lanzó un hondo suspiro.

—No lo entiendo, no veo — dijo.

Su acento era extraño. Una enorme ola de sonidos heterogéneos llenaba el espacio, y se notaba, dominando el tumulto, el agudo timbre de los tranvías que pasaban por entre las masas siguiendo su camino obstinadamente y asemejando rojas amapolas entre trigo.

—¿Qué ha dicho? ¿Dice que no ve? ¿Pregunta que dónde está el mar, que dónde hay un asiento? ¿Quiere sentarse? Que se siente el bobo encima de una casa, ó donde quiera.

—Pero, ¿para qué servís, hervidero de gente-cilla? ¿Qué hacíais aquí hormiguero de criaturas, mientras yo sacaba la cal para vosotros en el pozo de la calera?

Su voz rara, que tan en oposición había estado con la disciplina de la escuela de Cheasing Eye-bright, hizo un momento el silencio entre la muchedumbre, que luego se revolvió tumultuosamente. Hubo algunos graciosos que chillaron:

—¡Que hable, que hable!

—Pero, ¿qué está diciendo?

Esto era la obsesión de la muchedumbre, y se extendió la opinión de que el gigante estaba borracho.

—¡Hi, hi, hi! — gritaban los conductores de los omnibus abriéndose camino.

Un marinero americano, borracho, andaba dando vueltas y preguntaba con voz de caña cascada:

—¿Qué es lo que quiere ese hombre?

Un trapero con cara de pergamino consiguió dominar desde su carrito el tumulto, gracias á su potente voz, y dijo:

—¡Véte á tu casa, endemoniado gigante! ¡Vuelve adonde has venido, maldito monstruo! ¿No ves que asustas los caballos? ¡Largo de aquí! ¿Pero no hay nadie con sentido común que te haga comprender las leyes?

Y entre semejante barullo se hallaba Caddles perplejo, con la vista fija y expectante, sin decir ya ninguna palabra.

Por una calle lateral bajaba toda una hilera de polizontes abriéndose camino ingeniosamente por entre aquel gentío.

—¡Atrás, y no interrumpas la circulación! — dijeron las vocecillas de los recién llegados.

El joven Caddles notó entonces una oscura figurilla que le aporreaba los tobillos. Inclino la vista y vió que gesticulaban dos manos con guantes blancos.

—¿Qué? — preguntó bajándose cuanto pudo.

—Aquí no puedes estar parado — le dijo á gritos el polizonte. — Véte, no puedes seguir aquí — repitió.

—Pero, ¿adónde he de ir?

—Vuélvete á tu pueblo, que es el sitio de tu residencia, ó adónde quieras; pero, ¡largo de aquí, que estás obstruyendo el paso!

—¿Qué paso?

—El de esta calle.

—Pero, ¿de dónde viene y adónde va? Y ¿qué significa ésto? ¡Todos me rodean! ¿Qué quieren de mí? ¿Qué hacen? Yo quiero saberlo. ¡Ya estoy cansado de sacar cal del horno y de estar solo! ¿Qué hacen ellos por mí, mientras yo trabajo para ellos? Quiero comprender todo esto, y lo mismo me da que sea aquí, ahora, ó que sea después en otro lado.

—Lo siento, pero nosotros no estamos aquí para dar esas explicaciones sino para obligarte á que echés á andar.

—¿Pero usted no lo sabe?

—Te digo que andes para adelante... Y te amonesto y aconsejo que te vuelvas á tu pueblo. No tenemos aún órdenes especiales; pero eso es contra la ley. Con que ¡largol y ¡de prisita!

El terreno se despejó á su izquierda y Caddles echó á andar con lentitud, aunque repitiendo continuamente:

—¡No lo entiendo, no lo entiendo!

Se volvía en ademán suplicante á la gente que le seguía ó le acompañaba, y que se renovaba á cada instante.

—No sabía yo que hubiera lugares como este ¿Qué hacen ustedes tantos como son? ¿Para que sirve todo esto? ¿Para qué?

La presencia de Caddles en Londres había puesto de moda una nueva frasecita, y los señoritos de ingenio y gracia se saludaban de esta manera:

—¿Eh, Arry O'Cock? ¿Qué es esto y para qué sirve todo esto?

Y surgió una variedad de respuestas, por lo común descorteses; las más de ellas populares y adaptadas al uso fueron:

—¡Que lo encierren!...

O, con tono de solemne desprecio:

—¡Largol...

Y otras muchas igualmente populacheras y zafias.

III

¿Qué buscaba el gigante? Indudablemente algo que aquel mundo de pigmeos no pudo darle; el conocimiento de un fin que no le permitieron alcanzar evitando que llegara á comprenderlo. Todos los sentimientos sociales, es decir, todo lo que en aquel monstruo clamaba por su razón, por seres semejantes suyos, por algo análogo que amar y alguien parecido á quien servir, por un objeto que pudiera él comprender y por leyes que acatar, todo quedó sin explicación, como un enigma indescifrable para el infortunado Caddles. Y como Caddles era estúpido, todo aquello batallaba estúpidamente en su interior; así es que, aunque hubiese encontrado un semejante suyo, no hubiera podido expresar lo que sentía ni hubiera dado sentido á su palabra. Todo lo que él sabía de la vida estaba reducido al curso monótono del pueblo; todas las conversaciones que había oído eran la charla de su cabaña, que no le servía, y que resultaba incapaz para esbozar la menor de sus necesidades gigantescas. El pobre simple ni siquiera conocía el dinero: no entendía nada de comercio ni de las

complejas pretensiones en que se funda la fábrica social de la gente menuda. Caddles necesitaba algo, ¿qué duda cabe?

Pero aquella necesidad no llegó á verse satisfecha.

Se llevó todo el día y toda la noche andando, y tuvo hambre; pero no se cansó de ver el tráfico variadísimo de las diferentes calles que recorría, ni el inexplicable ir y venir de aquellos seres pequeñísimos.

En conjunto, no había para él sino confusión. Durante una hora estuvo viendo una masa de gente agitarse en Picadilly para conseguir un asiento en los ómnibus; después se le vió en Kensington, por la tarde, donde contempló millares de almas ocupadas en los incidentes del cricket, sin hacer el menor caso, por lo que se fué de allí lanzando un gemido. Y se dice que en Kensington sacó á una dama de su propio carruaje, la cual iba vestida con elegantísimo traje de baile; que la examinó con la mayor atención, y que después de contemplarle la cola, la espalda y la contraespalda, la volvió á dejar en su sitio, exhalando un suspiro muy hondo; pero de este hecho no me atrevo á responder.

Entre once y doce de la noche volvió á Picadilly, donde encontró una muchedumbre nueva. Caddles la veía dispuesta á hacer cosas que su razón no alcanzaba y á dejar de hacer otras por la misma causa. La multitud miraba al gigante un

momento: le vitoreaba, y pasaba de largo. Los simones de ojos de águila se seguían uno á otro formando cadena, culebreando y bordeando las aceras.

La gente entraba ó salía de los restaurants, ora grave y digna, ora agradablemente excitada, ó bien dejando ver que su astucia iba más allá de las agudas estratagemas de los camareros.

El gigante, apoyado en una esquina, lo veía todo, lo contemplaba todo.

—Y ¿á qué viene todo esto? — murmuraba en voz baja y triste. — ¿Qué objeto tiene? ¡Todos parecen tomarlo en serio! ¿Qué es y por qué no lo entiendo yo?

Y nadie parecía ver, como veía él, la miseria de las borrachas pintarrajeadas que pululaban por las esquinas, ni los haraposos y hambrientos que se arrastraban por el arroyo, ni la infinita mezquindad de todo aquello. ¡Sí, la infinita mezquindad! Ninguno de ellos parecía sentir, ni por asomo, la necesidad que aquel gigante sentía, la idea del porvenir abierto á su camino.

Por encima de la calle, en lo alto, brillaban letreros misteriosos que aparecían y desaparecían, y los cuales, si él hubiera podido leerlos, le habrían hecho calcular las dimensiones de los intereses humanos, le hubiesen explicado las necesidades fundamentales y los modos de vivir tales como los comprende la gente menuda. Primero, vió una *T*

flamígera, luego siguió una *U*, luego una *P*: TUP... Hasta que vió completo, brillando en el cielo, el alegre mensaje para todos los que sientan la carga de la seriedad de la vida:

Tupper, vino tónico para obtener vigor.

Y ¡zás! desapareció en la obscuridad de la noche, para ser substituída, del mismo modo lento, por otra segunda llamada á la atención universal:

Jabón Belleza

No eran, como se habrá podido observar, productos químicos á propósito para el aseo, sino algo *ideal*, según ellos. Y luego, seguía el trípode de la vida minúscula con

Píldoras amarillas de Yanker

Después volvió á resplandecer en el vacío el *Tupper* con rojas letras de llamas.

En las primeras horas de la madrugada llegó Caddles sombrío, pero sosegado, á Regent's Park. Pasó la verja y se echó sobre la hierba, cerca del estanque de patinar, y allí durmió una hora. A eso de las seis de la mañana habló con una mujer desarrapada que encontró durmiendo en una zanja, cerca de Hampstead Heath, y le preguntó con seriedad, para qué creía vivir ella en el mundo.

IV

Los paseos de Caddles por Londres terminaron en la mañana del segundo día.

Se sintió acosado por el hambre, y al pasar junto á un carro que estaba cargado de hogazas de pan caliente, dióle el olor en la nariz, y arrodillándose, sin hablar palabra, fué sacando las hogazas del carro, en tanto que el panadero corrió á dar parte á la policía: metió luego su manaza en la tienda y dejó limpios el mostrador y la anaquelera. Siguió después llevando en el brazo algunos panes, en busca de otra tienda con objeto de completar la ración. Era época de carestía, y la gente del barrio simpatizó con el gigante, por aquello de que se hacía dueño de lo que todos necesitaban: la gente aplaudió, pues, la segunda fase de su comida, y se rió del estúpido gesto con que el gigante acogió al polizone.

— ¡Tenía mucha hambre! — dijo á éste con la boca llena.

— ¡Bravo, bravo! — gritaron los espectadores.

Luego quiso saquear la tercera panadería, pero se lo impidieron media docena de agentes, golpeándole en las piernas con fuertes garrotes.

—Oye, buen mozo — le dijo el jefe, — te vas á venir conmigo: no se te permite que andes fuera de tu casa de ese modo: te llevaré á tu pueblo.

Los polizontes hicieron cuanto pudieron para prenderle. Me contaron que un grupo de polizontes, á quienes seguía un carromato cargado de cadenas y de cables, anduvo galopando por las calles, arriba y abajo, para conseguir encadenarlo. Entonces nadie pensaba en matar al gigante.

—Este no toma parte en el complot — había dicho Caterham. — Y no quiero que por mí se derrame sangre inocente.

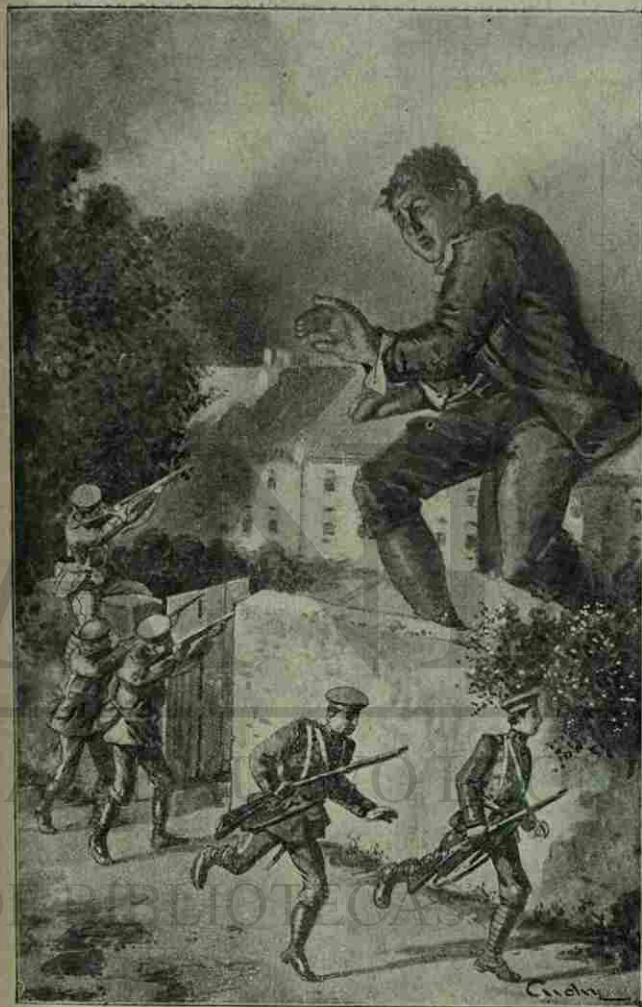
Y luego añadió:

—Hay que agotar hasta el último recurso.

Al principio, no comprendió Caddles la importancia de aquellas maniobras, y cuando la entendió dijo á los polizontes que *no fueran tontos*, y en cuatro saltos se puso fuera del alcance de ellos. Las panaderías estaban en Harrow Road, y él atravesó el canal de Londres hasta el bosque de San Juan.

Allí se sentó en un jardín particular, y se puso á mondarse los dientes con toda tranquilidad; pero se vió molestado poco después por otro pelotón de polizontes.

—Déjenme ustedes en paz — gruñó el gigante. Y atravesó los jardines, estropeando varios maticos y arrancando alguna que otra verja; pero los enérgicos polizontes le seguían, unos á través



Los pigmeos contra el gigante.

de los jardines y otros por la carretera bordeando las casas. Allí había uno ó dos apostados con fusiles, de los cuales no hicieron uso. Cuando Caddles entró en la carretera de Edgware, se dió una nueva nota y hubo un nuevo movimiento en el gentío; un polizonte montado pasó con su caballo por encima del pie del gigante, y éste le recompensó derribándole en tierra.

—¡Que me dejen ustedes en paz!—repitió Caddles haciendo frente á la anhelante muchedumbre.
—¡Yo no les he hecho nada!

En aquel momento estaba sin armas, pues se había dejado su hacha de cortar cal, en el parque. Pero, el infeliz, comprendiendo entonces la falta de ellas, volvió á los almacenes del ferrocarril del Oeste, y arrancando el poste de uno de los arcos voltáicos de la luz eléctrica, hizo de él una terrible arma de combate, que cargó á sus espaldas, y al observar que la policía continuaba allí con la intención de molestarle, volvió á tomar la carretera de Edgware hasta Cricklewood y marchó en dirección al Norte. Siguió andando hasta Waltham, pero dió vuelta al Oeste y se encaminó de nuevo á Londres, pasando por los cementerios y las cimas de Highgate. Al mediodía, se halló en presencia de la maravillosa grandeza de la capital.

Caddles se sentó en el suelo de un jardín y apoyó la espalda en una casa que dominaba toda la ciudad. Estaba jadeante, su cara era sombría,

y la gente no se atrevía ya á cercarle como cuando entró por primera vez en Londres, sino que le observaba desde los huertos inmediatos y le contemplaba desde lugares seguros.

Todos sabían ya que la cosa era más seria de lo que habían creído.

—¿Por qué no han de dejarme tranquilo? — murmuraba el pobre Caddles. — Yo necesito comer... ¿Por qué no me dejan en paz?...

Estaba acurrucado, serio, royéndose los nudillos y mirando á la capital. Todas sus fatigas, todas sus molestias y perplejidades y toda la rabia impotente que habían excitado sus caminatas iban subiéndosele á la cabeza.

—¡Ellos no me quieren decir nada! — decía. — ¡Y, sin embargo, no me dejan tranquilo, me estorban y me impiden el paso!

Y repetía sin cesar, en voz baja, hablando consigo mismo:

—¡No indican nada! ¡Puf, qué gentecilla esta! Hincaba los dientes de nuevo en sus nudillos, y sus gruñidos eran cada vez más sordos.

—¡Y he de sacarles yo cal de la calera! ¡Y todo el mundo les pertenece! ¡Y yo no puedo penetrar en ese mundo por ningún lado!

De pronto, vió con rabia la figura, ya familiar para él, de un polizonte, que estaba montado sobre la valla del jardín.

—¡Déjeme usted en paz! — gruñó el gigante. —Déjeme usted en paz, le digo...

—Yo tengo que cumplir con mi deber — contestó el diminuto policía con la faz lívida, pero con tono resuelto.

—¡Que me deje usted tranquilo! Yo tengo que vivir lo mismo que ustedes... Yo quiero pensar, yo quiero comer... Conque déjame en paz.

—Es la ley quien lo ordena — replicó el diminuto polizonte sin avanzar. — Nosotros no hemos hecho la ley.

—Ni yo tampoco — contestó Caddles. — Todo lo han hecho ustedes, la gente menuda antes de que yo naciera. ¡Qué me importan ustedes, ni sus leyes, ni lo que yo debo ó no hacer! Para mí no hay alimento, sino trabajo como si fuera un esclavo; para mí no hay albergue ni descanso... ¡Y aún viene usted á decirme que!...

—Nada tengo que ver con eso — dijo el polizonte, — yo no estoy aquí para entablar discusiones, sino para hacer cumplir las leyes.

Caddles pasó la otra pierna por encima de la pared y se dispuso á bajar. Tras él aparecieron más polizontes.

—Yo no he iniciado esta lucha con ustedes, acuérdense de ello — dijo Caddles empuñando con fuerza una maza de hierro: — yo no he empezado la lucha; conque así, déjenme ustedes en paz.

El polizonte, á pesar de columbrar una escena horriblemente trágica, hizo prodigios de serenidad.

—Déme usted la orden — dijo á uno que per-

manecía oculto, el cual le entregó un papelito blanco.

—Déjeme usted en paz — gruñó Caddles retrocediendo y agachándose.

—Este papel ordena que te vuelvas á la calera, con que así, vete por buenas, si no quieres ir por malas.

Caddles siguió gruñendo: el inspector leyó la orden é hizo luego una seña: en el acto se presentaron cuatro hombres armados de fusiles, que tomaron posiciones á lo largo de la pared: Caddles se enfureció al ver los fusiles, pues recordó los tiros de las escopetas de los labradores de Wreckstone.

—¿Van ustedes á disparar contra mí? — preguntó.

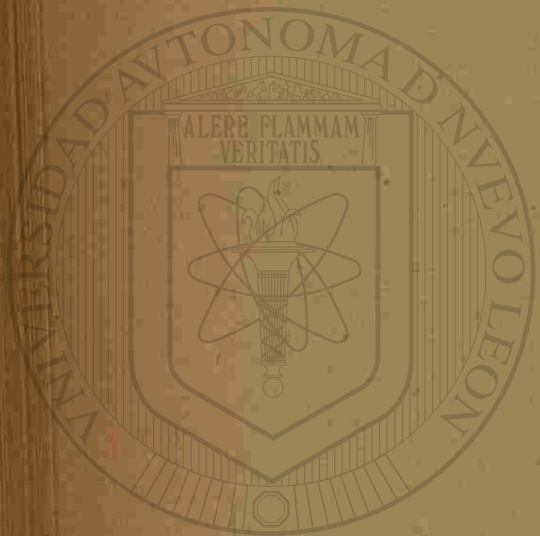
—Así se hará — dijo el inspector que lo creyó asustado, — si no te vuelves á tu calera en seguida.

El inspector trató de saltar la pared de nuevo, y en el momento, y desde una altura de treinta metros, cayó sobre él un poste eléctrico dejándolo hecho una tortilla.

Tronaron los fusiles, y volaron la valla, el suelo y el subsuelo. Algo más voló también salpicando de líquido rojo las manos de uno de los tiradores: éstos iban de un lado para otro disparando sus armas con arrojo. Caddles, atravesado ya por dos balas, dió una vuelta en redondo con objeto de averiguar quién era el que le había pegado en la es-

palda con tanta fuerza, y por un instante pasaron ante sus ojos las casas, los invernaderos, los jardines y las personas que le observaban desde las ventanas: todo giraba en su retina de una manera misteriosa y terrible. Dió unos traspies; levantó y volvió á dejar caer la maza, y se echó una mano al pecho. El dolor le había puesto desfigurado. ¿Qué era aquello rojo y húmedo que manchaba su mano?

Uno, que le atisbaba desde un ventanillo, observó en su cara y en su mirada fija, la expresión del desaliento producida por la impresión de la sangre que cubría sus manos... Luego se le doblaron las piernas y cayó en el suelo estrepitosamente. ¡Fué la primera de las ortigas gigantescas descajada por la mano vigorosa de Caterham, y la que menos creyó éste tener en su poder!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPITULO IV

LOS GIGANTES PELEAN

I

El buen resultado que tuvieron las medidas tomadas contra el joven Caddles, el gigante tonto que se dejó coger en el lazo que le tendieron Caterham y las demás gentes pequeños, determinó el momento de que éstas tomaran con interés la destrucción del resto, es decir, del núcleo principal de los seres humanos debidos á la heracleoforbia, y en su virtud, Caterham, monopolizando la ley, ordenó que prendieran á Cossar y al sabio Redwood porque, no satisfechos con haber producido personas tan descomunales, alentaban á éstas contra el orden de cosas establecido por el acompasado andar de los tiempos. Cossar se le fué á Caterham de entre los dedos, pero el viejo Redwood cayó en sus manos y quedó á disposición suya.

Redwood había sufrido una operación quirúrgica como consecuencia de la enfermedad que sufría en un costado y, dada su situación, ordenaron

los médicos que se le ocultara todo lo que pudiera producirle algún disgusto, hasta que entrara en franca convalecencia. Se le dió, por fin, de alta, y al encontrarlo ahora nosotros, se acababa de levantar de la cama y de sentarse junto á la chimenea para leer un fajo de periódicos, por los cuales se enteró de la agitación del país, de la subida de Caterham al poder, y del peligro que corrían su hijo y la princesa, perseguidos por la justicia, la cual se había envalentonado con la muerte de Caddles, según hemos dicho.

En los últimos periódicos que tenía Redwood, se auguraban de una manera vaga los acontecimientos que sobrevendrían. El anciano leía y volvía á leer angustiado por los anuncios primeros de la calamidad, anuncios de muerte, cada vez más perceptibles. Hallábase en tal situación de espíritu, cuando entraron en su estancia el delegado y varios policías seguidos de una criada, levantó la cabeza y exclamó, con el pensamiento fijo en lo que acaba de leer:

—Creí que me traían un periódico de la noche —y poniéndose bruscamente en pie, añadió:— ¿Qué significa esto?

Redwood se enteró de que la policía había ido á su casa con un coche para llevárselo; pero cuando el delegado vió que acababa de dejar el lecho, decidió esperar un día más para hacer su traslación sin peligro, sin que por eso lo dejara en li-

bertad: la policía se instaló en la casa que quedó convertida en prisión. Aquella casa era la en que había nacido el gigante Redwood, la en que fué suministrada la heracleofobia por primera vez á un ser humano, y en la que había muerto la mujer de Redwood, quien desde entonces, y hacía de esto ocho años, vivía solo en ella.

Admirado se quedó el delegado de la policía al encontrarse con un hombre lleno de canas, con la barba puntiaguda y gris, ojos vivos color pardo, y voz dulce, pero con el continente de las personas que únicamente piensan en cosas grandes, y más se admiró aún, al observar el contraste que ofrecía su figura con el enorme delito que se le imputaba.

—He aquí esta buena pieza — dijo el inspector á los suyos, — que ha hecho cuanto ha podido para trastornar el actual orden de cosas, y que, sin embargo, tiene cara de hombre de bien y parece un propietario rural, mientras que el juez Hungbrow, que es el encargado de mantener el orden y la tranquilidad pública, parece un puerco espín, y observen ustedes qué diferencia de modales entre uno y otro; éste cortés y afable, y el otro, gruñón y áspero. No hay que fiar en las apariencias.

Redwood molestó mucho á los polizontes en un principio y se les mostró rebelde, hasta que éstos le dijeron que era inútil que les pidiese más periódicos ni más noticias, porque no conseguiría nada.

Reconocieron su mesa de escritorio y le recogieron y llevaron todos sus papeles, con lo que lograron exaltarlo y que clamase en alta voz, aunque en tono suplicante.

—¿Pero no ven ustedes que se trata de mi único hijo que está en peligro? El alimento no me importa nada, lo que me importa es mi hijo.

—De buena gana lo tranquilizaría á usted — le dijo el policía, — pero ¡son tan severas las órdenes que tenemos!

—¿Quién ha dado esas órdenes?

El policía contestaba evasivamente y se iba de la habitación dejando al sabio solo.

—Está paseando de un lado para otro — dijo al delegado uno de sus subordinados.

—Mejor: así se calmará algo, y me alegraré de ello — contestó el jefe; — pues hasta ahora no he sabido que el gigante que está en relaciones con la princesa fuera hijo suyo.

—La verdad es que la cosa es un poquito dura — dijo un tercer polizonte.

Redwood llegó, por fin, á darse cuenta, aunque imperfectamente, de que entre él y el mundo se había levantado una muralla de hierro. Los que lo vigilaban le oyeron acercarse á la puerta, trastear en ella y mover el pestillo, hasta que el centinela situado en la meseta de la escalera le llamó al orden y le dijo que de aquella manera agravaría inútilmente su situación. Después observaron los

guardias cómo Redwood examinaba las ventanas, lo cual hizo levantar la cabeza á los policías que se hallaban en la parte exterior de la casa.

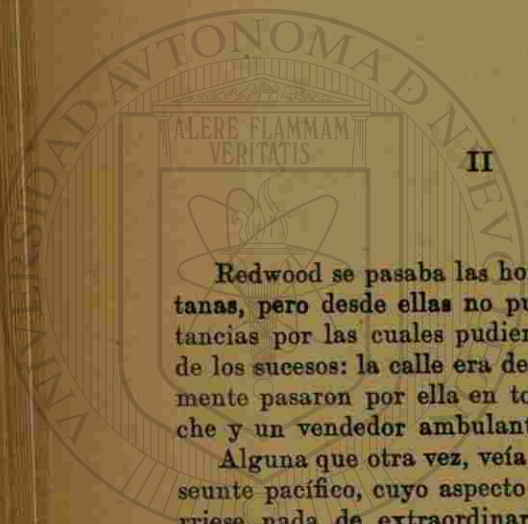
—No siga usted haciendo eso — oyeron decirle al jefe de éstos.

Entonces, Redwood tiró del cordón de la campanilla. El jefe subió á explicarle con la mayor paciencia que se perjudicaba tirando de aquel modo de la campanilla, pues cuando verdaderamente necesitara algo no se le atendería creyendo que llamaba sin motivo.

—Tenemos orden de atenderle á usted en cuanto sea razonable — le dijo el delegado. — Pero si usted se empeña en tirar del cordón por vía de protesta, nos veremos obligados á quitarle ese medio de comunicación.

Las últimas palabras en tonos agudos que escuchó el policía fueron:

—¡Pero dígame usted al menos si mi hijo!...



Redwood se pasaba las horas pegado á las ventanas, pero desde ellas no pudo apreciar circunstancias por las cuales pudiera conocer la marcha de los sucesos: la calle era de poco tránsito, y solamente pasaron por ella en toda la mañana un coche y un vendedor ambulante.

Alguna que otra vez, veía Redwood algún transeunte pacífico, cuyo aspecto no revelaba que ocurriese nada de extraordinario. También pasaron por allí niños con una niñera, y una mujer que iba de compras. Entraban todos ya por la derecha, ya por la izquierda, y pasaban por la calle con una desesperante indiferencia hacia todo lo que no les fuera de interés propio; al pasar, miraban con espanto la casa cercada por la policía y tomaban dirección opuesta volviendo la cabeza y señalando con el dedo. En alguna que otra ocasión, vió Redwood cómo se acercaba un hombre á la policía, hacía unas preguntas y recibía contestaciones secas y concisas.

Las casas de enfrente parecían deshabitadas. Una sola vez vió á una criada que se asomó á una ventana y se quedó un momento mirando la calle. A Redwood se le ocurrió hacerla señas. Durante un rato, la tal criada siguió con interés los ademanes del preso y hasta contestó á ellos vagamente; pero de repente volvió la cabeza y desapareció. También vió Redwood salir á un viejo de una de las casas contiguas, el cual torció á la derecha sin levantar los ojos del suelo, y luego, durante diez minutos, fué un gato el único transeunte que observó.

En tales pequeñeces fué transcurriendo aquella interminable y monótona mañana, hasta que á las doce del día oyó Redwood los gritos de los vendedores de periódicos en la calle próxima. Contra su costumbre, los vendedores pasaron de largo sin entrar en la calle de Redwood, y éste sospechó que la policía les habría prohibido la entrada en ella. Trató de abrir la ventana, pero esto hizo entrar á un polizonte inmediatamente: después de un abismo de tiempo, el reloj de la parroquia próxima dió la hora de la una de la tarde.

A tal hora le dieron á Redwood el almuerzo, del que sólo comió un bocado, revolviendo después los manjares para que se los llevaran pronto: luego cogió una silla y se sentó de nuevo junto á la ventana. Los minutos se convirtieron en siglos para él, y Redwood acabó por echar un sueñecito,

del que al cabo despertó con la vaga impresión de lejanas concusiones.

Observó durante un minuto que los cristales temblaban como si hubiera un terremoto, y en seguida volvió á reinar el silencio, hasta que de nuevo se repitió el temblor y cesó después de otro minuto. Redwood creyó que aquellos ruidos los produciría el paso de algún pesado vehículo por la calle. ¿Qué otra cosa pudiera ser?

Pero pasado un rato hasta dudó de haber oído semejante ruido, y se puso á reflexionar. ¿Por qué estaba preso? Caterham era poder hacía dos días. ¿Y, este era tiempo suficiente para arrancar las ortigas?

—¡Arrancar las ortigas! — repetía Redwood. La frase jugueteaba en su imaginación.

—Y, después de todo, ¿qué podrá hacer Caterham? Era un hombre religioso y esto le obligaría en cierto modo á no emplear la violencia sin una razón muy fundada. ¡Arrancar las ortigas! — repetía Redwood.

Tal vez no se tratara más que de apoderarse de la princesa y de enviarle al extranjero; su hijo acaso fuera molestado también... Mas, ¿para qué lo habían prendido á él? ¿Qué necesidad había de hacerle ignorar lo que estaba sucediendo?

Su prisión era motivo para que imaginara cosas peores. ¿Pensarían apoderarse de todos los gigantes y reducirlos á prisión? Algunas alusiones

se habían hecho acerca de ello en los discursos electorales. Era casi seguro que habrían prendido también á Cossar.

—Pero Caterham es un hombre de sentimientos religiosos.

Redwood se aferraba á esta idea con obstinación. El fondo de su cerebro se parecía á una gran cortina negra en la que aparecía y desaparecía una palabra escrita con ígneos caracteres. No dejó de luchar un momento contra aquella palabra que se empezaba á vislumbrar sin acabar por hacerse visible. Por último, la miró de frente y leyó: ¡Exterminio!

Tal era la palabra, clara y legible, en toda su espantosa realidad.

¡No, no, y no! Aquello era imposible, porque, siendo Caterham un hombre culto, civilizado y religioso ¿cómo iba á decretar el exterminio al cabo de tantos años y después de tantas esperanzas concebidas?

De un salto se puso Redwood en pie, y empezó á dar paseos por su habitación.

—¡No, no! — decía á voz en grito. — La humanidad no puede llegar en su extravío hasta ese extremo. ¡Eso es imposible, es increíble, no puede ser! Tengo que desechar esa idea; necesito desecharla en absoluto.

De pronto se paró. ¿Qué sucedía? Las ventanas volvían á temblar. Se acercó á la suya, y vió

en seguida la confirmación de lo que había oído. En la casa numero 35 había una mujer con una toalla en las manos, y en la 37 un hombre asomado, y los dos observaban la calle en una y otra dirección, entre curiosos y asustados. Redwood observó que el polizone estaba en la calle lo había oído también, y volvió á internarse en su habitación, murmurando:

— ¡Son descargas de fusilería!

Se volvió á quedar pensativo: tres ó cuatro minutos después le entraron té fuerte, como acostumbraba á tomarlo, y esto le hizo comprender que habían consultado con su ama de llaves. Tomado el té, se encontró más nervioso, y continuó paseando por la habitación y reflexionando con mayor actividad.

Aquella estancia era su despacho hacía veinticuatro años. Amueblada cuando se casó, de aquella fecha era su pupitre, grande y complicado, su sillón, su librería y su estantería que llenaba el fondo. La alfombra turca de colores vivos, así como los cortinajes y las pieles habían palidecido y daban á la estancia aspecto de riqueza y dignidad. Los metales relucían á favor de las llamas de la chimenea. La luz eléctrica había reemplazado al gas, y esta reforma era la única hecha en aquella antigua habitación. Entre aquellos objetos había huellas abundantes de la heracleoforbia: en la pared y por encima del zócalo, veíase

una línea de retratos fotografados, en marcos negros, representando á su hijo, á los hijos de Cossar y á otros que habían tomado el alimento en diferentes posiciones y edades, y entre ellos figuraba el de Caddles, con su cara de bobo. En un rincón se veía una gavilla de espigas de la hierba gigante de Cheasing Eyebright, y sobre el pupitre tres cálices de amapola, vacíos, de las dimensiones de un sombrero: el cráneo del cerdo monstruoso de Oakham, estaba colgando á modo de tapete de marfil con el morro hacia abajo, sobre el fuego.

Dirigióse luego Redwood hacia los fotografados y contempló especialmente el de su hijo, que evocó en su memoria muchos episodios que tenía olvidados referentes á los comienzos del alimento, como la tímida presencia de Bensington, de la prima Juana y de Cossar y los trabajos de noche en la granja experimental. Todo lo vió claro y distinto como lo que se ve á favor de un telescopio en día en que la atmósfera está pura. Recordó luego la infancia de su hijo el gigante, los esfuerzos de éste para romper á hablar, y sus primeras caricias y muestras de afecto.

Y entonces acudió á su cerebro iluminado, la idea de que allá fuera, lejos de aquel silencio maldito que le rodeaba, hallábanse luchando por la vida, sus hijos y los de Cossar y que tal vez, en aquel momento mismo, se encontraría su hijo en

situación angustiosa y terrible, prisionero quizá, herido ó muerto.

Se alejó de la fila de los retratos y empezó á vagar precipitadamente por la habitación, gesticulando de una manera violenta.

— ¡Esto no puede ser — gritaba, — no puede ser, no! ¡Esto no puede acabar de este modo!

Y repetía el grito terrible arrancado millones de voces de innumerables bocas humanas, grito que se oye á cada instante sin que se llegue nunca la razón que lo explique: « ¡Esto no puede quedar así! »

Pero, de pronto, Redwood se quedó inmóvil y rígido.

— ¿Qué ha sido eso? — preguntóse ante un nuevo temblor de los cristales, que volvió á oír.

A aquel temblor, siguió un estrépito, algo así como un choque formidable que conmovió toda la casa. La conmoción le pareció á Redwood que duraba un siglo. Debió de haber ocurrido muy cerca de donde él estaba. Por un momento, creyó que algo había chocado contra la casa por encima de él: sintió un golpe enorme, al que siguió la rotura de los cristales, que cayeron hechos pedazos; luego, silencio, turbado por pasos precipitados de gente que corría por la calle. Redwood se acercó á la ventana y su corazón latió con fuerza, como si estuviera bajo la presión de una crisis, de un hecho consumado que le aliviara; pero al com-

prender que nada podía hacer desde la prisión en que estaba encerrado, sintió otra vez decaer su ánimo.

Nada pudo ver de lo que ocurría fuera; pero al observar que la lámpara de enfrente no estaba encendida, sospechó que reinaba la alarma en la ciudad, y le ayudó á interpretar aquel misterio, un resplandor rojizo que vió dilatarse en el cielo, de Sur á Este, y que aumentaba y disminuía de tal manera y tan rápidamente que hasta llegó á dudar que lo hubiera visto. Esto le preocupó mucho, y la preocupación creció según fué aumentando la obscuridad, hasta llegar á constituir el fenómeno predominante en aquella interminable noche de ansiedad. A veces, le parecía que la claridad adquiriría el movimiento de llamas; otras, sólo la creía reflejo del alumbrado. Lo cierto fué que siguió el resplandor creciendo y disminuyendo durante las inacabables horas de la noche, y que sólo desapareció al fundirse con la aurora rosada del nuevo día.

¿Qué significaba aquello? Era indudable que el resplandor debía provenir de algún incendio, próximo ó lejano; pero no podía distinguir el observador si era humo ó eran nubes lo que á ratos obscurecía el horizonte. A eso de la una de la madrugada empezó un movimiento de reflectores eléctricos al través de aquella atmósfera rojiza, el cual continuó durante toda la noche. Aque-

llo también tendría su significación: el caso fué que el espíritu de Redwood no tuvo aquella noche otra preocupación que la de contemplar el cielo alborotado y rojo y la presunción de una tremenda catástrofe. Por último, ya no hubo más ruidos ni más carreras, sino gritos que podían provenir de la algarazara distante de algunos borrachos.

Redwood encendió la luz en su cuarto; pegado á la ventana rota, por la cual penetraba el aire, ofrecía una silueta negra y extraña al polizonte que le vigilaba y que de vez en cuando entraba para aconsejarle que se acostara. Toda la noche la pasó Redwood en tal disposición contemplando las distintas coloraciones del cielo; y únicamente cuando empezó á amanecer, se rindió á la necesidad del descanso y se echó sobre la cama que le había preparado entre el pupitre y la chimenea, precisamente debajo del monstruoso cráneo del enorme paquidermo.

III

Treinta y seis horas permaneció Redwood en su prisión, apartado del gran drama que la gente minúscula realizaba contra los hijos del alimento.

De pronto se descorrió el férreo cortinón que separaba á Redwood del mundo, y el sabio se halló en medio de la lucha de un modo tan inesperado como repentinamente había quedado alejado de ella. Al caer la tarde Redwood se dirigió á la ventana atraído por el ruido de un coche que paró al pie de ella. Un joven bajó del coche y entró pocos momentos después en la habitación del prisionero. El visitante, que parecía tener treinta años de edad, estaba bien afeitado y bien vestido, y en sus maneras brillaba la distinción.

—Señor Redwood — dijo á éste. — ¿Consentiría usted en ver al señor Caterham? Necesita hablar á usted con suma urgencia.

—¿Necesita verme?

Esta pregunta ocupó un momento el espíritu de Redwood, que en aquel instante ni se atrevió á respirar. Vaciló, y luego con voz turbada añadió:

—¿Qué ha hecho de mi hijo?

Y esperó con anhelo la respuesta del joven.

—¿Su hijo de usted, caballero? Está bien...

Por lo menos, suponemos que está bien.

—¿Está bien?

—Ayer fué herido... ¿no oyó usted el fuego de la fusilería?

Redwood dejó á un lado toda clase de consideraciones y con voz, no ya temblorosa por el temor, sino vibrante de cólera, dijo:

—¡Sabe usted muy bien que yo no he oído nada ni sé nada!

—El señor Caterham temía... Fué un principio de alzamiento que nos sorprendió á todos... Y Caterham mandó custodiarlo á usted para salvarle de cualquier accidente...

—¡Me mandó prender para impedirme que avisara ó aconsejara á mi hijo!... Pero siga usted, refiérame todo lo sucedido. ¿Han logrado ustedes el éxito? ¿Han matado á todos los gigantes?

El joven dió unos pasos hacia la ventana, y volviéndose luego, dijo:

—No, señor.

—En ese caso ¿qué tiene usted que decirme?

—Que esta lucha no ha sido planeada por nosotros... Ellos la provocaron, porque nos encontraron completamente desprevenidos...

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Quiero decir, señor, que los gigantes se han sostenido, hasta cierto punto...

Todo cambió entonces para Redwood. Por un momento, algo parecido al histerismo dominó los músculos de su cara y de su cuello; luego exhaló un profundo suspiro. Su corazón saltaba de alegría.

—¡Los gigantes se han sostenido! — decía admirado.

—Ha sido una lucha horrible, una destrucción completa. ¡Todo ello basado en una horrible mala inteligencia! En el norte y en el centro de la capital los gigantes han sido muertos por todas partes.

—¿... aun luchan?

—No, señor. Ha habido una tregua.

—¿La pidieron ellos?

—No, señor. Caterham es quien ha pedido la suspensión de hostilidades. ¡Todo está basado en una mala interpretación! Por eso desea hablar con usted, y explicarle el caso... Los gigantes insisten en que intervenga usted...

Redwood le interrumpió, preguntándole:

—¿Sabe usted de cierto lo que le ha ocurrido á mi hijo?

—Ha sido herido.

—Cuénteme, cuénteme...

—El y la princesa llegaron antes de que el sitio del campamento de Cossar, que ya se preparaba, se hubiera establecido en forma. ¡Ya conoce usted el hoyo de los Cossar en Chiselhurst! Lle-

garon inesperadamente, abriéndose paso á través de la espesura inmensa de las encinas gigantes, por el lado del río, donde había una columna de infantería. Los soldados estaban nerviosos y la aparición de la pareja gigante les produjo cierto pánico...

—¿Y dispararon contra ella?

—No, señor, que huyeron en cuanto la vieron... Hubo soldados, sin embargo, que al huir dispararon, pero lo hicieron sin saber lo que hacían, locos, frenéticos, desobedeciendo las órdenes recibidas...

Redwood hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Es la verdad, señor! Pero la orden de no disparar no fué por el hijo de usted... no quiero engañarle; fué por la princesa...

—Eso es verdad — murmuró Redwood.

—Los dos gigantes siguieron corriendo y dando gritos hacia el campamento, y saltaron un vallado de zarzas del Boomfood. Los soldados corrieron de un lado para otro, y algunos empezaron á disparar... Dicen que le vieron dar un traspies... Pero nos consta que no está herido de gravedad, porque ha enviado un recado diciendo que se encuentra bien.

Redwood se quedó un minuto con los brazos fuertemente cruzados y la mirada fija, como queriendo digerir lo que había oído. Su indignación encontró al fin palabras, y dijo:

—¿Han sido ustedes unos imbéciles al hacer lo que han hecho! Han echado mal sus cuentas y lo han estropeado... Y de los demás, ¿qué ha sido de los demás?

—¿Los otros gigantes? Trece de ellos han muerto, y algunos han sido heridos.

—¿Y el resto de los hijos del alimento?—dijo Redwood anhelante.

Algunos volvieron al campamento durante la lucha... Al parecer, sabían...

—¡Claro que lo sabían! ¡Si no hubiera sido por Cossar los hubieran ustedes exterminado á todos! Y Cossar, ¿está allí?

—Sí, señor... Y allí están, de igual modo, todos los gigantes que han sobrevivido... Los que no pudieron llegar al campamento durante la lucha, irán ahora á él acompañando á la bandera de suspensión de hostilidades.

—¿Eso significa — dijo Redwood, — que han sido ustedes derrotados, que han sido vencidos!

—No señor, eso no es cierto; no hemos sido vencidos; pero los hijos de usted han faltado á las leyes de la guerra dos veces, una la noche última y otra ahora: después de haber suspendido nosotros las hostilidades, han empezado ellos esta tarde á bombardear á Londres.

—Es muy justo.

—Han bombardeado á Londres con proyectiles envenenados.

—¿Envenenados?

—Sí, envenenados; sus proyectiles esparcen partículas del terrible alimento.

—¿De heracleoforbia?

—Sí, señor; y por eso el señor Caterham desea hablar con usted.

—¡Están ustedes vencidos! — exclamó con regocijo Redwood. — Naturalmente, con eso los derrotan á ustedes. ¿Qué van ustedes á hacer ahora, ¿qué esperan conseguir ya? Van ustedes á respirar el alimento hasta en el polvo de las calles. ¿A qué luchar más? Son las consecuencias de la guerra. ¿Y ahora quiere Caterham que le ayude yo? ¿Y para qué he de ayudarle yo? ¿por qué he de intentarlo siquiera?

El joven le escuchó con atención.

—Lo cierto es, señor — dijo por fin, — que los gigantes le piden á Caterham que los deje hablar con usted; no tienen otro embajador, y si usted no se acerca á ellos, me temo que el derramamiento de sangre sea mayor.

—De parte de ustedes, quizá.

—De ambas partes: el mundo está resuelto á poner fin á este estado de cosas.

Redwood dirigió una ojeada á su gabinete de estudio y su mirada se detuvo en el retrato de su hijo. Al volverse, tropezó con la mirada suplicante del joven, á quien dijo por último:

—Bien: acudo. Dígame usted al señor Caterham, que sí, que iré á verle.

IV

No correspondió la entrevista entre Redwood y Caterham á lo que aquél esperaba: dos veces únicamente había visto á Caterham, una de ellas en un banquete, y la otra en el vestíbulo de la Cámara de los Comunes. No se había dado cuenta del político, tal como era en sí, sino como lo pintaban los periódicos y los caricaturistas; considerábalo el legendario Caterham, el Jack matador de gigantes, el Perseo maravilloso de su tiempo: la personalidad humana se había borrado ante la grandeza de la fábula. El rostro que Redwood vió ante sí, era el de un hombre agotado por el insomnio y la fatiga, el de un hombre arrugado, amarillento y de labios decaídos: conservaba inalterables el color de los ojos y del pelo y el aguilón perfil del gran demagego; pero se adivinaba que sufría mucho y que estaba influido por un peso abrumador.

Reveló desde los primeros momentos el predominio de sí mismo, pero demostró luego con un sólo gesto que se sostenía artificialmente, pues

llevó dos dedos al bolsillo del chaleco y se llevó sin disimulo una pastilla á los labios, y sin embargo, no obstante los trabajos y las preocupaciones que le agobiaban, de los hechos que pregonaban su error y de tener doce años menos que Redwood, su cualidad peculiar, que, á falta de mayor nombre, llamáronos *magnetismo personal*, seguía preponderando en él y lo había conducido al gran desastre á que había llegado.

Caterham dominaba á Redwood según el sesgo dado á la conversación, puesto que determinaba como la cosa más natural, toda la fase, el tono y el carácter de la entrevista. Las esperanzas de Redwood desaparecieron en presencia de Caterham. Antes de que Redwood tuviera tiempo de rechazar la familiaridad, aquel le había dado un apretón de manos y elevó el tono de la conferencia, haciéndolo seguro y claro, como del que busca salida ante una catástrofe ordinaria. Si se equivocaba alguna vez era porque le dominaba el cansancio y le arrastraba la costumbre de hablar en público. Entonces, se erguía, y olvidándose de Redwood empezaba á hablar y á justificarse. Una vez se le escapó un «Señores». Peroraba largo y tendido, sosegada é imperturbablemente, y hubo momentos en que Redwood dejó de creerse un interlocutor y se creyó convertido en auditorio de un monólogo.

El químico tuvo el privilegio de ver un fe-

nómeno extraordinario: observó cierta diferencia específica entre su persona y la de aquel otro hombre que con su hermosa voz le envolvía, hablando sin cesar. Redwood notó que era poderosa y limitada á la vez la inteligencia de Caterham. La energía arrebatadora de éste, su fuerza personal y su olvido completo de ciertas cosas, le sugirió á Redwood una imagen extraña, la de que su antagonista, en vez de ser un hombre como él, un hombre moralmente responsable de sus actos y á quien se pudieran dirigir reflexiones razonables, era algo muy parecido á un rinoceronte, como si dijéramos un rinoceronte civilizado, engendrado en las selvas de la democracia, un monstruo de irresistible ímpetu y de resistencia invulnerable. Redwood resultaba abrumado en las teorías de aquella enredada madeja.

Aquel hombre estaba admirablemente dispuesto para abrirse camino entre las multitudes humanas. Para él no había falta tan importante como la contradicción de sí mismo, ni ciencia tan esencial como la conciliación de intereses encontrados. Las realidades económicas, las necesidades topográficas, hasta el manantial de expedientes científicos apenas investigados, existían para él, como para su prototipo animal existen los ferrocarriles, las escopetas, la literatura ó la geografía. Para él no había sino reuniones políticas, juntas electorales y votos; sobre todo votos. Ca-

terham era la encarnación de los votos, de millones de votos.

Y en aquella gran crisis que había destrozado, pero no vencido á los gigantes, Caterham hablaba. ¡Era tan evidente que le quedaba aun mucho que aprender! Caterham no sabía que hay leyes físicas y leyes económicas, y cantidades y reacciones que todos los votos de la humanidad no pueden destruir, y que no se desobedecen sino á costa de la propia destrucción; él no sabía que hay leyes humanas que la fuerza de la ilusión óptica no llegará á vencer, y que si llegaran á ser dominadas, sería únicamente para volver luego á ejercer su influjo con más violencia. ¡Ante una bala de cañón ó en el día del juicio final, Caterham se cobijaría detrás de algún voto de la Cámara de los Comunes, curiosamente amañado!

Lo que más preocupaba su imaginación no eran las fuerzas que invadían la fortaleza del Sur, ni la derrota, ni la muerte, sino el efecto que esto produciría en la mayoría, que era el objeto principal de su vida. ¡Tenía, por lo tanto, que destruir á los gigantes ó hundirse! Y no estaba completamente seguro de no conseguirlo: en aquella hora de desastre completo, con sus manos teñidas en sangre, y esperando aún mayores estragos, se sentía capaz de conseguir con el sólo esfuerzo de su voz y de su dialéctica, la recons-

titución de su poder. Estaba, es verdad, algo perplejo y agobiado, algo cansado y abatido; pero, con tal de poder sostenerse y seguir perorando, de seguir hablando...

Mientras hablaba, le parecía á Redwood que Caterham avanzaba y retrocedía, que se dilataba y contraía, y la parte del sabio químico en el discurso se reducía á introducir subrepticamente y á manera de cuñas, algunas de estas frases: *¡Todo eso es un disparate! ¡No! ¡Es inútil pensar en eso! ¿Por qué empezó usted?*

El discurso de Caterham envolvía preguntas y exclamaciones como un torrente envuelve las rocas que le cierran el paso. Allí estaba aquel hombre increíble en su despacho oficial, hablando, hablando con inmensa fuerza y habilidad, hablando incesantemente; como si una pausa en su peroración, una interrupción en sus explicaciones, en la presentación de sus principios y miras, ó en sus consideraciones, y expedientes, pudiera dar entrada á algo antagónico; allí estaba entre los mustios esplendores de su despacho ministerial, en el cual hombre tras hombre habían sucumbido. Desde fuera y obscureciendo la estancia, una sola hoja de enradadera gigante de Virginia golpeaba los cristales.

A medida que hablaba Caterham, aumentaba en Redwood la certeza de su estúpida puerilidad. ¿Se daba aquel hombre cuenta de que mientras

él hablaba sin cesar, todo aquel mundo grande estaba en movimiento? ¿No veía que la ola invencible de grandeza subía cada vez más, y que lo que necesitaba era tiempo y armas, y no discusiones parlamentarias ni votos de censura?

Redwood ansiaba que terminase aquel pasmoso monólogo y escapar á donde hubiera salud y juicio, hacia el sitiado campamento, hacia aquella fortaleza del porvenir en que se habían reunido los hijos de la heracleoforbía. Por esto, sufría el chaparrón de palabras huera y tontas; pero se apoderaba de él la extraña sensación de que si no terminaba pronto aquel monólogo, este le arrastraría, y se vería precisado á luchar con la voz de Caterham del mismo modo que se lucha con una droga. Pero los hechos se habían alterado y seguían alterándose bajo el hechizo de la voz del hábil político. Y ¿qué decía aquel hombre? Hablaba de homicidio. ¿Y luego? Luego, proponía un convenio: proponía que los hijos del alimento que hubiesen sobrevivido capitulasen y se fueran á formar lejos, muy lejos, una comunidad separada y propia.

—¿Dónde? — le interrumpió Redwood dejando y prescindiendo de argumentos.

Caterham se agarró á la concesión tácita que envolvía aquella pregunta; volvió los ojos á Redwood y su voz tomó cierto tinte de persuasiva realidad:

—Ya se determinará, eso es una cuestión secundaria.

Luego, siguió estipulando condiciones.

—Y fuera de ellos y del sitio en donde ellos estén, debemos tener dominio absoluto. ¡El alimento y todos sus frutos tienen que ser destruidos!

Redwood, ya dentro de la negociación, preguntó:

—¿Y la princesa?

—Esa es cosa aparte — replicó Caterham.

—No — respondió Redwood luchando por recobrar el terreno perdido. — ¡Sería un absurdo!

—De eso trataremos más adelante... Hemos quedado, de todos modos, en que la fabricación del alimento ha acabado de una vez...

—Yo no he quedado en nada — replicó Redwood.

—Pero, ¿cómo ha de haber en un planeta dos razas, una grande y otra pequeña? — dijo Caterham con gran energía. — Porque si ahora, con ese terrible invento de usted llegara á desarrollarse una raza de gigantes que aumentaran y se multiplicaran y quisieran invadirlo todo y ahogarnos á los que por tradición, por fuerza lógica é indiscutible, tenemos derecho á la libertad y á la vida, yo le aseguro á usted que pondría de mi parte todos los medios conocidos para impedirlo... Por lo pronto, si los hijos de la heracleoforbía no aceptan los términos de la proposición

13. — TOMO II.

que ahora mismo voy á hacer á usted para que la trasmita á aquellos monstruos, daré orden á todas las tropas de que dispone la nación para que se pongan en campaña y se lancen al exterminio de los ensoberbecidos gigantes. ¡Figúrese usted el espectáculo de un cuerpo de ejército, fuerte, organizado, disciplinado, dedicado á la destrucción! Pues he ahí el cuadro, el aspecto que ofrecerá nuestra lucha con los hijos de Boomfood. Porque habrá guerra, ¡sí, la habrá, con terribles combates, con enorme carnicería, y con derramamiento de sangre desconocido hasta ahora en la Historia! ¡A la grandeza del enemigo corresponderá la grandeza de los medios que se emplearán para exterminarlo!

— ¡Yo no vengo á discutir — contestó Redwood. — Yo quiero estar al lado de los gigantes, yo necesito ver á mi hijo... Por eso he aceptado hablar con usted...

Caterham empezó otro discurso referente á los términos del pacto que deseaba hacer. A los hijos del alimento se les entregaría un gran terreno en la América del Norte ó acaso en Africa, donde pudieran terminar su vida, á su gusto y manera.

— ¡Pero eso es un disparate! — observó Redwood. — Porque no es sólo en Inglaterra donde hay gigantes. Ya los hay también en el extranjero, por toda Europa...

— Haríamos un convenio internacional, cosa no imposible... Ya se ha hablado de ello... En el terreno que se les adjudicara, podrían vivir á su gusto esos monstruos, y hacer lo que quisieran y como lo quisieran. Pueden vivir contentos... ¡Figúrese usted!... ¡Y así salvaremos el mundo, señor mío! ¡Sí, lo salvaremos de las horribles consecuencias de ese terrible descubrimiento! Aun hay tiempo para que podamos armonizar la conveniencia con la compasión: aun estamos quemando hoy y cauterizando los sitios donde cayeron ayer las bombas, pero ya lo dominaremos todo... Confíe usted en mí y verá cómo acabamos con la anormalidad sin recurrir á la crueldad ni á la injusticia.

— Pero — dijo Redwood, — supongamos que los hijos de la heracleofobia no se avienen con esas resoluciones...

Caterham miró de frente al sabio por primera vez, y dijo:

— Se les obligará á ello.

— No creo que acepten.

— ¿Por qué no han de aceptar? — preguntó Caterham con asombro.

— Suponga usted que no quieren...

— Pues habrá guerra. Esto no puede seguir así; de ningún modo podemos consentirlo. Pero ¿no tienen ustedes imaginación los hombres de ciencia? ¿no tienen compasión del prójimo? No podemos consentir que un puñado de monstruos

y de grandezas enormes producidas por el alimento de ustedes, aplaste á nuestro mundo, no señor, ni lo podemos ni lo queremos consentir; y tenga usted en cuenta que lo ocurrido no ha sido más que la iniciación, una simple escaramuza, una cuestión de policía nada más, y que detrás de nosotros están la nación y la humanidad entera: si han muerto miles de personas, aun quedan millones: debe usted convencerse de que acabaremos con sus enormes hijos, y si abriga usted lá pretension de que dos docenas de gigantes van á bastarse para resistir á todos los elementos de nuestro pueblo y de todos los demás pueblos que se aliarán y vendrán á ayudarnos; si piensa usted que podrá cambiar la humanidad y la humana naturaleza...

Extendió el brazo y añadió:

—En ese caso, puede usted marcharse con ellos; váyase usted con ellos.

—Es precisamente lo que deseo.

Así terminó la conferencia.

La ostentación había terminado, y el orador, pareció contraerse en el acto, hasta convertirse de nuevo en el hombre de cara amarillenta, exhausto, de estatura mediana y de edad regular.

Se adelantó dos pasos como si se saliera de un cuadro, y con la pretensión de franca amabilidad de que dan muestra todos los políticos cuando tratan de resolver los conflictos públicos, extendió la mano á Redwood.

CAPITULO V

EN EL CAMPO DE LOS GIGANTES

I

Poco tiempo después, se encontró Redwood en el tren que se dirigía al Sur atravesando el Támesis. Tuvo una vaga visión del río, en que se reflejaban millares de las luces y del humo que se elevaba en el sitio en que había caído la bomba hacia la orilla del Norte, donde esperaba gran número de hombres dispuestos para quemar la heracleofobia del suelo. La orilla Sur estaba sumida en la obscuridad; por razones especiales ni siquiera estaban alumbradas las calles, y únicamente se veían las líneas de las torres de alarma contra-incendios y contra las ratas gigantes, y los hacinamientos que formaban los edificios.

Después de observar un instante, Redwood se puso de espaldas á la ventanilla y quedó meditabundo. No tenía ya nada que hacer, ni que ver hasta que hablara con los hijos del alimento; las angustias y las emociones de los días pasados

y de grandezas enormes producidas por el alimento de ustedes, aplaste á nuestro mundo, no señor, ni lo podemos ni lo queremos consentir; y tenga usted en cuenta que lo ocurrido no ha sido más que la iniciación, una simple escaramuza, una cuestión de policía nada más, y que detrás de nosotros están la nación y la humanidad entera: si han muerto miles de personas, aun quedan millones: debe usted convencerse de que acabaremos con sus enormes hijos, y si abriga usted lá pretension de que dos docenas de gigantes van á bastarse para resistir á todos los elementos de nuestro pueblo y de todos los demás pueblos que se aliarán y vendrán á ayudarnos; si piensa usted que podrá cambiar la humanidad y la humana naturaleza...

Extendió el brazo y añadió:

—En ese caso, puede usted marcharse con ellos; váyase usted con ellos.

—Es precisamente lo que deseo.

Así terminó la conferencia.

La ostentación había terminado, y el orador, pareció contraerse en el acto, hasta convertirse de nuevo en el hombre de cara amarillenta, exhausto, de estatura mediana y de edad regular.

Se adelantó dos pasos como si se saliera de un cuadro, y con la pretensión de franca amabilidad de que dan muestra todos los políticos cuando tratan de resolver los conflictos públicos, extendió la mano á Redwood.

CAPITULO V

EN EL CAMPO DE LOS GIGANTES

I

Poco tiempo después, se encontró Redwood en el tren que se dirigía al Sur atravesando el Támesis. Tuvo una vaga visión del río, en que se reflejaban millares de las luces y del humo que se elevaba en el sitio en que había caído la bomba hacia la orilla del Norte, donde esperaba gran número de hombres dispuestos para quemar la heracleofobia del suelo. La orilla Sur estaba sumida en la obscuridad; por razones especiales ni siquiera estaban alumbradas las calles, y únicamente se veían las líneas de las torres de alarma contra-incendios y contra las ratas gigantes, y los hacinamientos que formaban los edificios.

Después de observar un instante, Redwood se puso de espaldas á la ventanilla y quedó meditabundo. No tenía ya nada que hacer, ni que ver hasta que hablara con los hijos del alimento; las angustias y las emociones de los días pasados

le habían fatigado bastante; en un principio, le pareció que su ánimo estaba abatido; pero, después de refrigerarse con una taza de café bien cargado, sus pensamientos fueron más claros y más precisos. Su memoria pasó revista á los acontecimientos de aquellos días, y haciendo un esfuerzo ahogó el recuerdo de todo lo que había sabido y volvió al curso de sus ideas, á las grandes contingencias con que se veía entretendida su propia vida de un modo extraño. Repasó de nuevo, y ahora á la luz de los hechos consumados, la manera en que el alimento había penetrado en el mundo y el enorme desenvolvimiento que había llegado á alcanzar. «¡Y Bensington creyó que sólo sería un buen alimento para la infancia!» murmuraba Redwood y sonreía inconscientemente. Luego, recordó sus dudas horribles cuando intentó administrárselo á su propio hijo. Desde entonces, con una fuerza de expansión constante y á pesar de los esfuerzos de los hombres para impedirlo, el alimento había conseguido desarrollarse por todo el mundo conocido. «¿Y ahora, qué sucederá?», se preguntaba el sabio. Y se contestaba á sí propio: «Aunque los maten á todos, la cosa ya está hecha».

El secreto de la fabricación era ya conocido universalmente: Redwood se había cuidado de hacerlo público. Y las plantas, los animales y una multitud de niños, creciendo de un modo exage-

rado, conspiraban incesantemente para obligar al mundo á someterse al alimento, sucediese lo que sucediera en la lucha ya entablada.

—¡La cosa está hecha! — repetía Redwood sonriente, mientras su espíritu vacilaba, no obstante los esfuerzos que hacía para fijarlo en la suerte de su hijo y de todos los gigantes. ¿Los encontraría extenuados por los esfuerzos hechos en la batalla, heridos, hambrientos, casi derrotados, ó seguirían fuertes, animosos y dispuestos al conflicto aún más pavoroso del mañana? ¿Los hallaría preparados á hacer frente á las tropas que Caterham amenazó enviar contra ellos? ¿Sería cierto el hecho que llegó hasta sus oídos de que los gigantes se habían apoderado de los acorazados de la escuadra que anclada en el puerto y que los rodearon por las bordas de grandes maderos producto de la heracleoforbia para ayudarles á sostener el peso de mayor número de cañones del que ya montaban, cañones de que se hicieron dueños entrando violentamente en los arsenales y parques de artillería y asustando con su presencia al personal de dichos establecimientos?

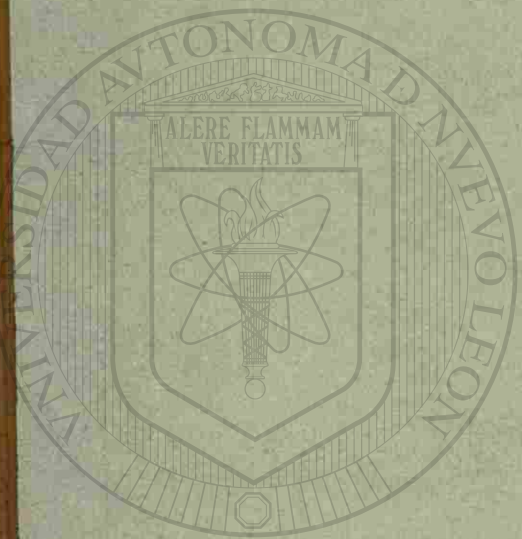
Redwood conocía algunos de los preparativos de Cossar, pero no todos, y no sabía hasta qué punto estarían los gigantes dispuestos á resistir las órdenes de Caterham. Durante un rato, abrigó resentimientos contra Cossar. Luego, tuvo que admitir que los preparativos para la resistencia ha-

brían sido hechos simultaneamente y hacía tiempo. Redwood no ignoraba tampoco que Cossar sentía desprecio hacia él cuando trataba de asuntos relacionados con la conducta y los negocios. Pensando esto, las ideas de Redwood cambiaron de dirección de un modo extraño. Encontróse él en un platillo de la balanza, se figuró á su amigo en el otro y se sintió algo envidioso y hasta cierto punto resentido. ¿Por qué, al final, habían caído las cosas en manos de Cossar? El alimento era cosa suya y de Bensington: Cossar estaba al tanto de él por casualidad, y ahora parecía ser dueño de él. Luego comparó á los hijos de Cossar con el suyo.

Pero volvió á la ansiedad que lo dominaba ¿cómo estarían los gigantes sitiados en su campamento?



Los hijos de Cossar



II

Al detenerse el tren en la estación de Chiselhurst se distrajo de sus reflexiones. Reconoció el sitio en que estaba por el torreón de alarma que coronaba la cumbre de Caiden Hill, erigido con ocasión de las ratas inmensas, y por la valla gigantesca en flor que limitaba por ambos lados el camino. El secretario particular de Caterham se apeó del otro coche y le dijo que la vía estaba levantada una media milla más adelante, y que opinaba que debían seguir en automóvil.

Redwood bajó en el andén, alumbrado sólo por un farol de mano, y sintió el fresco de la brisa de la noche. El silencio de aquel arrabal deshabitado, lleno de árboles y de hierbas, cuyos habitantes se habían refugiado en Londres al surgir el conflicto, le impresionó mucho; su guía le llevó, escaleras abajo, hasta donde estaba el automóvil con sus grandes faroles encendidos, únicas luces que se veían, y después de recomendarlo al chauffeur, se despidió de él.

—Haga usted todo lo posible en beneficio nuestro — le dijo, apretándole la mano.

Una vez acomodado Redwood, avanzó el automóvil lentamente. Descendieron por el declive de la estación, dieron vuelta á dos esquinas, una tras otra, y siguieron el camino por entre muchos hoteles hasta entrar en la carretera, en donde el automóvil aceleró la marcha hasta tomar la máxima velocidad, hundidos en las tinieblas de la noche. No se oía absolutamente nada, y todo parecía volar al lado suyo. Los hoteles, cerrados y abandonados, le hacían el efecto de un solemne desfile de cráneos. El chauffeur parecía haber perdido el habla, ó tal vez le hubieran impuesto el silencio como condición del viaje, porque á las preguntas que Redwood le hizo, contestó con ásperezos monosílabos.

A través del cielo, por la parte del Sur, cruzaban como relámpagos los haces de luz de los reflectores eléctricos, únicos testimonios de vida en aquel mundo abandonado que el automóvil cruzaba á gran velocidad. Después quedó obscurecido el camino por la sombra que proyectaba el endriño gigante que crecía á uno y otro lado de la carretera y por hierbas enormes, matas monstruosas y ortigas tan altas como árboles que casi formaban toldo. Pasado ya Keston, llegaron á una colina, y el chauffeur refrenó la marcha del automóvil; este se detuvo al llegar á la cumbre y resolló de una manera ruidosa.

—¿Allí? — preguntó el conductor señalando

con el índice enguantado, una forma negra y monstruosa.

Allí, á lo lejos, donde él señalaba, elevábase á grande altura el terraplén, iluminado por los haces de luz de los reflectores, haces de luz que atravesaban las nubes y se derramaban por el suelo montuoso como fantásticos engendros.

—¿Allí? — volvió á preguntar el chauffeur, demostrando que tenía miedo en proseguir la marcha.

La luz de un reflector pareció descender desde las nubes hasta ellos súbitamente; pero se detuvo como si se hubiera quedado petrificada la mano que lo movía. Los dos viajeros seguían sentados, tapándose los ojos con las manos para amortiguar los efectos de la luz al mirar por entre los dedos.

—¡Adelante! — exclamó Redwood.

El conductor dudó y volvió á preguntar:

—¿Hacia allí?

Por último se decidió á avanzar, y dijo:

—Pues allá vamos.

La máquina se puso otra vez en movimiento, perseguida sin cesar por aquella especie de ojo gigantesco. Redwood creyó por algún tiempo que habían dejado el mundo y que atravesaban por nubes luminosas con palpitante velocidad.

La máquina seguía haciendo ¡Taf, taf!

El conductor, cediendo tal vez á un impulso nervioso, hacía sonar la bocina á cada instante.

Entraron en la obscuridad de una vereda cubierta por alta empalizada, bajaron luego á una hondonada, y después de pasar por enfrente de algunas casas se vieron otra vez enfocados por la luz.

Durante un buen trecho, el camino siguió descubierto. Atravesaron una duna y pareció como que quedaban temblorosos y suspendidos en la inmensidad. Cruzaron de nuevo por entre matas monstruosas, y se vieron de repente en presencia de un gigante cuyas piernas brillaban á la luz del reflector, y cuyo busto y cuya cabeza iban á esconderse en las oscuras profundidades del cielo.

—¿Quién va? — gritó el gigante. — ¡Alto! Aquí se acaba el camino...

Pero, al reconocer á la persona que llegaba, dijo admirado:

—¡Es nuestro padre Redwood!

Este se puso en pie y exhaló un grito por toda contestación. Inmediatamente vió á Cossar á su lado, que le asía de las manos y le sacaba del automóvil.

—¿Qué le pasa á mi hijo? — preguntó Redwood.

—Está bien — contestó Cossar. — No le ocurre nada grave.

—¿Y los hijos de usted?

—Bien... ¡Todos están bien! ¡Pero no ha sido poco lo que hemos tenido que hacer para conseguir tal resultado!

El gigante hablaba entre tanto con el conductor. Redwood se apartó para dejar que el automóvil diera la vuelta, y de repente desaparecieron delante de sus ojos Cossar y todo cuanto había visto, y se encontró, durante un rato, en la más profunda obscuridad. La luz seguía al vehículo alumbrándole hasta la colina de Keston. Redwood se quedó contemplando al automóvil envuelto en un nimbo de luz deslumbradora: hacía un efecto extraño, pues no parecía moverse, sino que lo que se movía era la luz. Un numeroso grupo de gigantes de aspecto belicoso apareció haciendo extrañas gesticulaciones, para desaparecer nuevamente en las nieblas de aquella noche. Después volvió á ver la silueta de Cossar, y se agarró fuertemente á la mano del ingeniero.

—Me han tenido encerrado y sin saber lo que pasaba, dos días mortales — dijole al fin.

—¡Hemos disparado alimento contra ellos! — contestó Cossar. — ¡Les hemos dirigido treinta disparos!

—Yo vengo de ver á Caterham.

—Ya lo sé — contestó Cossar riéndose pero demostrando cierta amargura.

III

—¿Dónde está mi hijo? — preguntó Redwood con la insistencia del hombre que no sale de un tema.

—Está bien, ya se lo he dicho á usted... Los gigantes esperan el mensaje que usted les trae de parte de Caterham.

—Bien... Pero antes quisiera ver á mi hijo.

Cossar lo condujo por un túnel larguísimo, que se iluminaba de rojo un momento para volver á obscurecerse: luego llegaron á un hoyo, refugio que se habían preparado los gigantes. La impresión primera que tuvo Redwood fué la de hallarse en un inmenso circo rodeado de altísimas rocas y cuyo suelo estaba cubierto de cosas que no podía distinguir. Todo hallábase en tinieblas: la luz de los reflectores del vigía pasaban por encima continuamente y á gran altura; de un lejano rincón donde dos gigantes trabajaban haciendo ruidos metálicos, partía un llamear rojizo.

Por fin, los ojos del sabio vieron, á medida que la luz iba dando la vuelta, los contornos de los antiguos techos de las habitaciones que sirvieron para talleres y juegos á los gigantes, que parecían destinados á la reparación de los desperfectos que en aquella construcción habían producido los ca-

ñones de Caterham. Veíanse también en lo alto inmesas baterías y grandes montones de cilindros que tal vez fueran municiones. En todo el ancho espacio inferior se dibujaban las siluetas de enormes máquinas de formas incomprensibles, en completo desorden. Los gigantes aparecían y desaparecían entre aquellas moles, á la indecisa luz; eran como inmensas figuras que armonizaban con las cosas entre las cuales se movían. Algunos trabajaban activamente; otros estaban sentados, y los menos echados como queriendo dormir. El más cercano á Redwood, cuyo cuerpo estaba vendado, aparecía profundamente dormido, acostado sobre un tosco lecho de ramas de pino. El sabio químico examinó aquellas vagas formas, y dirigió con avidez la vista de un cuerpo á otro.

—¿Dónde está mi hijo? — preguntó nuevamente.

Entonces, le vió: estaba sentado á la sombra de una muralla de acero. Le reconoció por la actitud, pues todas sus facciones permanecían invisibles y su figura no formaba sino una masa negra. Apoyaba la cabeza en una mano, y estaba como abatido, como absorto en sus hondas meditaciones. Junto á él vió Redwood á la princesa formando otra masa negra, y cuando la vacilante luz la iluminó un instante vió la dulce y melancólica fisonomía de la joven. La princesa estaba en pie apoyando sus manos en la muralla de acero,

mirando á su amante y hablándole en voz baja.

Redwood trató de acercarse á ellos, pero Cossar lo impidió diciéndole:

—Luego les hablará usted. Antes que nada el mensaje.

—Sí, pero...

Al ver que su hijo levantaba la cabeza, dejó de hablar. Aquel y la princesa hablaban: ella se inclinó hacia él y miró en torno suyo.

—¿Y si nos vencen?—dijo el joven Redwood.

Ella se calló, y cuando la luz la bañó de nuevo, tenía humedecidos los ojos por las lágrimas. Había en la conducta de los dos jóvenes algo tan íntimo y secreto, y algo tan íntimo también en su conversación misteriosa, que Redwood, que no hacía sino pensar en su hijo en aquellos dos últimos días, se halló cortado y comprendió la diferencia que hay de ser padre á ser hijo y el absoluto predominio del futuro sobre el pasado. El no representaba papel alguno entre aquellos dos seres, y volviéndose hacia Cossar, le dijo súbitamente:

—Vamos al mensaje.

Era tan grande el sitio aquel y estaba ocupado por tantas cosas, que Cossar y Redwood tuvieron que seguir una marcha larga y tortuosa para llegar á otro sitio en que poder hablar de modo que todos le oyeran.

Tomaron por un camino hondo por debajo de

un arco de aquella maquinaria enorme y llegaron á una senda que atravesaba el fondo del hoyo; dicha senda, aunque bastante ancha, era estrecha relativamente para el paso de los gigantes, por contribuir, á pesar de ello, á demostrar á Redwood su insignificante pequeñez, pues parecía un desfiladero abierto en las rocas. Por encima y á inmensa altura, veíase pasar y repasar la luz de los reflectores. Sonaban arriba voces gigantescas convocando á los gigantes á consejo para oír las proposiciones de Caterham. El desfiladero iba descendiendo hacia la oscura inmensidad por entre sombras, misterios y cosas incomprensibles, y en tanto que Redwood lo seguía con paso torpe y vacilante, Cossar iba por él con paso firme y seguro.

Entraron, por último, en el seno de las tinieblas. Cossar cogió á Redwood de la mano y ambos marcharon entonces lentamente.

—¡Qué extraño es todo esto! — murmuró el químico.

—¡Es grande, muy grande! — dijo Cossar.

—Pero más extraño es que me cause á mi asombro, siendo yo en cierto modo el generador de ello.

Guardó un corto silencio pensando en lo que significaba allí, entre tantas grandezas, y luego dijo:

—¡Y haber dejado pasar los años sin pensar!

14. — TOMO II.

en esto! Ahora veo que esto es una generación nueva con emociones y necesidades nuevas. ¡Todo esto es juventud! — y Cossar le vió señalar las cosas maravillosas que les rodeaban, pero no contestó.

Los pasos irregulares de ambos retumbaban en la obscuridad de la noche. Redwood prosiguió.

—Todo esto es juventud, pero no la nuestra, Cossar: de esta no hacen ellos caso: empiezan en conformidad con sus propias ideas y sus propias emociones, según su experiencia y de una manera especial. Hemos creado un mundo y no nos pertenece... Este gran espacio...

—Lo he planeado yo.

—¿Y ahora?

—Lo he cedido á mis hijos.

—Justo ¿y nosotros hemos pasado ya, hemos terminado?...

—Es natural que hayamos pasado y que hayamos terminado ¿qué duda cabe? A cada hombre su tiempo. Ahora ha empezado el de estos jóvenes. El que hayamos hecho nosotros un mundo nuevo no quiere decir que estemos en condiciones de vivir en él; somos como la cuadrilla de cavadores que una vez terminado el trabajo, se larga y deja el campo. ¿Lo ve usted? Expressimos nuestros pequeños cerebros y nuestras diminutas emociones, para que los que vengan después empiecen desde el principio... ¡Siempre lo nuevo!

IV

Emprendieron otra vez la marcha, y después de dar muchas vueltas y de subir unos cuantos escalones, llegaron á un saliente desde donde se dominaba la parte más extensa del hoyo de los gigantes y desde donde se suponía que Redwood podría hacerse oír de toda la asamblea. Los gigantes se hallaban reunidos y colocados á diferentes alturas para escuchar mejor el mensaje que el sabio les traía. El hijo mayor de Cossar estaba en el borde superior, vigilando el campo con los reflectores, por temor de que el enemigo violara el armisticio. Los que trabajaban en el rincón se hallaban iluminados por su propia luz; estaban casi desnudos y volvían la cara hacia Redwood, pero sin descuidar las obras de fundición, á que tenían que atender. Los gigantes tenían la menor cantidad posible de luz en el hoyo para que sus ojos estuvieran dispuestos á distinguir enseguida cualquier fuerza que quisiera atacarles de improviso; pero, de vez en cuando, algún rayo de luz daba en uno de aquellos grupos de formas inmen-

sas, y permitía distinguir á los gigantes de Sunderland, vestidos con placas de metal ó de cuero, con mallas de cuerda ó tejidos de metal, según sus condiciones individuales. Estaban sentados unos entre las máquinas, apoyándose en ellas, y otros, en pie y apoyándose en armas y aparatos tan poderosos como ellos mismos, y sus ojos expresaban firmeza y admiración.

Redwood quiso hablar y no pudo; pero vió la cara de su hijo entre las llamas del fuego, y observó que aquél le miraba con ternura y energía al mismo tiempo, y entonces encontró la voz firme y segura que antes le había faltado, voz que llegó hasta todos los gigantes.

—Vengo de parte de Caterham — dijo Redwood, — y me ha encargado que los vea á ustedes y que les comunique las proposiciones que les hace.

Calló un momento, y añadió:

—¡Son proposiciones inadmisibles! Ahora que los veo á ustedes aquí reunidos, comprendo que son inadmisibles... Pero he venido porque necesitaba verlos á ustedes y á mi hijo... En fin, escuchen ustedes lo que propone Caterham. Quiere que salgan ustedes de aquí y que se vayan á otra parte.

—¿Adónde?

—¡Ni él mismo lo sabe! Me indicó vagamente que debían ustedes ir á alguna región del

mundo, muy apartada... Exige que no fabriquen ustedes más alimento, que no tengan hijos, y que vivan ustedes á su modo el tiempo que les quede de vida hasta que terminen para siempre.

Redwood se detuvo.

—¿Y eso es todo? — preguntaron los titanes.

—Sí, todo.

Reinó un silencio profundo. Redwood se sentó entonces en la silla que le habían llevado, silla que parecía un curioso juguete entre las inmesidades allí amontonadas. Cruzó el sabio una pierna sobre otra, y agarrándose nerviosamente una bota, se sintió pequeño y presuntuoso y se vió colocado en una posición absurda; pero al oír el sonido de una voz, volvió á olvidarse de sí mismo.

—¡Ya lo habéis oído, hermanos! — dijo una voz saliendo de entre las sombras.

Otra voz contestó:

—¿Qué vamos á contestar, hermanos?

—¡Que no, que no!

—¿Y luego?

Reinó por algunos segundos el silencio, hasta que una voz dijo:

—¡Esas gentes pigmeas tienen razón! Han estado en lo cierto, según ellas, al destruir todo lo que era mayor que su especie, ya hayan sido plantas, animales ó cualquier otra cosa que haya rebasado lo común de su magnitud: han estado en su derecho al asesinarlos, como lo están tam-

bién al exigir que no nos casemos. Repito que, desde su punto de vista, tienen razón: saben, y ya es tiempo de que también nosotros lo sepamos, que no puede haber gigantes y pigmeos en un mismo planeta. Caterham lo ha dicho repetidas veces: «¡O el mundo es nuestro ó es de ellos!»

—Ahora somos escasamente medio centenar de personas — dijo otro de los gigantes, — y ellos son millones y millones...

—Entonces, ¿no nos queda otro recurso que morir? — arguyó uno.

—¡Dios no lo permita!

—¿Han de morir ellos?

—Tampoco.

—Pues Caterham quiere que den fin nuestras vidas, muriendo uno tras otro hasta que solo quede uno, y cuando ese también haya muerto, exterminar todas las plantas y yerbas gigantes, acabar con todo lo grande, cauterizar con el fuego los rastros y huellas del alimento, en una palabra, acabar para siempre con todo lo grande. Entonces, se encontrará el mundo pigmeo en salvo, seguirá viviendo su mísera vida de enano, con sus mezquinas pasiones, con sus inacabables guerras que van mermando el exceso de población... ¡Hermanos, ya sabemos lo que debemos hacer! — terminó la voz que había hablado.

A la luz del reflector pudo ver Redwood que todas aquellas caras juveniles y enérgicas se volvían hacia su hijo.

—¿Quieres decir, hermano — preguntó una voz saliendo de la obscuridad, — que la gente menuda debiera tomar también el alimento?

—¿Qué otro recurso queda?

—¡Es que nosotros somos cincuenta solamente, y ellos llegan á muchos millones!

—Pero nos hemos sostenido y seguiremos sosteniéndonos á pesar de eso.

—Debemos acordarnos de los muertos.

—¡Los muertos! ¡mejor es pensar en los que no han nacido!

—¡Hermanos! — dijo entoncés el joven Redwood. — ¿Qué otro recurso nos queda sino luchar, y, si los vencemos obligarles á que tomen el alimento? Supongamos por un instante que renunciáramos á nuestra herencia y que aceptamos la proposición de Caterham; supongamos que reprimimos la grandeza que se agita dentro de nosotros, que rechazamos lo que nuestros padres hicieron por nosotros y que nos convertimos en la nada: ¿qué sucedería? ¿Acaso este pequeño mundo de que son dueños esos pigmeos volvería por ello á su primer estado? Pueden luchar contra la grandeza que hay en nosotros, porque somos hijos de los hombres; pero, aunque nos destruyan á todos, uno por uno, ¿qué conseguirán? ¿Se habrán salvado acaso? ¡No! La grandeza está en todo, no sólo en nosotros y en el alimento, sino en la vida propia de todas las cosas: es parte de

la naturaleza de estas, del espacio y del tiempo... ¡Crecer y siempre crecer, desde el principio hasta el fin, eso es la ley de la vida! ¿Qué otra ley puede haber? ¡Ayudemos, pues, contribuyamos con todas nuestras fuerzas á que los demás crezcan y sean como hemos crecido nosotros!

—¡Lucharán hasta dominarnos! — dijo una voz.

Y otra exclamó:

—¿Qué importa eso?

—Sí, lucharán — dijo el joven Redwood, — lucharán, y espero que sean francos y que lo hagan á cara descubierta. Pero de un modo ó de otro, lucharán contra nosotros. Si no somos prudentes, resultará que solo hemos vivido para proporcionarles ventajas en contra de nuestros hijos y de nuestra especie. Lo ocurrido hasta ahora no es más que el preludio de una batalla: algunos de nosotros pereceremos, pero otros obstruirán el camino. La verdad es que no obtendremos una victoria fácil, tenedlo por seguro; pero con tal que conservemos un pie de terreno y que dejemos detrás de nosotros una hueste creciente que pelee cuando nosotros hayamos desaparecido, ¿qué nos importa lo demás?

¿Y mañana? — preguntó uno de los gigantes.

—Mañana esparciremos el alimento por todas partes y saturaremos al mundo entero con él.

—Pero supongamos que se avienen á proposiciones...

—Nuestras proposiciones son únicamente el alimento, el alimento y el alimento. ¿Qué derecho pueden tener los padres para decir: «Mi hijo no ha de ver más luces de las que yo he visto, ni ha de exceder en tamaño al que tenemos nosotros?» ¡Hablo por vosotros, hermanos!

Murmullos de asentimiento contestaron al joven Redwood.

—¡Y hablo también por las que han de ser madres de una nueva raza!

—Pero en la siguiente generación aun habrá grandes y pequeños — dijo el anciano Redwood con los ojos clavados en la cara de su hijo. — Y los pequeños molestarán á los grandes, y los grandes oprimirán á los pequeños.

—Surgirá entonces el conflicto, que será interminable por la mala inteligencia de esos pigmeos. ¡Como si lo grande y lo pequeño no pudieran coexistir y comprenderse! — dijo el joven Redwood.

—En ese caso — observó el sabio químico, — debo volver al lado de Caterham para decirle...

—Tu permanecerás entre nosotros, padre mío. Nuestra contestación la tendrá Caterham al amanecer.

—Dice que luchará...

—Que haga lo que quiera — contestó el joven.

—¡El hierro espera! — gritó una voz.

Y los gigantes que trabajaban en el ángulo

comenzaron á martillear de un modo rítmico produciendo una especie de música que parecía el acompañamiento de aquel tema gigante. El metal brillaba con más intensidad, y dejó ver á Redwood con mayor claridad todo el campamento. Abarcó entonces el sabio con la mirada la extensión de aquel espacio oblongo, con sus grandes máquinas de guerra dispuestas á vomitar la muerte. Más allá y á más altura, veíase la gran casa de Cossar, á cuyo alrededor los jóvenes gigantes, hermosos y espléndidos, brillaban con su cota metálica entre los preparativos para el día siguiente. Sólo el verlos daba ánimos: ¡eran tan naturalmente vigorosos, tan corpulentos, tan gallardos, y de movimientos tan enérgicos y graciosos! Entre todos ellos, sobresalía el hijo de Redwood, así como entre las mujeres sobresalía la princesa.

Surgió de pronto en la mente del sabio un contraste rarísimo: el recuerdo de Bensington, claro y distinto, la figura de aquel compañero suyo que acariciaba en la mesa de su despacho la pechuga del primer pollo gigante y que miraba con terror por encima de sus gafas, á la prima Juana cuando salía de la habitación hecha una furia. El modo de ser antiguo de Redwood se apoderó de nuevo de él, y tuvo un recuerdo para aquellas ideas de antaño, cuando creía que lo que ahora le rodeaba era sólo un sueño magnífico, una cosa imposible

que únicamente el cerebro de un sabio podía abrigar en lo más profundo y misterioso. Pero no tardó en volver á la realidad, y halló en los jóvenes aquellos, llenos de convicciones indestructibles y de creencias arraigadas, las esperanzas, que en otro tiempo, habían exigido los más violentos esfuerzos de su credulidad para mantenerse: lo que él solamente había pensado antes, lo creían ahora los gigantes.

El cansancio llegó, por fin, á dominar los músculos del sabio; la fiebre azotaba sus venas, y si tuvo un momento en que se levantó su espíritu, fué para caer en la postración. En el instante mismo de ver realizado su sueño, en el momento preciso del triunfo, decaía su fe. ¿Acaso podía prevalecer aquel conjunto de aspiraciones y de promesas, aquella gallarda juventud con su resolución firmísima? Redwood parecía estar soñando, y los jóvenes gigantes también soñaban: ¡les hacía soñar el esplendor salvaje de la juventud! Habían soñado con armas y con resistencia, y creían en una realidad colosal que se desharía en la nada al amanecer del siguiente día.

El hirviente mundo de hombres pequeños, el mundo de la envidia y de las malas acciones; el mundo de la avaricia estúpida, del loco despilfarrero y de los placeres; el mundo de la locura atrevida, de la política enferma, del juego, de las industrias fraudelantas y de las especulaciones

engañosas; ese mundo no parecía tener ni inventiva, ni imaginación, ni esperanzas, ni valor, y si sólo una infección múltiple y devastadora de bajeza y necesidades ruines que abrumaba á los que se proponían combatirla. Veía el sabio á los gigantes navegando sobre una pequeña balsa de luz; por un océano inmenso de mezquindades. Comprendía en su interior que aquel mundo nuevo era el objetivo de la contienda y que tenía que sucumbir imprescindiblemente el horrendo y miserable mundo viejo, el de la muerte dentro de la vida, y tal cosa era un sueño, no podía ser más que un sueño, del que el sabio iba á despertar para encontrarse con los gigantes asesinados, con el alimento suprimido, y él hecho prisionero. ¿Acaso la prisión y la cadena no son el símbolo de la vida? Este era el punto culminante y el final de todos los sueños de Redwood. Despertaría con la efusión de sangre, y la batalla le haría comprender que el alimento era la más loca de todas las fantasías, vería que toda aquella esperanza y aquella fe que con tanta ansiedad trataba de mantener, no eran más que películas de color sobre una charca inmundada. Y tan profundo y tan real fué entonces su abatimiento, que apretó los puños contra los ojos para no abrir estos y ver que su sueño había desaparecido definitivamente.

Los jóvenes gigantes hablaban entre sí en tono

muy bajo, acompañados de la melodía ruidosa que producían los herreros. ¡La marea de la duda bajaba! Redwood oía las voces de los gigantes y observaba los movimientos que las acompañaban. ¡No, no era sueño, sino realidad; una realidad tan positiva como las obras de la malicia, y aun más positiva que estas, si cabe, porque las cosas grandes son las del porvenir, y la pequeñez, la bestialidad y la debilidad del hombre, son cosas transitorias! Por fin abrió los ojos.

—¡Se acabó! — gritó un herrero, arrojando éste y su compañero los martillos que habían empuñado.

Oyose una voz allá en la altura: era el hijo de Redwood que desde el gran terraplén les hablaba á todos y les decía:

—No es que intentemos echar del mundo á la gente pequeña para que nosotros, que somos un grado menos pequeños, podamos disfrutarlo para siempre, no: luchamos, para defender y conservar ese grado de menos pequeñez, y no por nosotros mismos. Nuestro objetivo, hermanos, es el de servir al espíritu y al objeto que ha inspirado nuestra vida. Repito que no luchamos por nosotros mismos, pues no somos más que los ojos y las manos, algo así como instrumentos de la vida del mundo. Nuestro padre Redwood nos lo ha dicho así. El espíritu pasará desde nosotros por la palabra, el nacimiento y la obra, á vida más grande. La

tierra no es lugar de descanso ni de juego: si lo fuera, podríamos entregar nuestros cuellos á los cuchillos de las gentes pequeñas, porque no tendríamos mayor derecho á la vida que ellas, como estas no lo tienen mayor que las hormigas. ¡No luchamos por nosotros, sino por el crecimiento que debe seguir hasta lo infinito!

Hizo una pausa y continuó:

—Vivamos ó muramos, el crecimiento vencerá por nosotros, que tal es siempre la ley del espíritu: crecer según la voluntad de Dios; salir de estas tinieblas y de estas hondonadas hasta llegar á la grandeza y la luz. ¡Cada vez más grande, hermanos míos, cada vez más grande! Llegar á la mayor magnitud, no dejar de crecer hasta que el espíritu destruya el temor y se eleve hasta allí — dijo extendiendo el brazo y señalando al cielo.

Cesó la voz: el haz de luz del reflector giró y dió de lleno sobre él, destacando su figura gigantesca, valientemente erguida, y mirando al espacio esmaltado de estrellas.

La luz volvió á girar y la figura del gigante se destacó entonces sobre el cielo estrellado como una masa negra y enorme que amenazaba con poderoso ademán al mundo de los pigmeos.

FIN

ÍNDICE

LIBRO SEGUNDO.—La Heraclotobia en las Poblaciones

	<i>Págs.</i>
CAPÍTULO I.—La llegada del alimento.	6
— II.—El rapazuelo gigante.	41

LIBRO TERCERO.—Los Frutos de la Heraclotobia

CAPÍTULO I.—El mundo transformado.	71
— II.—Los novios gigantes.	113
— III.—El joven Caddles en Londres.	145
— IV.—Los gigantes pelean.	167
— V.—En el campo de los gigantes.	199

